

ENTRE LA DELIBERACIÓN POLÍTICA Y LA TERAPIA DE GRUPO. LA EXPERIENCIA DE LAS ASAMBLEAS BARRIALES-POPULARES.

Inés M. Pousadela^{*}

Introducción

^{**}

Este trabajo se basa en una serie de entrevistas en profundidad realizadas con participantes y ex participantes del movimiento de protesta política constituido por las asambleas “populares” o “barriales” creadas en Buenos Aires entre fines de 2001 y comienzos de 2002. Su objetivo consiste en analizar los discursos en torno de la representación y la deliberación políticas que constituyeron el eje de dicha experiencia. Más específicamente, pretende analizar el discurso de los asambleístas acerca de las asambleas, la representación, la delegación, la democracia representativa y la democracia directa con el objeto de captar las concepciones subyacentes de la representación, sus paradojas, su potencial y sus límites, deconstruyendo un elemento central y frecuentemente invisibilizado de la democracia representativa¹.

¿Qué clase de espacio de participación y deliberación constituyeron (y en algunos casos aún constituyen) las asambleas? ¿Qué posición adoptaron frente a las instancias clásicas de la representación política? ¿Se presentaron a sí mismas, acaso, como un complemento, un correctivo, o una alternativa a sus deficiencias y fracasos? ¿Cuáles fueron las razones de su rápida declinación; que quedó de ellas en el sustrato de la política argentina? Esas son algunas de las preguntas que intentamos responder mediante el análisis del discurso de los miembros y ex miembros de las asambleas, cuya aparición y rápida multiplicación hemos situado en la intersección de dos procesos específicos: el proceso “lento”, de largo plazo y amplio alcance, de *metamorfosis* de la representación, conducente de la antigua democracia de partidos a la actual democracia de audiencia; y el de *crisis* de representación, fenómeno explosivo y acotado caracterizado por la ausencia de reconocimiento del lazo representativo por parte de los representados.

Nos hemos propuesto abordar el fenómeno de las asambleas populares por dos grandes razones: primero, por su carácter de emergente de la crisis de representación; segundo, en virtud de su naturaleza como elemento de denuncia y de profundización consciente de dicha crisis. En el contexto de “crisis global” de finales de 2001, las asambleas barriales-populares permiten observar la crisis de representación desde una óptica diferente de la que nos

proporciona la llamada “protesta social”, ya que en ellas se despliega una protesta de carácter propiamente “político”. A diferencia de la protesta del desempleado o del ahorrista –que podría ser calificada de “social” o “económica” por sus objetivos o su contenido, pese a ser política en virtud de los medios empleados (la asociación, la exposición de demandas en un espacio público donde se vuelven potencialmente contestables)-, las asambleas forman parte de un proceso de protesta de carácter plenamente político –tanto por los medios empleados como por sus fines. Por un lado, entre los fines perseguidos por sus participantes se destacan -amén de la satisfacción de otros intereses más inmediatos y del contenido “social” de muchas de sus acciones y preocupaciones- el cuestionamiento de la representación, la denuncia de la clase política, la promoción de una democracia ya sea más representativa, ya sea más directa, y la búsqueda de mejoras en la calidad de la gestión pública y del vínculo representativo. Por otro lado, dichos cuestionamientos y denuncias se hallan explícitos en la base de sus interpretaciones y diagnósticos de todos los demás problemas, entre ellos los agobiantes problemas sociales. Dado el carácter esencialmente productor de discurso de la forma organizativa asambleística (a lo que se suma, en el caso de las asambleas barriales de Buenos Aires, una buena dosis de autorreflexión), este trabajo se centra en el análisis del discurso asambleario y, en particular, de su discurso acerca de los problemas de la representación política.

Algunas precisiones metodológicas

Nuestro análisis no se basa en una muestra representativa del universo estudiado. Ello se debe, en primer lugar, a la ausencia de un conocimiento cabal de dicho universo, resultante de la fisonomía propia del movimiento asambleario: un movimiento fluido, de bordes imprecisos, con cantidades de participantes altamente fluctuantes en el tiempo y, para cualquier momento dado, estimadas dentro de amplísimos márgenes de error. Las caracterizaciones y clasificaciones disponibles en términos de las variables socioeconómicas y demográficas usuales (sexo, edad, ocupación, nivel educativo, ingresos, etc.) son, en el mejor de los casos, intuitivas, y en el peor, prejuiciadas. En segundo lugar, aún si fuera construir una muestra adecuada al objeto, ella sería demasiado extensa para nuestros modestos medios, puesto que el cruce de todas las variables presuntamente relevantes produciría una grilla excesivamente amplia. En consecuencia -y dado nuestro objetivo de recopilar una buena cantidad de retazos de discursos de asambleístas y ex asambleístas para analizarlos en el marco de la información contextual y de las investigaciones disponibles en tanto que ilustración de modos de argumentación y razonamientos “típicos” en torno de la representación política- se optó por buscar la mayor diversidad posible entre los sujetos entrevistados en términos de las mencionadas variables socioeconómicas y demográficas, así como en lo que se refiere a su pertenencia asamblearia. Se optó, en otras palabras, por reemplazar la representatividad por la variedad: la muestra por el muestrario. Se realizaron, pues, 37 pormenorizadas entrevistas con 21 hombres y 16 mujeres de edades comprendidas entre los 25 y los 85 años (con la mayor concentración en el rango de los 41-50 años), miembros o ex miembros de numerosas asambleas de la ciudad de Buenos Aires y de unas pocas del Gran Buenos Aires². El muestrario es variado en términos ocupacionales, ya que incluye a estudiantes universitarios, docentes, comerciantes, artistas y artesanos, profesionales independientes, empleados públicos, jubilados, desempleados e incluso a un entrevistado que se presenta como “militante”. Es diverso también en lo que se refiere a la experiencia política de los entrevistados con anterioridad a su paso por las asambleas: incluye a algunos que declaran no tener ninguna experiencia previa y que confiesan incluso haber experimentado a

partir del 19 de diciembre de 2001 una suerte de “segundo nacimiento” al salir a la calle “por primera vez en la vida”; a quienes siempre tuvieron “inquietudes políticas” pero cuya participación solía limitarse a la asistencia como “independientes” a manifestaciones, en su mayoría relacionadas con los derechos humanos; a quienes alguna vez fueron “simpatizantes” de algún partido o tuvieron un paso fugaz por alguno de ellos, generalmente de izquierda; a otros que tuvieron en el pasado una participación algo más intensa en algún partido político (en general, nuevamente, pequeños partidos de izquierda) o en su paso por la universidad; a otros que se consideran “militantes de toda la vida” –y que, en efecto, exhiben un currículum militante que atestigua el paso por múltiples organizaciones- aunque en el momento de su ingreso a las asambleas no pertenecieran a ningún partido o movimiento; y, finalmente, a otros que se hallaban políticamente activos hacia diciembre de 2001, en particular en partidos políticos, y especialmente de izquierda³.

En contraste con la gran mayoría de los trabajos existentes –estudios de casos que abarcan una o, más frecuentemente, dos asambleas en perspectiva comparada-, hemos querido analizar la experiencia que tuvo lugar en un conjunto de asambleas lo más amplio y diverso posible, de modo tal de lograr una caracterización distanciada de la idiosincrasia propia de una geografía determinada, o de la constelación de circunstancias que dio origen y confirió sus rasgos específicos a tal o cual asamblea particular. Algunas de las asambleas mencionadas ya no existen; otras, en cambio, siguen funcionando. Veintidós de nuestros entrevistados seguían participando en ellas a la fecha de las entrevistas, mientras que quince ya no lo hacían. Entre estos últimos, algunos se habían retirado cuando sus asambleas aún existían, ya sea porque éstas habían perdido su dinamismo y estaban en vías de extinción, o porque las expectativas que habían depositado en ellas se habían visto defraudadas por una u otra razón (diferencias de objetivos, rupturas, intentos de cooptación, ineficacia, etc.); otros, en cambio, habían dejado de participar ante la desaparición de sus respectivas asambleas.

El hecho de que nuestras entrevistas fueran realizadas en el curso del año 2005 impone una aclaración adicional. El tiempo transcurrido entre los hechos narrados y la narración de los hechos presenta tanto ventajas como desventajas; hemos intentado capitalizar los beneficios de la mirada retrospectiva sobre procesos ya concluidos sin padecer de las desventajas que supone la intervención de la memoria, tales como la aparición de distorsiones producto del olvido y de la contaminación con informaciones obtenidas con posterioridad a los tiempos evocados, así como del reacomodamiento retrospectivo resultante del conocimiento del desenlace de los procesos descritos. Allí donde lo hemos juzgado necesario, hemos cotejado las informaciones brindadas por los entrevistados con datos procedentes de otras fuentes. No obstante, en el centro de nuestra atención se encuentran las ideas de los entrevistados acerca de la representación política y sus interpretaciones acerca de los procesos vividos más que la exactitud empírica de sus recuerdos⁴.

A continuación ofrecemos una reconstrucción del contexto de crisis de representación de octubre-diciembre de 2001 sobre la base de fuentes periodísticas y oficiales, material académico y testimonios de los entrevistados. En el apartado siguiente nos ocupamos del surgimiento del fenómeno asambleario, de su composición y de algunas de sus actividades, para luego analizar el discurso de los asambleístas en torno de una serie de cuestiones que resultan reveladoras de las diversas visiones acerca de la representación y de la profundidad de su crisis. Analizamos allí, en primer lugar, sus diferentes interpretaciones del grito de batalla de la protesta de diciembre de 2001, “Que se vayan todos”; a continuación, sus análisis de las relaciones que sus respectivas asambleas mantenían con las instancias representativas;

y, finalmente, sus descripciones e interpretaciones de los procesos de deliberación y toma de decisiones que tenían lugar en el seno de las asambleas, así como del eventual surgimiento en ellas de liderazgos e instancias de delegación. Ofrecemos, finalmente, una breve reconstrucción de las trayectorias típicas de las asambleas y una síntesis del balance que de la experiencia proporcionan sus protagonistas.

La representación en crisis. Del estallido electoral de octubre a las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001

Vamos subiendo la cuesta que arriba mi calle se vistió de fiesta.
Hoy el noble y el villano, el prohombre y el gusano
bailan y se dan la mano sin importarles la facha (...)
Y con la resaca a cuestras vuelve el pobre a su pobreza,
vuelve el rico a su riqueza y el señor cura a sus misas.
Se despertó el bien y el mal, la zorra pobre al portal,
la zorra rica al rosal y el avaro a las divisas.
Se acabó, el sol nos dice que llegó el final,
por una noche se olvidó que cada uno es cada cual.
Vamos bajando la cuesta que arriba en mi calle se acabó la fiesta
Joan Manuel Serrat, "Fiesta"

Primero fue el estallido electoral. No es casual que el descontento se expresara ante el fracaso de la Alianza UCR-Frepaso. El gobierno aliancista inaugurado en 1999 no solamente había resultado particularmente inepto y falto de imaginación: era también, para la mirada ciudadana de entonces, la única apuesta que quedaba por intentar luego de un gobierno radical truncado por la hiperinflación y de un gobierno justicialista que había dejado una herencia de pobreza, desempleo y corrupción.

Para la fecha de las elecciones legislativas de 2001 el fracaso de la Alianza era evidente en todos los frentes: no solamente allí donde había prometido poco y nada sino también en torno de las cuestiones que, puesto que su abordaje dependía ante todo de la voluntad política y no de los recursos económicos, estaba a su alcance satisfacer. Entraba en ese rubro, en particular, el problema de la corrupción, que la Alianza había colocado en el centro de la campaña presidencial de 1999. Menos de un año después de su triunfo electoral había estallado un escándalo a raíz de la denuncia de presuntos sobornos recibidos en el Senado Nacional a cambio de la aprobación de una ley clave para el gobierno aliancista; había quedado entonces en evidencia la falta de disposición presidencial a investigar los hechos, razón por la cual el vicepresidente –también presidente de la cámara cuestionada- había renunciado, quebrando la coalición gobernante a fines del 2000. La actitud del gobierno había revelado ante la mirada pública la existencia de una “clase política” en el sentido fuerte de la palabra, es decir, de “una casta que se recicla permanentemente”, que involucra a “todo el arco político” (Hombre, 57 años, comerciante, Asamblea Popular de Pompeya, con experiencia política previa), y que constituye la base de un “sistema” que “funciona mal”, es decir, “ajeno a su función específica”. Los políticos, en particular los del ámbito legislativo, eran entonces percibidos como representantes incapaces de representar desde el momento en que “funcionan ajenos a nosotros, a la opinión de los ciudadanos, y no cumplen con la finalidad básica que es el bien común. Son un círculo con el objetivo de sostenimiento y el incremento de su mismo poder” (Mujer, 60 años, psicóloga, Vecinos Indignados de Vicente López, sin experiencia política previa). Así, el escándalo de los sobornos en el Senado –que, independientemente de que los

procesos judiciales logaran demostrar su ocurrencia, tuvo la relevancia que le otorgaba su verosimilitud a los ojos de la opinión pública- constituyó un momento de fulgurante visibilidad en el cual se hizo evidente la brecha entre la literalidad de la idea de la democracia como “gobierno del pueblo” y su realidad empírica como “gobierno de los políticos” – políticos que, por añadidura, resultaban ser “todos iguales”: igualmente “corruptos”, “ladrones” y “delincuentes”, según los epítetos más frecuentes. De ahí al abierto estallido de la crisis, sólo faltaba que se abriera una ventana de oportunidad.

Ello sucedió en ocasión de las elecciones de renovación legislativa de octubre de 2001. Sólo veinticuatro meses después de los comicios de 1999, signados por las módicas esperanzas despertadas por la derrota del menemismo, el desencanto con los partidos tradicionales y con la clase política se precipitó ante la profundización de una recesión económica que ya iba por su cuarto año, la evidente falta de rumbo del gobierno y su inhabilidad para resolver los problemas más urgentes, la descomposición de la coalición gobernante y su incapacidad o ausencia de voluntad para cumplir sus escasas promesas electorales –centradas, ante todo, en la rehabilitación de las instituciones y la renovación de las prácticas políticas.

¿Cómo se inició la protesta? Los argumentos del tipo “construcción de un contencioso” son efectistas pero ineficaces. Son, en efecto, numerosas las explicaciones que deducen la protesta de la simple enumeración sobreabundante de agravios, suponiendo que basta con esa acumulación de “datos objetivos” para dar cuenta de la movilización política y social. Bien sabemos, sin embargo -por lo menos desde que Tocqueville nos lo enseñara con su explicación de la erupción de la revolución en Francia-, que no hay dato objetivo que alcance si no es por la intermediación de los imaginarios y la construcción de las subjetividades. La abrupta caída del PBI, los efectos de las sucesivas políticas de ajuste –que habían alcanzado el paroxismo en julio de ese año electoral- y las cifras astronómicas del desempleo y la pobreza nada “dicen” por sí mismos. Según datos del INDEC, en octubre de 2001 la desocupación era del 18,3%, mientras que la subocupación alcanzaba el 16,4%. El censo nacional de ese mismo año informaba, asimismo, que 16 de los 36 millones de habitantes de la Argentina se hallaban bajo la línea de pobreza y que más de cinco millones habían caído por debajo de la línea de indigencia. Ahora bien, ¿por qué la explosión habría de ocurrir cuando la desocupación tocara, digamos, el 20%? ¿Por qué no antes; por qué no después?

La clave debe buscarse en la forma en que la ciudadanía procesa los datos duros de la realidad, tales como las cifras del riesgo-país o las informaciones sobre el desempleo y la pobreza. A lo largo del año 2001 las calificadoras de riesgo habían ido incrementando la calificación del riesgo-país (de la cual hasta entonces sólo los iniciados habían oído hablar) a medida que se tornaban evidentes la debilidad de la economía argentina y las elevadas probabilidades de *default*. Durante algunos meses el gobierno intentó evitar que el número superara la línea que separaba la atracción de inversiones de la fuga de capitales. Para el momento en que la calificación superó el umbral de lo significativo, la cifra en constante movimiento había pasado a formar parte del conjunto de datos elementales que todo ciudadano debía conocer para salir a la calle, como si se tratara del pronóstico del tiempo. La crisis era entonces palpable en la sensación de que las variables macro tenían efectos directos e inmediatos sobre la vida cotidiana de cada cual; de que las noticias que traía el periódico cada mañana podían suponer un vuelco en el destino individual, el cual se hallaba por consiguiente en manos ajenas e incontrolables. En lo que se refiere a los datos del desempleo y la pobreza, por su parte, lo que estaba en juego era la imagen que los argentinos se habían construido de sí mismos, que se despedazaba ante la constatación de que había personas

hambrientas en el “granero del mundo”. Cuando la televisión comenzó a difundir las imágenes de chicos con el vientre hinchado en Misiones y las noticias de otros tantos muertos de hambre en Tucumán; cuando Argentina empezó a recibir cargamentos de ayuda de los países europeos cuyos emigrantes un siglo atrás habían poblado sus pampas; cuando las páginas de Internet empezaron a difundir entre los prósperos europeos la idea de apadrinar a un chico argentino para que pudiera comer e ir a la escuela, Argentina repentinamente cayó en la cuenta de que no era todo lo “europea” que había creído; que no solamente era parte de América Latina sino que ocurrían en ella cosas que su clase media creía que sólo sucedían en África. Era, en suma, la imagen que los argentinos tenían de sí mismos y de su futuro -que de pronto parecía haberse truncado- lo que se había modificado⁵. El estado de ánimo colectivo había saltado de la euforia exaltada de los años '90 a la lisa y llana autodenigración. Muy pronto ese sentimiento recibió una nueva traducción fotográfica en la imagen de centenares de personas que se alineaban a las puertas de los consulados español e italiano para tramitar el pasaporte que prometía un nuevo comienzo. El hecho de que no pocos argentinos dejaran el país en condiciones precarias traducía la sensación reinante –reflejada sistemáticamente por las encuestas- de que en ningún lado se podía estar peor. La conclusión irónica estaba en boca de todos: “Que el último apague la luz (si es que todavía no la cortaron por falta de pago)”.

Desde varios meses antes de las elecciones de 2001 el rechazo que habría de expresarse electoralmente –y luego en forma extraelectoral y extrainstitucional- se respiraba en las calles, así como en el espacio virtual de la *web* devenido foro de expresión de protestas y de comunicación entre ciudadanos. Abundaban las muestras de descontento con la oferta política: las mismas viejas caras de siempre, los mismos senadores sospechados de haber cobrado sobornos a cambio de la aprobación de la Ley de Flexibilización Laboral, los desconocidos de siempre que ocupaban bancas en el Congreso Nacional gracias a las ventajas de las “listas sábanas” que nadie parecía verdaderamente dispuesto a suprimir; en fin, los mismos políticos que desde hacía años participaban, sin distinción de colores partidarios, en un toma y daca que resultaba en el desvío de cuantiosos fondos públicos y en el desvirtuamiento de su misión en tanto que representantes del pueblo. Así, se multiplicaban las apelaciones –procedentes de “ciudadanos comunes” en forma individual o en asociaciones *ad hoc*- a votar en blanco o a anular el voto reemplazando dentro del sobre de votación la boleta partidaria oficializada por otras fabricadas para la ocasión (para “votar” por próceres, figuras históricas o personajes de historieta), por mensajes críticos o insultantes hacia los políticos, e incluso por objetos extraños como los que eventualmente terminaron sorprendiendo a las autoridades de mesa a la hora del recuento de los votos. Otros tantos se negaban a convalidar la falta de opciones mediante el recurso a la abstención: los autodenominados “Kilómetro 501”, por ejemplo, proponían burlar a las autoridades realizando excursiones colectivas que, en el domingo electoral, condujeran a los votantes a más de quinientos kilómetros de su lugar de votación, eximiéndolos legalmente del deber de concurrir a las urnas.

Los resultados de la elección se colocaron en línea con ese enrarecido clima de opinión. El conjunto de quienes no concurrieron a votar y de quienes emitieron alguna forma de voto “negativo” (nulo o en blanco) alcanzó cifras superiores al 40% de los votantes habilitados, un porcentaje que superó ampliamente a la suma de los votos recibidos por los dos partidos políticos “mayoritarios”⁶. Con enormes variaciones entre distritos, la abstención alcanzó a nivel nacional la cifra inédita del 24,58% del padrón. Los votos nulos y en blanco sumaron 23,99% de los sufragios emitidos para la categoría diputados nacionales (13,23% y 10,76%, respectivamente). Estas modalidades de comportamiento electoral -más acentuadas en los

sectores urbanos y de mayor nivel socioeconómico o educativo- no fueron una expresión de apatía o indiferencia sino que tuvieron –en particular la primera- un carácter activo e incluso militante.

El voto anulado revistió, asimismo, un carácter novedoso, en contraste con la más prolongada trayectoria de la abstención y el voto en blanco en la historia electoral argentina: la primera, en efecto, había sido la herramienta de lucha del radicalismo de los orígenes frente a un régimen oligárquico cuyas prácticas electorales fraudulentas excluían del poder a las nuevas clases medias; el segundo había constituido la forma privilegiada de expresión electoral del peronismo proscripto luego del derrocamiento de Perón. A lo largo del ciclo democrático iniciado en 1983, el voto en blanco había seguido una trayectoria lentamente ascendente; lo mismo había ocurrido con la abstención, pese al carácter obligatorio del voto. Hasta el 2001, sin embargo, las encuestas mostraban que las razones dominantes de la abstención eran la falta de interés y de tiempo para informarse; eran minoría los que citaban como motivo la elevada corrupción de la política (Ferreira Rubio, 1998). No se trataba, todavía, de un panorama de crisis de representación, sino de la situación normal (aunque ciertamente precaria y volátil) del vínculo representativo en el marco del formato de representación que se había instalado progresivamente desde las elecciones inaugurales de 1983 (Pousadela 2004, 2005). La transición desde la “democracia de partidos” hacia la “democracia de audiencia” –a la que, junto con Bernard Manin (1992, 1998), denominamos “metamorfosis de la representación”- supone en efecto una serie de transformaciones en términos de la constitución de las identidades políticas, la relación entre líderes y partidos y entre aquéllos y la ciudadanía. Asociados a ella se encuentran fenómenos tales como la personalización de los liderazgos políticos, la transformación de los partidos en maquinarias políticas desideologizadas, la declinación de la importancia de los programas partidarios, el ascenso de los medios de comunicación –y de la televisión en particular- como escena de producción de acontecimientos políticos, la consiguiente preponderancia de la imagen por sobre el debate de ideas, la declinación de los electorados cautivos, y la fluctuación de las preferencias políticas de la ciudadanía, cuya lealtad ya nadie puede dar por descontada. Fue ese escenario de apática normalidad el que resultó sacudido por el comportamiento electoral de la ciudadanía en octubre de 2001.

Mientras que las cifras de los comicios y los datos arrojados por las encuestas a lo largo de los veinte años precedentes se ajustaban a lo esperable en el contexto de la democracia de audiencia, los sucesos de octubre de 2001 y los acontecimientos subsiguientes constituyeron, en cambio, un fenómeno cualitativamente diferente: una auténtica crisis de representación. Quedaron, pues, colocados en primer plano el cuestionamiento del lazo representativo y de los mecanismos que, presumiblemente, tornan a los representantes “desleales” hacia sus representados desde el instante mismo en que se convierten en tales; la denuncia de una “clase política” indiferenciada en su composición y con intereses corporativos más poderosos que los de sus representados; y la búsqueda de alternativas a la viciada relación entre representados y representantes.

Dos meses después del cataclismo electoral se produjo el estallido extraelectoral, al que varios asambleístas entrevistados coinciden en colocar en estrecha línea de continuidad con aquél. Así, por ejemplo, afirma uno de ellos que los que se hicieron escuchar mediante los sucesos de diciembre y más tarde a través de las asambleas fueron “los sectores medios radicalizados que querían cambiar, que se habían expresado en 2001 con el voto bronca, una alta abstención y voto en blanco, que estaban hartos del régimen [político] este” (Hombre, 34 años,

encuestador, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con breve experiencia político-partidaria previa). El proceso se precipitó desde comienzos de diciembre, cuando se volvió evidente la incapacidad del gobierno nacional para hacer frente a los vencimientos de fin de año de los servicios de la deuda pública. La negativa del FMI a desbloquear un nuevo préstamo para asegurar los gastos mínimos del Estado y el pago de los vencimientos de fin de año provocó entonces una fuerte fuga de capitales. El 3 de diciembre el gobierno promulgó un decreto que limitaba drásticamente las posibilidades de retiro de fondos en efectivo de los bancos, medida que fue rápidamente bautizada como “corralito financiero”. A ella se sumaron la prohibición de realizar transferencias al exterior y la obligación de canalizar la mayoría de los pagos a través del sistema bancario. Un mes más tarde la paridad entre el peso y el dólar había pasado a la historia, y los fondos atrapados en los bancos habían sufrido una brutal devaluación, iniciándose un largo proceso de protestas, negociaciones y apelaciones judiciales mediante los cuales los ahorristas buscarían recuperar sus fondos íntegros, es decir, en dólares contantes y sonantes y no en bonos del Estado o en pesos devaluados. Continuaba, entretanto, la fuga de miles de millones de dólares hacia el exterior. Al mismo tiempo se extendían por varias provincias las huelgas de empleados públicos en reclamo del pago de salarios atrasados; esas manifestaciones se sumaban a las de los movimientos de trabajadores desocupados, que llevaban ya largo tiempo haciéndose notar mediante cortes de rutas. El 12 de diciembre se produjo en la Capital Federal el primer “cacerolazo” protagonizado por ciudadanos de clase media en protesta por el congelamiento de las cuentas bancarias. Al día siguiente fue el turno de la huelga general convocada por las tres confederaciones sindicales (las dos CGT –oficial y disidente- y la CTA). En la misma semana se llevó a cabo la consulta nacional organizada por el Frente Nacional contra la Pobreza (una alianza de la CTA y algunos partidos de centroizquierda e izquierda), cuya convocatoria superó a los pronósticos más optimistas de sus organizadores: tres millones de personas tomaron posición a favor de la propuesta de un seguro de desempleo. El día 14 se produjeron saqueos en dos grandes ciudades del interior –Rosario y Mendoza-, extendiéndose gradualmente al resto de los distritos y llegando tres días más tarde al Gran Buenos Aires, donde el clima de confusión fue alimentado por la intervención provocadora del aparato justicialista (dato, este último, incorporado en el discurso de numerosos entrevistados, que asignan al duhaldismo la intención de crear un “estado catastrófico” mediante la amenaza de saqueos). Dos días después, el 19 de diciembre, los saqueos y enfrentamientos con la policía en el Gran Buenos Aires sumaron a los numerosos heridos los primeros muertos (algunos a manos de comerciantes que buscaban defender sus negocios; muchos otros por obra de la represión policial). Se produjeron en diversos puntos del país huelgas y manifestaciones de asalariados, en especial del sector público, que apuntaban no solamente contra el gobierno federal sino también contra los gobiernos provinciales y municipales, en su mayor parte de signo justicialista. En varios distritos tuvieron lugar combates callejeros particularmente violentos. Son varios los asambleístas que afirman haber tenido ese día la sensación de que la situación había “explotado”; de que –en palabras de una ex asambleísta de Lanús- “se terminó todo, nos tenemos que hacer cargo. (...) Nunca en mi vida había tenido una sensación tan fuerte de que tenía que hacerme responsable de algo” (Mujer, 26 años, sin experiencia política previa). Esa misma noche el presidente De la Rúa pronunció un discurso por cadena nacional denunciando a los “enemigos del orden y de la República”, amenazando con reprimir, declarando el estado de sitio y convocando –demasiado tarde- a la “unión nacional” al peronismo.

Los cacerolazos de protesta comenzaron en Buenos Aires cuando el presidente aún estaba leyendo su discurso. Una vez terminada la alocución –calificada de “patética” y “autista” por varios entrevistados- los manifestantes comenzaron a converger espontáneamente, cacerola en mano, hacia la Plaza de Mayo, en abierto y explícito desafío al recién declarado estado de sitio. Este último elemento es destacado por la mayoría de los entrevistados, que pese a otorgar cierta importancia a la confiscación de los depósitos, a la “conjunción de hartazgos” (Mujer, 36 años, ex Asamblea de Flores Sur, experiencia política previa limitada a las marchas por los derechos humanos) y, secundariamente, al hecho de que había “tejes y manejes” para “voltear” a De la Rúa, colocan el acento sobre la declaración del estado de sitio en calidad de causa desencadenante de la movilización⁷. Explica un integrante de la Asamblea Popular de Pompeya:

Yo nací en este barrio y conozco a mis vecinos. Están todos ahí quemando gomas y cortando la calle muy enojados, eso no tiene que ver con el corralito solamente, tiene que ver con otra cosa más profunda (...) En Pompeya es muy raro que esto suceda; ni cuando cayó Perón ni en sus movilizaciones había movimiento en el barrio (Hombre, 57 años, comerciante, con militancia política en los '70).

El estado de sitio es identificado por los asambleístas como “el símbolo jurídico de las dictaduras militares”. Su implantación “tuvo un peso decisivo como gatillo para que la gente respondiera (...) La posibilidad de instalar situaciones represivas de orden generalizado generan un rechazo muy fuerte por parte de la masa del pueblo”. (Hombre, 50 años, militante de izquierda). “Cuando De la Rúa declara el estado de sitio, creo que sonó, algo hizo *crack* en la cabeza de la gente, ¿no? Tantos años de militancia de los organismos de derechos humanos han dejado una huella indeleble, creo que en el cerebro, o en algún lugar del inconsciente colectivo” (Mujer, 38 años, integrante del Foro Social de la Ciudad de Buenos Aires, con experiencia político-partidaria). Con el estado de sitio –explica un miembro de Vecinos Indignados de Vicente López- la gente “se acordó de una época” (Hombre, 60 años, maestro mayor de obras, afiliado al Partido Socialista). El desafío al estado de sitio marca, en ese sentido, el “cierre de una etapa histórica que comenzó cuando se abrió la dictadura el 24 de marzo de 1976”. Fue precisamente ese desafío el que hizo posible también la resignificación y la reapropiación de los símbolos que habían sido capturados por los militares: “A mí no me gusta cantar el himno argentino, nunca, y creo que esa noche lo canté, porque era otro contexto”, explica un entrevistado (Hombre, 49 años, periodista, Asamblea de Palermo Viejo, ex exiliado).

En todo caso, la mayoría de nuestros asambleístas coincide en que fue en el momento en que el entonces presidente anunció la implantación del estado de sitio cuando comenzaron los ruidos de las cacerolas. Pocas horas más tarde, ya en la Plaza de Mayo, comenzaría a sonar el reclamo, aún incompleto, que daría su especificidad a la protesta: “que se vayan”. A la una de la mañana del 20 de diciembre se concretó la reclamada renuncia del ministro de Economía, Domingo Cavallo. Seis horas después, el presidente de la Nación se retiraba en helicóptero desde la terraza de la Casa Rosada luego de firmar su propia renuncia. Por primera vez en la historia, un gobierno surgido de elecciones libres era derribado no por un golpe militar sino por el rechazo popular manifestado en las calles. Fue, según un asambleísta que califica de “febril” a la jornada, “una situación inédita, parecía que la gente estaba echando a un Presidente” (Hombre, 32 años, Asamblea Gastón Riva, fotógrafo con escasa experiencia política previa).

El grueso de la literatura dedicada al análisis de esas jornadas las describe en tono épico como “gesta popular”, “epopeya”, “pueblada”, “insurrección”, “situación pre-revolucionaria” o

“gestación de un nuevo contrapoder” –en suma, como un momento de ruptura a partir del cual ya nada volvería a ser como era antes. Bajo esa misma luz ellas son pensadas también por muchos de sus protagonistas. Si bien no todos nuestros entrevistados salieron a la calle el 19 por la noche, los que sí lo hicieron describen su salida nocturna como un momento “maravilloso” o “extraordinario” a la vez que describen a los acontecimientos de esos días como la culminación de un “gran proceso social”, un “momento de ruptura” y “una bisagra en la historia argentina”.

Mientras que algunos intentan capturar el sentido de los acontecimientos mediante el vocabulario clásico de la lucha de clases o por analogía con otros procesos históricos, otros tantos destacan la absoluta novedad del fenómeno. En el rubro de lo novedoso es repetidamente destacada la participación de personas que nunca lo habían hecho antes, y que se hallaban “adormecidas” ya sea por los efectos de la represión de los ‘70, ya por los beneficios de la estabilidad económica de los ‘90⁸. “A mí me hizo acordar un poco a la película *Despertares*”, apunta en ese sentido una ex asambleísta de Flores. “[Había] una parálisis absoluta, una inercia (...) y de golpe salió gente a la calle que (...) no creo vuelva a salir ni aunque su equipo de fútbol salga campeón, básicamente” (Mujer, 38 años, con experiencia político-partidaria). Entre quienes salieron entonces por primera vez se hallaba un integrante de la Asamblea de Castro Barros y Rivadavia que afirma que “lo que me pasó el 19 y 20 de diciembre fue que... yo sentí que perdí la inocencia”. Explica:

[El 19] salí a la calle por primera vez en mi vida, en una manifestación popular, luego lo repetí el 20 y bastantes viernes seguidos. Yo era de la clase social favorecida por el menemismo (...) Trabajaba en multinacionales, ocupando puestos gerenciales. Veía que las cosas no estaban bien, pero a mí no me tocaba. Hasta que ese círculo cada vez se fue achicando más (...) y empecé a ver que algo no estaba bien (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas).

También original fue el hecho de que la lógica de la representación –abiertoamente cuestionada– fuera temporariamente suplantada por la “lógica de la expresión” (Colectivo Situaciones 2002:15). La movilización del 19 de diciembre es, en efecto, capturada mayoritariamente mediante la figura del “estallido” o la “explosión”; así, el estado de sitio es señalado como la ventana de oportunidad que permitió dar libre cauce a la expresión del hartazgo, la angustia, el miedo o la furia, entre otros sentimientos nombrados por los entrevistados. Es por eso que esa noche hubo ruidos más que voces discernibles y consignas compartidas. De lo que se trataba era, pues, de “salir a las calles y protestar y hacer una catarsis. De repente algo que parecía muy trágico se tornaba carnavalesco, divertido” (Mujer, 29 años, socióloga, Asamblea de Palermo Viejo, “independiente”). Agrega otro miembro de la misma asamblea: “Eran miles y miles de personas en las calles, desafiando el estado de sitio que había proclamado De la Rúa, sin saber muy bien a qué se salía (...) Había una sensación de ‘queremos más’, no se sabía muy bien qué” (Hombre, 49 años, periodista, con experiencia política en los ‘70 y ‘80).

Junto con la naturaleza predominantemente expresiva de la manifestación es sistemáticamente destacado su carácter espontáneo, autoconvocado e inesperado. “Fue una cadena casi sin origen”, escribe Horacio González. “Nadie podía decir ‘yo inicié esto’, y en el Bar Británico, días después, se discutía: ‘yo te ví a vos y empecé’” (Colectivo Situaciones 2002:48). Reflexiona del mismo modo un asambleísta de Flores: “yo decía: ‘¿Quién será el primero que golpea?’. Como en la cancha, ¿quién empieza con el cantito? Hay uno que es primero, quizás un día se cayó la tapa de una cacerola y empezaron”. Tan espontáneos (o autoconvocados a través de redes informales) eran los cacerolazos que, en esos días, “nadie sabía cuando venía

el próximo”, destaca otro asambleísta (Hombre, 49 años, periodista, Asamblea de Palermo Viejo, con experiencia política). En este rasgo es hallada la diferencia específica entre esta movilización y las grandes movilizaciones que la precedieron en la historia argentina, tales como la que dio origen al peronismo⁹ o la que marcó el inicio del Cordobazo. Mientras que aquellas movilizaciones se habían producido en un marco de acción y movilización preexistente eventualmente desbordado por los participantes, los sucesos de 2001 sólo pueden ser comprendidos por referencia al “clima de honda efervescencia social en un ambiente de ‘final de régimen’” (Zibechi 2003:179).

El acto de desafío que fue la excursión nocturna del 19 de diciembre fue también la celebración de una sorpresa: los protagonistas eran ganados por la sensación de estar protagonizando un hecho histórico, de haber sido arrastrados por un inesperado proceso colectivo que, al tiempo que los guiaba, los convertía en actores. “Yo estaba más sorprendido, más anonadado, estaba ahí, iba y me emocionaba, todo emotivo, pasar por los barrios y ver que la gente salía a los balcones, un momento de comunión”, explica un integrante de la Asamblea Gastón Riva que dice haber tenido en ese preciso instante la “sensación de estar viviendo un momento histórico, y estar *haciendo* un momento histórico” (Hombre, 32 años, fotógrafo, experiencia previa limitada a la asistencia a manifestaciones). Un ex asambleísta de Pedro Goyena y Puán, por su parte, lo expresa del modo siguiente:

Con [mi novia] teníamos la misma impresión de que nos estábamos dando cuenta de que estábamos viviendo días históricos. Es muy raro ser conciente en el mismo día de estar viviendo algo histórico. Solamente lo vivimos ese día. (...) Sentíamos que por fin estaba pasando algo. (...) Esa efervescencia, esa idea de que la vida tenía un sentido... (...) También [teníamos] la incertidumbre de qué va a pasar. Y estar atentos a no perdernos nada. Si había una convocatoria en tal lugar, tratar de estar ahí (Hombre, 43 años, artista plástico, fotógrafo y profesor universitario, sin experiencia política previa)

Los mismos individuos que, en su rol de audiencia, habían pasado largas horas siguiendo la evolución de los acontecimientos por televisión, los mismos que se habían agolpado frente a sus pantallas para mirar la última aparición pública del presidente declarando el estado de sitio y que luego –todavía en carácter de espectadores- se habían asomado a sus ventanas y balcones a escuchar y a mirar lo que pasaba afuera, se convirtieron en actores en el momento en que, sin saber muy bien porqué –o acaso sabiéndolo pero desconociendo si sus motivaciones se compadecían con las de cada uno de los demás- corrieron a sus cocinas a buscar ollas, sartenes y cucharones para golpear desde sus ventanas. Esos individuos se incorporaron a la multitud en el momento en que, al ver que sus vecinos –gentes a la que, como recalcan numerosos entrevistados, nunca antes habían dirigido la palabra- comenzaban a agolparse con sus respectivas cacerolas en sus respectivas puertas, bajaron también a hacer ruido primero desde sus umbrales, luego ya en las esquinas, más tarde –en un movimiento casi imperceptible- en alguna intersección emblemática o en la plaza más importante del barrio, y un poco más tarde, tal vez, en el trayecto hacia la Plaza de Mayo o hacia la residencia presidencial de Olivos o el domicilio del renunciado Ministro de Economía. “La gente iba así, individualmente, casi... sin un movimiento colectivo”, relata un ex asambleísta de Palermo Viejo (Hombre, 65 años, empleado público, sin militancia previa). “Fui a la vereda, estuve un rato y no sabía qué hacer, ya éramos varios. Fui a la esquina, ya éramos muchos más y fuimos para la plaza. Eran escalones o planos de conciencia medidos en metros de calle”, explica en primera persona el sociólogo Horacio González (Colectivo Situaciones 2002:48). Atrás quedaban los televisores encendidos, en una soledad no premeditada que se prolongaría durante horas, incluso durante toda la noche. La indumentaria de sus propietarios,

la compañía de niños pequeños y cochecitos de bebés que ahora se desplazaban en grupos por las calles de la ciudad, eran un signo más del carácter no planificado de la partida. Los partidos políticos estaban ausentes; sólo se veían banderas argentinas. Recuerda otro integrante de la misma asamblea que “había más personas que pancartas, las pancartas estaban atrás de las personas y no las personas atrás de las pancartas” (Hombre, 48 años, desempleado y estudiante, breve experiencia política previa). “La gente no gritaba consignas políticas, no era lo habitual...”, ratifica otro asambleísta de Palermo (Hombre, 49 años, periodista, con nutrida experiencia política).

Los participantes de ese día –rememora una ex asambleísta- eran “gente desorganizada, eran vecinos que apenas nos reconocíamos” (Mujer, 44 años, artesana, ex Asamblea de Palermo Viejo). Los entrevistados que tienden a identificarse como “ciudadanos comunes” son los que con mayor naturalidad dan por sentado el carácter espontáneo de los acontecimientos¹⁰; aquellos que tienen mayor experiencia militante, en cambio, lo tematizan y llegan a ponerlo en duda. Reconocen, ciertamente, haber sido sorprendidos por el primer cacerolazo; algunos dicen haberse ido a dormir después de escuchar el discurso del presidente, o haber estado en ese momento en un brindis de fin de año, encontrándose sin saber qué hacer. “Había gente que no estaba segura de que hubiera que ir. Había gente que... o sea, la militancia estaba como más desconcertada”, recuerda uno de ellos. “Nosotros los militantes llegamos después que la gente... o sea, que la primer gente, digamos, sin organización previa que estaba bajando”. Pero –afirman- poco más tarde esa misma noche comenzó a “operar” la militancia, proveyendo organización. Otros, en cambio, simplemente se resisten a creer que fuera posible semejante manifestación colectiva sin una dirección política. Afirma un militante de izquierda con experiencia asamblearia (que, sin embargo, dice no haber sido un asambleísta sino un militante partidario de paso por las asambleas):

Tengo dudas, por mi forma de ver la política, de que las movilizaciones del 19 hayan sido sólo fruto de la espontaneidad. (...) Me cuesta convencerme de esto, de que no haya habido alguien con la visión política como para convocar la movilización (Hombre, 50 años)

Las dudas se hacen visibles en las vacilaciones del lenguaje; una asambleísta de la Multisectorial de San Cristóbal, por ejemplo, habla de la llegada de las “columnas” de manifestantes a la plaza para luego corregirse: “digo, no, no estaba organizado en columnas, veníamos así, se iba sumando la gente, la gente iba bajando” (Mujer, 31 años, maestra, militante de una agrupación de izquierda).

Durante las jornadas de protesta se produjo una suspensión temporaria de las identidades sociales previas¹¹ (Giarraca, 2003) a la cual nuestros entrevistados se refieren mediante la descripción del suceso como una “fiesta” o un “carnaval”. El uso del término no es ocioso, ya que hace referencia, al igual que en el discurso de la antropología, a una situación liberadora, una suerte de “tiempo fuera del tiempo”, un momento de desorden transgresor en el cual son temporariamente suspendidos las reglas y códigos conocidos. Mediante la inversión paródica y el exceso, el carnaval burla las jerarquías sociales; así, relatan nuestros entrevistados, los débiles se descubren poderosos, los sumisos mandan, se funden los opuestos y las vidas paralelas se cruzan. Consecuentemente, las jornadas son descriptas como una vorágine en la cual “no tenías conciencia del tiempo, [ni de] dónde estabas” (Hombre, 29 años, estudiante, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa). Fue así como pudo establecerse, bajo un mismo lema, una larga cadena equivalencial entre reclamos extremadamente diversos. El “que se vayan todos” que comenzó a articularse en esas jornadas¹² englobó cuanta queja o demanda hubiera insatisfecha y requiriera del señalamiento de un responsable, y hermanó una serie de demandas que poco más tarde se revelarían irreconciliables.

En contraste con el “clima exultante” del 19, el 20 de diciembre –que, a diferencia de la víspera, prestó su nombre a numerosas asambleas- la Plaza de Mayo se convirtió en un campo de batalla y en una fortaleza que unos pretendían ocupar y otros desalojar. “Del espontaneísmo y la cosa más familiar del 19”, afirma un integrante de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores- “se pasó al 20 donde ya había una acción más de grupos mínimamente politizados, pero politizados. Había gente suelta, había tipos de traje tirando baldosas, enardecidos. Pero era muy fuerte [la presencia] de grupos politizados, sin banderas” (Hombre, 33 años, militante partidario). “Veías los cuatro o cinco [conocidos], las Madres, los pañuelitos, la bandera de... pero después no estaba el activismo que uno conoce, el activismo de mi generación”, afirma un asambleísta de Parque Patricios. “Había un nuevo activismo, el que enfrentó claramente a la cana fue otro activismo (...) La izquierda sí estaba, pero estaba fuera del quilombo, estaba en el Obelisco, llegaba a la barrera, la cana le tiraba tres gases y se iba para atrás. La izquierda no enfrentó. Y yo sí vi cómo enfrentó otra gente. (...) Los motoqueros (...) El movimiento piquetero no partidario. (...) Era una rebelión en la que se incorporaron básicamente, para mí, jóvenes desclasados. (...) Con lo cual fue una rebelión popular pero básicamente *una rebelión sin dirección*”¹³ (Hombre, 54 años, encuestador, con experiencia militante desde los ’70). La jornada puso en escena una violencia “desreglada”, de una intensidad cuyos antecedentes no se encuentran en las acciones guerrilleras de los años ’70 sino “en las canchas de fútbol y en los recitales de rock en los barrios” (Colectivo Situaciones 2002:63), así como –tal como lo reconocen varios entrevistados- en las luchas piqueteras y en “puebladas” como las de Santiago del Estero (1993), Cutral-Có y Plaza Huincul (1996) y Corrientes (1999)¹⁴, a partir de las cuales se había ido constituyendo un repertorio de acción colectiva que era ahora resignificado en la Plaza de Mayo. El saldo final de la experiencia fue de 35 muertos, más de 400 heridos y 4500 detenidos.

Pese a los intentos de diversos partidos políticos de izquierda de ponerse al frente de los acontecimientos –pretensiones vanguardistas que se exhibirían abiertamente en el seno de las asambleas populares- los acontecimientos de los días 19 y 20 de diciembre no tuvieron un autor –alguien que los convocara, los guiara, los dirigiera; alguien que, en suma, los tuviera bajo su control. “Los principales dirigentes de los partidos [de izquierda] estaban como yo tomando mate en la casa y escucharon ruidos”, ilustra un entrevistado. Por efecto de la activación del clivaje “gente común vs. clase política” y de la consiguiente división del espacio social en dos campos antagónicos dichos acontecimientos produjeron, sin embargo, un sujeto. Un sujeto de una amplitud y una indefinición sin precedentes: alrededor de una tercera parte de la población de la ciudad de Buenos Aires y la zona del conurbano participó de los cacerolazos y/o de las asambleas subsiguientes, la vaguedad y la superposición de cuyas consignas y propuestas permitieron la intervención de gentes muy diversas en términos sociales, económicos, políticos y etarios.

A continuación de la renuncia del presidente, luego de las sucesivas dimisiones de quienes le seguían en la cadena sucesoria y tras dos días de intensas negociaciones, la Asamblea Legislativa nombró como presidente interino al gobernador peronista de San Luis, Adolfo Rodríguez Saá, otorgándole el mandato para gobernar el país hasta la celebración de nuevas elecciones el 3 de marzo de 2002. El 23 de diciembre asumía eufórico el nuevo presidente, anunciando ante la Asamblea Legislativa la suspensión de pagos por la deuda externa y la consiguiente caída del país en *default* (recibiendo vítores y aplausos de su audiencia de diputados y senadores nacionales) y prometiendo la creación de un millón de nuevos empleos en un mes, el mantenimiento de la paridad peso-dólar junto con la creación de una “tercera

moneda” nacional (que generalizaría la situación de los distritos donde circulaban bonos emitidos por las autoridades provinciales y no era sino una devaluación encubierta), el fin del “corralito” que mantenía atrapados los depósitos de los ahorristas y la realización de la postergada “revolución productiva” anunciada en 1989 por Carlos Menem. Una vez sentado en su puesto, Rodríguez Saá manifestó de inmediato su intención -contraria al mandato otorgado por la Asamblea Legislativa- de permanecer allí hasta completar el período trunco de la Alianza. Entretanto, las movilizaciones continuaban. En el “funeral cívico” realizado el 27 de diciembre en homenaje a las víctimas de la represión se leía un cartel que decía: “echamos a Cavallo, echamos a De la Rúa. Ahora es el turno de la Corte Suprema de Justicia” (Schuster, Pérez et. al. 2002:37). Ese mismo día era “escrachado”¹⁵ el ex gobernador santafesino Víctor Reviglio, sospechado de corrupción durante su gestión y recién designado secretario de Políticas de Salud por el nuevo presidente. Al día siguiente tenía lugar una manifestación con cacerolazo contra la Corte Suprema, convocada por la Asociación de Abogados Laboralistas. En ella se destacaba el mismo público que luego compondría las asambleas barriales: “abogados, docentes, comerciantes, estudiantes, escribanos, empleados, vale decir: ciudadanos de todas las edades y oficios”, en palabras de Schuster, Pérez et al. (2002:39). En algunas de las pancartas exhibidas por los manifestantes se leía “fuera la Corte corrupta”, “ahora le toca a la Corte corrupta y alcahueta de Menem”. Como cierre, al igual que en los demás cacerolazos, se cantó el Himno Nacional. Una de las consignas aprobadas fue repetir el encuentro cada viernes hasta que la Corte renunciara.

Las manifestaciones de descontento contra el gobierno nacional se reiniciaron ante el anuncio -contrario a la promesa realizada escasos días atrás- del mantenimiento del corralito y ante la designación de otro cuestionado ex funcionario menemista. Este último suceso -en el cual varios sitúan el origen de su participación en los cacerolazos- es recordado por numerosos entrevistados, tal como lo hace un ex asambleísta de Palermo Viejo:

A la semana siguiente, cuando ya se había bajado el gobierno, y habían puesto a funcionarios deshonestos en este gobierno transitorio -uno de ellos había sido intendente, alcalde de la Ciudad de Buenos Aires, [Carlos] Grosso- la presión popular fue tal... Había hecho declaraciones muy feas, había dicho que lo habían convocado por su inteligencia, no por su prontuario (Hombre, 65 años, empleado del Gobierno de la Ciudad, sin experiencia político-partidaria previa)

En el cacerolazo del 28 de diciembre, más heterogéneo en sus reclamos que sus predecesores, los carteles rezaban: “basta de corrupción”, “que se vaya la Corte de Justicia”, “nadie votó a Menem, Grosso, Manzano, Daer y Moyano”. El cántico más escuchado fue: “pasamos Nochebuena, pasamos Navidad, echamos a De la Rúa y ahora a los demás”. Las razones que impulsaban la movilización eran, según los manifestantes, el corralito financiero, la corrupción, la ley de lemas, la permanencia de los ministros de la Corte y la reaparición en la escena política de dirigentes vinculados al menemismo, así como la proximidad del gobierno con el sector más cuestionado del sindicalismo (Schuster, Pérez et al. 2002:40-41). La renuncia de Carlos Grosso no tardó en producirse, lo mismo que la de todos los ministros, en una suerte de “reestructuración del gabinete nacional impulsada a golpes de cucharón” (cf. Horacio Verbitsky en *Página/12*, 30/12/01).

Alrededor de las dos de la mañana del sábado 29 de diciembre se desató nuevamente la violencia cuando un grupo de manifestantes comenzó a tirar bengalas y petardos hacia la Casa de Gobierno, para luego saltar las vallas e iniciar su ascenso hacia las ventanas del edificio. Los policías se agruparon y comenzaron a discutir con los manifestantes, y finalmente lanzaron contra ellos gases lacrimógenos. Entretanto, otro grupo forzó las fuerzas del edificio

del Congreso y comenzó a sacar sillones y cortinas, formando con ellos una gran fogata. Esa misma noche, en el porteño barrio de Flores un policía retirado de civil asesinó a tres jóvenes que miraban televisión en un maxikiosco, luego de que uno de ellos se burlara de los policías que habían sido golpeados por los manifestantes. Más tarde los vecinos del barrio atacaron la comisaría 23, donde se había refugiado el ex policía, con la consigna “el barrio unido jamás será vencido”. La protesta se prolongó hasta la noche del 31, cuando el responsable de los homicidios fue procesado con prisión preventiva y embargo de sus bienes. Simultáneamente, en la tarde del 29 tuvo lugar un escrache espontáneo contra Rodolfo Barra, ministro de Justicia durante el gobierno de Menem. El hecho tuvo lugar en el Paseo Alcorta, un conocido centro comercial porteño, y sus protagonistas fueron los educados ciudadanos de la clase media de Barrio Norte, que increparon al ex ministro hasta obligarlo a abandonar el lugar.

En ese contexto, los gobernadores justicialistas pronto retiraron su apoyo al nuevo presidente, que en la víspera de Año Nuevo acabó por presentar su renuncia. En la protesta de esos días el grito de “que se vayan” se transformó en el ya clásico “que se vayan todos” -al que se agregó, además, la precisión de “que no quede ni uno solo”. Del cuestionamiento generalizado no se libraron ni los sindicalistas ni los jueces. El cacerolazo contra Rodríguez Saá puso en evidencia la debilidad de un gobierno colocado bajo los reflectores vigilantes de una ciudadanía inusualmente alerta, que ya había ensayado con éxito la revocación de hecho del mandato de sus gobernantes y que estaba lista para volver a hacerlo ante la menor provocación.

El 2 de enero de 2002 la Asamblea Legislativa designó presidente a Eduardo Duhalde, ex gobernador de la provincia de Buenos Aires, poderoso jefe del aparato justicialista de ese distrito y, paradójicamente, candidato presidencial justicialista en 1999, derrotado en esa oportunidad por Fernando De la Rúa, cuyo mandato era ahora llamado a completar¹⁶. En ese momento –nos recuerda un asambleísta- “se hizo un cacerolazo que no fue tan comentado por los medios, era un feriado, no se plegó tanto... No tuvo tanta repercusión, pero yo pasé cerca del Congreso cuando se estaba votando y se escuchaban las cacerolas¹⁷. Era una cargada, nombrarlo a él que venía del PJ, de toda esa mafia, que había estado con Menem, que había perdido con De la Rúa” (Hombre, 29 años, sociólogo, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa).

En el proceso que condujo de la renuncia de De la Rúa hasta la relativa estabilización de un gobierno sustituto alrededor de abril de 2002 se sucedieron cinco presidentes y seis ministros de Economía. Durante ese tiempo se produjeron toda clase de conflictos: a las huelgas y los conflictos derivados de la pobreza, el desempleo y el hambre –piquetes, cortes de ruta, saqueos y pedidos de alimentos- se sumaron las protestas de la clase media atacada y empobrecida que comprobó su capacidad de veto mediante el recurso a los cacerolazos y, secundariamente, mediante ataques a los políticos, considerados los más prominentes responsables de la situación a que había sido conducido el país. Eran “días tan intensos... se cambiaban los presidentes todo el tiempo”, recuerda un entrevistado. “En cada cambio se iba a la Plaza, había que salir para presionar porque lo que se pedía en ese momento era una asamblea constituyente” (Hombre, 43 años, artista y profesor universitario, ex Asamblea de Pedro Goyena y Puán, sin experiencia política previa).

El movimiento asambleario como respuesta a y catalizador de la crisis

Asamblea (del fr. *assemblée*):

1. f. Reunión numerosa de personas para discutir determinadas cuestiones y adoptar decisiones sobre ellas.
 2. f. Órgano político constituido por numerosas personas que asumen total o parcialmente el poder legislativo.
 3. f. Reunión que en situaciones especiales asume todos los poderes.
 4. f. Reunión de los miembros de una colectividad numerosa.
 5. f. *Mil.* Reunión numerosa de tropas para su instrucción o para entrar en campaña.
 6. f. *Mil.* Toque para que la tropa se una y forme en sus cuerpos respectivos y lugares determinados.
- Diccionario de la Lengua Española, Vigésimo segunda edición (2001), versión digital.*

¡Que venga lo que nunca ha sido!
Graffiti

El producto más novedoso y duradero de las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 fueron las asambleas populares, barriales y vecinales¹⁸, concebidas por buena parte de sus participantes y descritas por muchos de sus apólogos como “un dispositivo concreto para sostener el sentido de los hechos insurreccionales” (Colectivo Situaciones 2002:15). Las asambleas fueron el subproducto organizativo del espontaneísmo de las jornadas de protesta, las cuales fueron erigidas –especialmente en el curso de los primeros meses- en mito fundador. La novedad del fenómeno es destacada de este modo por un asambleísta de Palermo Viejo:

Cuando uno tiene cierta experiencia política, se pregunta a qué se parece un fenómeno. Entonces uno pensaba si se parecía a la Comuna de París, a los Soviets, a los Comités de Defensa en Cuba, a los Comités Sandinistas en Nicaragua, y no... esto era completamente novedoso y diferente. No repetían un modelo, tenían un componente barrial muy fuerte (...) Había mucha gente que nunca había participado de política (...) Además no habían sido creados por los partidos políticos. (Hombre, 49 años, periodista, con experiencia política en los '70 y '80).

En el origen de las asambleas estuvo la experiencia del poder. Son, en efecto, numerosos los asambleístas que localizan el inicio de su participación en esa novedosa sensación de que “se podía formar algo para actuar políticamente, para transformar algo”:

No era nada claro, ni toma del poder, ni formar un partido, no era nada de eso... Sabía que no tenía una meta clara de qué se podía lograr con todo eso, sí que se podía participar de alguna forma, y generar un poder que podía cambiar las cosas. En ese momento uno se sentía con mucho poder, porque había tumbado dos presidentes, teníamos en jaque a otro. A la Corte Suprema, también (Hombre, 29 años, estudiante de maestría en Sociología, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa)

El poder es aquí entendido ante todo al modo arendtiano, como aquello que cobra existencia cuando las personas se reúnen mediante el discurso y la acción, es decir, cuando actúan de común acuerdo. Las asambleas –afirma una ex asambleísta de Montserrat- surgieron simplemente porque “la gente se juntó con el vecino, se juntó con el otro (...) y dijo ‘tenemos que hacer algo’, porque tenía esa sensación de que ese día se había salido a la calle y se había hecho algo” (Mujer, 55 años, con experiencia política previa). De hecho, muchas asambleas nacieron en los mismos espacios y en el momento mismo en que los vecinos autoconvocados participaban de los cacerolazos. Explica una vecina de Olivos:

Para ir y gritarle al Presidente, ¿adónde tenés que ir? A la casa presidencial. (...) Ahí empezaron a decir: “Esta es la asamblea de Olivos, la asamblea de Olivos”, y se empezaron a juntar los mismos vecinos, los mismos vecinos, y bueno... (Mujer, ex Asamblea de Olivos, con afiliación partidaria, voluntaria en una biblioteca popular)

La Asamblea 20 de Diciembre de Parque Avellaneda –relata otro entrevistado– “empezó como las demás asambleas siendo grupos espontáneos de vecinos que se juntaban para ir a los cacerolazos en Plaza de Mayo (...) A la segunda semana, más o menos, de tanto de ir a los cacerolazos los viernes y los distintos días que había concentración, fue surgiendo la idea, en el viaje de vuelta, de juntarse previamente, una hora antes para planificar, como las demás asambleas. Primero empezamos a ser asamblea para discutir cómo íbamos a ir a los cacerolazos. (...) De ahí fueron surgiendo otras conversaciones” (Hombre, 41 años, maestro, con experiencia sindical). Resume un integrante de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores: “la gente reunida que decía: ‘tenemos que hacer algo’, se conocía un poco y se convocaba a las asambleas” (Hombre, 34 años, encuestador, con experiencia política). La convicción de que el poder reside en el estar-juntos aflora en el discurso del asambleísta que explica que lo que surgió de valioso en el primer encuentro no fue sino “un reconocimiento, un compromiso de volvernos a juntar” (Hombre, 45 años, empleado, Asamblea de Palermo Viejo).

Si bien gran parte de nuestros entrevistados destacan el carácter “espontáneo” del surgimiento de las asambleas, ello no supone, para la mayoría, negar que ellas fueran convocadas, sino en cambio subrayar que dicha convocatoria era realizada por “vecinos comunes” iguales a ellos mismos, que simplemente tomaban la iniciativa de escribir un cartel o armar y distribuir un volante casero para dar inicio a algo que luego crecía por decisión voluntaria de cada adherente, por su propio impulso y sin direcciones ni liderazgos. Las asambleas, en efecto, eran convocadas por “compañeros, gente del barrio, de la murga, de una estructura con disímiles experiencias o ninguna experiencia previa”, señala un integrante de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores (Hombre, 34 años, encuestador, con experiencia política). Esta espontaneidad confiere un carácter “genuino” al movimiento, que es caracterizado como surgido “de abajo” y a espaldas de los partidos, los militantes y las organizaciones de izquierda, que estaban distraídos mirando para otro lado. “Si bien yo tenía experiencia política” –afirma un periodista, exiliado en los ’70– “yo no convoqué a la formación de la asamblea; convocaron cuatro personas que no tenían experiencia en militancia política. (...) Yo con toda mi experiencia política no pude ver el fenómeno y ellos sin experiencia política lo pudieron ver. Lo vieron y tuvieron la iniciativa” (Hombre, 49 años, Asamblea de Palermo Viejo). El punto que muchos subrayan es que la “gente” se hallaba entonces en estado de disponibilidad para responder a esta clase de convocatoria¹⁹: lo que era extraordinario no es, pues, que alguien llamara a formar una asamblea sino que tanta gente respondiera. Así lo explica otro asambleísta:

Las asambleas eran relativamente espontáneas. Es como el cantito en la cancha. Eso es para los giles que nunca fueron a la cancha; eso se arma en la semana. El tema es si te lo dejan cantar, si todos lo quieren aprender y si lo cantan cuando vos decís... Esa es la historia, esto es lo mismo. Las asambleas fueron convocadas. (...) [Pero] andá a convocar la asamblea con volantitos y a meter trescientas personas en la calle (Hombre, 47 años, actor y director de teatro, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con experiencia política).

“La verdad es que nadie sabe como se creó, fue una cosa así espontánea de que todos los viernes sabíamos que... el 19 y 20 cada uno bajaba de su edificio, su casa, salía a la calle y empezaba a caminar. Uno no sabía bien porqué, pero era esa cosa instintiva de caminar y de protestar (...) Alguien convocó, no sé quien, quizás un grupo de personas con más experiencia política, tal viernes a tal hora nos reunimos los vecinos. Yo me enteré de casualidad, pasaba por la calle, iba al supermercado y ví que había gente que se estaba juntando y me metí”, relata un integrante de la Asamblea de Castro Barros y Rivadavia (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, sin experiencia política

previa). “Uno encontraba papelitos, ‘los vecinos nos reunimos’. Evidentemente esos papelitos de algún lado salían. (...) [Había] organizadores de cada una de las asambleas. De cualquier manera, esto para mí es un dato anecdótico (...). El peso de ese momento realmente lo hacía el vecino que quería de alguna manera participar, que se sentía defraudado, nada representado” (Mujer, 50 años, Asamblea de Alvarez Jonte y Artigas). Más importante que la convocatoria era, pues, que el proceso no fuera controlado ni dirigido por nadie. Así lo da a entender un comerciante de 57 años, integrante de la Asamblea Popular de Pompeya:

La iniciativa la tuvo una chica, una vecina (...) Seríamos veinte vecinos, ese día llovía, era un 4 de enero, y resulta que llegamos, y esta chica apenas comienza ella a hablar dice que es la presidenta de la asamblea, y nos llamó la atención. Por supuesto fue debut y despedida de esta mujer en la asamblea.

Otros entrevistados afirman que sus asambleas fueron convocadas por organizaciones preexistentes: es el caso de la Asamblea Popular de Liniers –cuyas bases, afirma un entrevistado, estaban sentadas desde una semana antes del 19 de diciembre, cuando los comerciantes del barrio organizaron una protesta en Plaza de Mayo-, de las asambleas de Palermo Viejo y de Congreso –que reconocen su origen en la convocatoria de un grupo de vecinos que para entonces llevaba más de un año movilizado frente al Congreso en demanda del inicio del proceso de juicio político a la Corte Suprema de Justicia- o de la Asamblea Gastón Riva de Caballito, convocada desde el Centro Cultural “La Sala”. En este último caso, sin embargo, la distinción entre carácter espontáneo y convocado se vuelve borrosa: en los días de cacerolazo –explica un fotógrafo de 32 años, integrante de dicha asamblea- la gente del Centro iba hasta el lugar de encuentro del barrio, la esquina de Acoyte y Rivadavia, con la bandera de su Biblioteca Popular “y nos encontrábamos con otros vecinos que, bueno, en esos meses había una efervescencia de participación y diferentes vecinos se fueron acercando. No me acuerdo si convocamos nosotros o la convocatoria fue la crisis misma, de habernos encontrado y de haber propuesto un lugar de encuentro que era en la plaza que queda enfrente del Centro Cultural”.

En todo caso, la mayoría coincide en afirmar que las primeras asambleas fueron “espontáneas” en el sentido mencionado. “Otras se formaron después, al caballo de eso, por los partidos. [Pero] había un proceso ya objetivo en curso”, explica un asambleísta de Flores (Hombre, 34 años, encuestador, con experiencia política). Son, no obstante, escasos los entrevistados que afirman que sus respectivas asambleas fueron “propuestas” o “convocadas” por algún partido político, como el Partido Obrero, o por militantes “suelos” pertenecientes a alguna organización. Son, en cambio, más numerosos los que destacan que la iniciativa –tanto de los “vecinos comunes” como de los militantes que iniciaron sus respectivas asambleas- fue tomada siguiendo el “efecto demostración” de otras asambleas ya en funcionamiento. Se repiten, pues, afirmaciones como la siguiente: “Fui a esa asamblea de Villa del Parque y al lunes siguiente pusimos [con otra maestra] carteles para armar la de Flores Sur” (Mujer, 36 años, ex Asamblea de Flores Sur, con experiencia previa limitada a las marchas de derechos humanos). Relata un militante perteneciente a la Asamblea 20 de Diciembre de Flores:

[Un día] me encuentro con una asamblea en la esquina de Castro Barrios y Rivadavia, la calle cortada y veinte o treinta personas con un megáfono a los gritos, y me quedé. Ahí hubo una catarsis general, todo el mundo a las puteadas, nada concreto más que eso. (...) Lo comenté con amigos y con los compañeros del barrio y a los dos o tres días vimos que pasaba lo mismo en el Cid Campeador. Ahí nos decimos a armar una en Flores. Hicimos un par de afiches convocando en la Plaza de Aramburu ahí en Donato Álvarez y Avellaneda, era un jueves a las 20 un 15 de enero más o menos, pensando que vendría alguno, qué sé yo. Bueno,

nos encontramos con que éramos doscientos tipos. (...) Los que habíamos convocado nos presentamos como vecinos e hicimos las veces de moderadores. (...) Usamos la metodología que habíamos visto en otros lados (...) Lo único que se pudo sacar en concreto ese día era que nos autoproclamábamos asamblea del 20 de Diciembre de Flores y saltó un tipo que quería cambiarle el nombre a la plaza y contó la historia de Aramburu y ahí por unanimidad se decidió cambiarle simbólicamente el nombre por el de Plaza del 20 de Diciembre. (...) Al día siguiente era el primer viernes de marcha de Plaza de Mayo y debutamos con una columna (Hombre, de ocupación “militante”, 33 años)

Luego del surgimiento de las asambleas, los cacerolazos pudieron repetirse gracias a los recursos organizativos que ellas pusieron en movimiento, pero en ese mismo acto fueron perdiendo espontaneidad, puesto que cada vez más fueron las propias asambleas las que los convocaron e, incluso, intentaron coordinar los que se producían en diferentes barrios o ante diversas instancias institucionales (tales como los bancos o los tribunales). Al igual que los cacerolazos que las habían precedido, las asambleas pronto debieron enfrentar dos acusaciones cruzadas: por un lado, lo que se suponía que era su motivo fundamental –el rechazo al “corralito” bancario– fue denunciado como indigno o espurio; por otro lado, ellas fueron señaladas como reductos izquierdistas con inconfesables “motivaciones políticas”. La inaceptabilidad de las motivaciones “materiales” y “burguesas” como resortes de la acción política es internalizada por la mayoría de los entrevistados, empeñados en negar la primera acusación; en ese sentido, la estrategia de argumentación presente en el siguiente fragmento constituye una de las pocas excepciones:

También hay derecho a reclamar lo que es de uno porque fue un robo, que no existe en ningún país. Fue el gobierno aliado a los bancos transnacionales. Una locura, y no veo porqué uno no puede reaccionar contra eso, o porqué estaría mal. (...) Muchos veníamos de ser afectados por el corralito, pero las acciones de las asambleas no tienen que ver con lo del corralito. Nosotros nunca nos planteamos una acción política que tenga que ver con el corralito y si fue, fue en un principio, pero ¿qué sentido tenía continuar cuatro años después si nuestro objetivo era el corralito? (Mujer, 29 años, socióloga, Asamblea de Palermo Viejo)

Señala, por su parte, una ex asambleísta de Parque Chacabuco que su asamblea se oponía “al gobierno, a la economía de ajuste, al desempleo, a la falta de derechos humanos” y que estaba a favor “de las Madres, de las Abuelas [de Plaza de Mayo], de que haya empleo para todos... Lo del corralito, por ejemplo, no nos importaba tocarlo. No estábamos en contra de la gente que peleaba por eso pero no íbamos a ir a romper los bancos para que le devuelvan la plata a nadie” (Mujer, 49 años, con experiencia política previa).

Son numerosos, sin embargo, los que afirman que en un comienzo hubo en las asambleas muchos ahorristas “acorralados”, pero que poco después el movimiento “fue tomando otra forma” (Mujer, 26 años, ex Asamblea de Lanús, sin experiencia política previa) cuando los ahorristas, que buscaban “soluciones inmediatas” para su problema (un reclamo particular que se agotaría al ser satisfecho) y que llegaban “sin criterio social, sin criterio de conjunto ni ideológico” (Hombre, 65 años, empleado municipal, ex Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia político-partidaria previa), desertaron y fueron reemplazados²⁰ por ciudadanos con motivaciones más políticas, los mismos que no se habían movilizado en primer lugar por el corralito sino por el anuncio del estado de sitio:

Hubo dos razones por las cuales la gente salió a la calle: una gran cantidad por el tema del corralito, y los que salimos cuando escuchamos lo del estado de sitio. Yo creo que los que quedamos en la asamblea fuimos más los que salimos por eso [último] (Hombre, 48 años, desempleado, ex Asamblea del Botánico, con limitada experiencia política previa)

En lo que se refiere a la segunda acusación, cabe señalar que si bien las asambleas fueron a menudo impulsadas, sostenidas, colonizadas o manipuladas por organizaciones políticas (y, en mucha menor medida, por organizaciones sindicales o barriales), la cooptación y la manipulación tendieron a ser fuertemente resistidas por quienes –autodefiniéndose ya fuera como “apolíticos”, “apartidarios” o “indiferentes a las ideologías”, o reivindicando la política como una actividad creadora frente a su degradación por parte de los políticos profesionales– buscaban una forma genuina de autoorganización y de debate autónomo. La presencia persistente de cuadros de los partidos políticos de izquierda en el seno de las asambleas y su tendencia a manipular el debate y a introducir e impulsar desde allí sus propias agendas es asimismo denunciada por numerosos asambleístas como una de las grandes razones de las escisiones y rupturas, de la fuga de los “vecinos” y de la consiguiente declinación de las asambleas. Explica nuestra joven asambleísta de Palermo:

Los vecinos estábamos todos acá, éramos como ciento veinte, qué lindo, qué lindo, hasta que de repente empezamos a notar quién habla con el micrófono, quién grita o quién no deja hablar a los otros o intenta imponer su idea. ¡Oh! Casualmente eran de algunos partidos en particular. Empezamos a hablar y empezó toda una reacción para impedir la cooptación. Pero fue una política que los partidos de izquierda trataron de hacer. Porque las asambleas fueron un intento social, creativo, espontáneo; no vino un iluminado de la vanguardia a decir “hay que hacer esto”. Pero cuando estaban armadas las querían tomar. (...) Algunos decían que eran de partidos y otros no, y los descubrimos. Una cosa complicada de desbaratar.

“En un momento nos dimos cuenta que se había juntado mucha gente del PO que no era del barrio (...) Se ponían en cada punta a manejar ¿viste? Hablaba yo, hablaba uno de ellos, hablaba otro, hablaba uno de ellos y ahí empezaban las grandes discusiones políticas”, relata una ex asambleísta de Parque Chacabuco. “Muchos [vecinos] se fueron inmediatamente cuando empezaron a ver esto, algunos porque no tenían conocimientos políticos y se asustaban, otros porque tenían recuerdos políticos y no querían volver a pasar lo mismo. Y algunos nos quedamos por tozudos, porque no nos iban a venir acá a decir lo que teníamos que hacer” (Mujer, 49 años, con experiencia política previa).

En el caso de la Asamblea de Palermo Viejo –explica uno de sus integrantes, un ex exiliado de prolongada experiencia política– “a la segunda, o tercera [reunión], vino un muchacho joven, que se notaba tenía experiencia política y dijo ‘tenemos que armar comisiones y empezar a estructurarnos’. La mayoría no quería, no quería nada estructurado. (...) El error de la mayoría de los partidos de izquierda [fue] no entender que se estaba frente a un fenómeno novedoso donde ellos no eran vanguardia sino que iban a la cola. (...) Tienen una responsabilidad muy fuerte en la quiebra de las asambleas²¹, porque metieron debates que a la gente no le interesaban, debates que tenían que ver con la caracterización política que ellos tenían del momento. Ellos forzaban debates y cada partido de izquierda buscaba llevar a la asamblea para su grupo, porque había una puja entre los partidos de izquierda para ver quién tenía más asambleas. Ellos creían que eran soviets y había que liderarlos”.

Allí es donde entra en escena el saber “post-partidario” de los asambleístas de pasado militante. “Algunos conocíamos estas prácticas porque ya las habíamos hecho nosotros también en el pasado”, explica un integrante de la Asamblea de Palermo Viejo (Hombre, 49 años, periodista y militante antiglobalización, con variada experiencia política previa). “Los que teníamos más o menos experiencia en eso” –recuerda un asambleísta de Flores– “estábamos todo el día apuntando y señalando. Venían todos a las asambleas, y se armó lo que todavía persiste en la población, una confrontación con el modelo y con las estructuras del partido. No podías decir que venías de un partido” (Hombre, 47 años, actor y director de

teatro, con experiencia político-partidaria). La actitud antipartido de los assembleístas (que incluía el rechazo de toda “estructuración”, “organización” y “verticalismo”) fue, desde la mirada actual de algunos entrevistados con nutrida experiencia política, excesiva y contraproducente, ya que generó dilaciones, inmovilismo y, por consiguiente, defecciones. “Yo creo que nosotros veíamos esas cosas y callábamos por la conciencia de haberla cagado mucho antes”, reconoce un ex assembleísta de Núñez (Hombre, 54 años, con prolongada experiencia política previa).

En todo caso, ensalzadas por quienes las veían como una instancia evolutiva superior luego de los cacerolazos espontáneos de las jornadas en que el pueblo hizo efectivo su poder destituyente y criticadas por quienes las consideraban la causa de la pérdida del vigor y la inocencia de lo espontáneo, las asambleas constituyeron una de las prácticas más novedosas crecidas al calor de la crisis de representación que había estallado violentamente hacia fines del año 2001. El fenómeno se caracterizó por su poder revelador de la naturaleza de la crisis de la cual había emergido a la vez que por su potencial innovador en relación con las prácticas políticas dominantes. Las asambleas constituyeron instancias productoras de discursos en torno de una representación devenida problemática, así como de prácticas políticas encaminadas a la búsqueda ya fuera de complementos, ya de alternativas, a las prácticas habituales de la representación política. En otras palabras, su proliferación entre fines de 2001 y comienzos de 2002 constituye un síntoma de la crisis de representación (y también de la crisis económica y social) a la vez que -en virtud de su carácter productor de discursos y de prácticas en torno de la representación-, un elemento de denuncia y de intencionada profundización de la dicha crisis.

La política de la clase media

Las asambleas no fueron lo masivas que habían sido los cacerolazos, pues a diferencia de aquellos exigían de sus participantes tiempo, paciencia, habilidades retóricas y/o interés por el debate político. La intervención en los cacerolazos era accesible para cualquiera: bastaba con tener algún motivo de queja y salir cacerola en mano a expresarlo, por efecto de la imitación y el entusiasmo, en un espacio en el cual no había ni podía haber jerarquía alguna, como sí las habría en las asambleas tan pronto como comenzaran a emerger los “liderazgos naturales” y buena parte de los “ciudadanos comunes” emprendieran el regreso a sus hogares.

Más allá de su incidencia cuantitativa menor –reconocida por numerosos entrevistados, que hablan de decenas o acaso un centenar de assembleístas en barrios de decenas de miles de habitantes- la sensación prevaleciente desde el 19 de diciembre de 2001 y a lo largo de las primeras semanas de vida de las asambleas era que “podía llegar a pasar cualquier cosa”, que “cualquier cambio era posible”. “Era un efecto multiplicador, la gente venía, invitaba vecinos, imprimía volantes”, rememora una ex assembleísta de Palermo Viejo (Mujer, 44 años, artesana, sin experiencia política previa). “Vos caminabas por los barrios y te encontrabas una asamblea acá, una asamblea allá, otra asamblea más allá”, relata una ex assembleísta de Flores Sur. “Era impresionante, todo el mundo era militante de una asamblea, ibas en el subte y te encontrabas con gente que te encontrabas en la Interbarrial, y era una sensación medio extraña, una efervescencia” (Mujer, 38 años, con experiencia político-partidaria previa). No obstante, los mismos entrevistados reconocen los límites del proceso en las dificultades para movilizar a la gente que aún no lo había hecho:

Lo que veíamos cuando íbamos caminando [en las marchas] es que la gente estaba en los balcones, saludaba pero se quedaba ahí. No había manera de bajarlos (...) Había un escrito

en esos días que decía “Apagá el televisor y salí a la calle”. Esto es muy importante; uno de los recuerdos que yo tengo de esos días es ver por la calle Rivadavia los edificios con las ventanas levantadas, el país en llamas y la gente lo más cómoda mirando la televisión. Es una imagen terrible, una gran impotencia, nos daba bronca ver que la gente no reaccionaba (Hombre, 43 años, artista plástico, ex Asamblea de Pedro Goyena y Puán, sin experiencia política previa)

Con todo, la sensación de efervescencia era potenciada por la velocidad de crecimiento del fenómeno: antes de cumplirse los tres meses de las jornadas de diciembre de 2001 la cantidad de asambleas superaba el centenar en la Capital Federal, y lo mismo sucedía en el Gran Buenos Aires. Entre enero y febrero de 2002 se habían constituido también cerca de cuarenta asambleas en la provincia de Santa Fe, alrededor de una decena en la de Córdoba, y se registraba la existencia de dos en Entre Ríos, otras tantas en Río Negro, y al menos una en Neuquén, otra en La Pampa y una tercera en San Juan. No obstante, la ciudad de Buenos Aires –habitada por el 11% de la población del país– concentraba el 41% de las asambleas, mientras que el 39% se localizaba en la provincia de Buenos Aires y el 20% restante se distribuía en otras siete provincias (cf. www.nuevamayoria.com, 21/3/02).

La presencia de asambleas aparece ligada a la existencia de una importante clase media medida en términos de ingresos. Así, por ejemplo, señala el citado informe del Centro de Estudios Nueva Mayoría que “en el resto de las provincias -que en general tienen un ingreso per cápita mucho menor y porcentajes mucho más bajos de sectores medios- no se han organizado este tipo de asambleas”. Asimismo, dentro de la Capital Federal la mayor cantidad de asambleas se concentraba en los distritos de clase media y media alta (Belgrano, Almagro, Palermo y Flores), en tanto que el fenómeno era mucho más débil en los distritos de menores ingresos (Villa Soldati, Villa Real, Villa 31 y 31 bis, Villa Mitre y Villa Luro)²².

El asambleísmo es, en consecuencia, repetidamente descripto como un “movimiento de clase media capitalina”, una “explosión democrática de las capas medias urbanas”, “un fenómeno típico de clase media”, un “fenómeno de grandes ciudades” cuya relevancia deriva del hecho de que “la ciudad de Buenos Aires es el centro político por excelencia y la provincia de Buenos Aires también”, por lo cual lo que allí sucede tiene “implicancias nacionales porque se amplifica un montón, y se irradia desde el punto de vista político” (Hombre, 47 años, diseñador y comerciante, Asamblea Popular de Liniers, con prolongada experiencia política).

Si bien la naturaleza del fenómeno es unánimemente designada como “de clase media”, ésta no es percibida como un conjunto homogéneo. Si acaso hay alguna definición que logre delimitar y abarcar la heterogeneidad de la clase media, ella es de índole cultural: la clase media tiende a ser definida en términos de la identificación con un conjunto de valores que fundan una pertenencia que, en términos de ingresos y nivel de vida, muchos afirman haber perdido. Al compás de esa heterogeneidad, pues, las caracterizaciones de la composición de las diferentes asambleas son diversas, lo mismo que las de sus barrios de referencia. Así, mientras algunos entrevistados describen a sus respectivas asambleas como lisa y llanamente “de clase media”, otros proporcionan una descripción más matizada y, en particular, periodizan la experiencia para señalar la ocurrencia de algunos cambios relevantes en su composición. Entre los primeros se encuentran el asambleísta de Castro Barros y Rivadavia que define a su asamblea como “muy de clase media”, en contraste con “otras [que] están formadas por mucha gente necesitada” (Hombre, 36 años, sin experiencia política previa); y el ex asambleísta del Botánico que afirma que su asamblea estaba integrada por “muchos profesionales; otros no profesionales, pero casi todos por lo menos con estudios secundarios. De heterogéneo lo único que podía haber es que se acercaron tres porteros” (Hombre, 48 años,

desempleado, con limitada experiencia política previa). De modo similar, dos integrantes de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores describen a su asamblea como compuesta por “sectores medios, medios acomodados, sectores medios con problemas, la gran mayoría laburantes, algunos profesionales” (Hombre, 33 años, militante partidario) y afirman que “no se acercó el componente de clase baja. La brecha era muy grande, hay gente con problemas de comida, de vivienda, de trabajo de subsistencia concreta y se estaba discutiendo el sexo de los evangelistas [sic]” (Hombre, 47 años, actor y director de teatro, con experiencia política previa). Otro integrante de la misma asamblea, sin embargo, proporciona una caracterización más matizada al afirmar que ella se componía de “un 80% de pequeños comerciantes, profesionales independientes o no, y estudiantes, y un 20% de composición del movimiento de desocupados. Lo que primaba era la pequeña burguesía urbana. Los comerciantes estaban arruinados”. Señala, asimismo, que con el correr del tiempo se fue sumando más gente que asistía por “la olla popular de los domingos”, con lo cual se produjo “una fisura entre los sectores más acomodados y el tipo que estaba desocupado” (Hombre, 34 años, encuestador, con experiencia política previa). También en San Cristóbal cambió la composición de la asamblea al iniciarse la actividad de la olla:

En un primer momento la asamblea eran los sectores medios del barrio: los docentes, la enfermera del hospital, la médica, los profesores, la gente de la parroquia. Después, a través de las actividades de la Multi[sectorial] empezaron a acercarse los sectores más populares del barrio (...) Hay un primer momento donde se debatían por ejemplo muchas cuestiones de política de salud, de educación, así como la deuda externa (...) Después empezó a haber actividades más focalizadas (Mujer, 31 años, maestra, Multisectorial de San Cristóbal, militante).

Más heterogénea desde sus inicios, la Asamblea de San Telmo –en la cual, según uno de sus miembros, “de los ochenta [integrantes] iniciales, cuarenta o cincuenta eran de clase media y el resto era la gente más humilde del barrio”- atravesó por un proceso similar: “en cuanto nosotros dejamos de discutir política abstracta y empezamos a resolver los problemas concretos (...) quedó muy poca gente de clase media (...) Se corrió la bola que conseguíamos planes y qué sé yo, nos llenamos”. Actualmente –afirma el mismo entrevistado- “esta asamblea no es una asamblea, es una organización territorial” (Hombre, 51 años, comerciante). Respalda sus dichos un asambleísta de Flores:

[Los de San Telmo] se habían desarrollado como una organización piquetera, no una asamblea. Nosotros teníamos una base social similar pero en menor número. (...) De lo que te querés rodear, hacés una política diferente. Es así: si te querés rodear de sectores medios hacés un centro cultural, debate, películas; si hacés un comedor popular te vas a rodear de la gente más empobrecida del barrio (Hombre, 34 años, encuestador, Asamblea 20 de Diciembre, con experiencia política previa)

Los sectores medios movilizados que integraron las asambleas son descriptos por los entrevistados como “muy afectados por la política neoliberal” y por “el sentimiento de fracaso” resultante de haber votado por la Alianza (Hombre, 50 años, ex participante de la Interbarrial, militante partidario). Tienden a ser vistos como radicalizados por las circunstancias, pero estructuralmente antimarxistas y antiperonistas (Hombre, 54 años, encuestador, Espacio Asambleario de Parque Patricios, con variada experiencia política previa) y volátiles en sus inclinaciones y preferencias. Es repetidamente señalada la “fragilidad de clase” de la clase media, que la torna poco fiable para la construcción política debido a que “la única identidad que tiene es la del bolsillo”²³ (Hombre, 51 años, comerciante, Asamblea de San Telmo, con experiencia política).

La comparación con las organizaciones de desocupados se vuelve, en este punto, inevitable. Por un lado, es remarcado el hecho de que el terreno para la deliberación política era, por razones “estructurales”, más amplio en las asambleas: mientras que el reclamo del movimiento de trabajadores desocupados pasaba por “las necesidades de la gente de tener un plato de comida”, el discurso de las asambleas giraba sobre otros ejes debido a que lo material “nosotros ya lo teníamos satisfecho” (Mujer, 32 años, ex Asamblea de Lanús centro, con breve experiencia política previa). En contraste con las organizaciones piqueteras –adonde la gente llega “convocada por la necesidad, por la supervivencia”- y también con los partidos políticos, donde la gente es movida por “la convicción en algún marco teórico” (Mujer, 26 años, ex Asamblea de Lanús, sin experiencia política previa), los asambleístas se ven a sí mismos como libres tanto de la necesidad inmediata como de las ideas preconcebidas. Por otra parte, sin embargo, la posición de clase de los asambleístas es vista como un obstáculo para la sustentabilidad de las acciones políticas. En la Asamblea de Palermo Viejo –explica uno de sus antiguos integrantes- “la mayoría teníamos empleo, había muy pocos desocupados. No era un movimiento de desocupados” (Hombre, 65 años, empleado público, sin experiencia político-partidaria previa). Pero son los desempleados, precisamente, los que son percibidos como capaces de sostener en el tiempo las actividades que los asambleístas de clase media sólo eran capaces de iniciar. El tema de la “toma” o la “recuperación” de locales aparece recurrentemente en este punto:

Hubo algunas discusiones con respecto a eso, tomas absurdas, qué se yo, querían tomar un lugar abierto abajo de la autopista, o sea, es imposible sostenerlo, tenés que ser una columna del Bloque Piquetero para sostener eso en el tiempo, ¿no? (Mujer, 38 años, ex Asamblea de Flores Sur, con experiencia política previa)

Planificamos la recuperación de este lugar [un bar abandonado] (...) Lo fuimos reconstruyendo, fue un trabajo muy duro (...) Estamos absolutamente convencidos de que si los pobres no tomaban en sus manos la asamblea, la asamblea iba a durar lo mismo que cualquier moda de la clase media, o sea un suspiro (Hombre, 41 años, maestro primario, Asamblea 20 de Diciembre de Parque Avellaneda, con experiencia sindical)

Hicimos la toma [de una clínica abandonada] y empezamos a trabajar con el sector más humilde y desprotegido de la sociedad. Dijimos: “si hay para pararnos va a ser sobre esto. Va a ser sobre cosas materiales” (Hombre, 47 años, actor y director de teatro, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con experiencia política previa)

Como ya había una pequeña reactivación, objetivamente para poder sostener el lugar había que llenarlo con actividades de tipo social. Que las podían garantizar las personas que tenían necesidades de este tipo, comida, vivienda. ¿Qué pasaba? Nosotros ya no disponíamos del tiempo de antes, estábamos laburando, no podíamos dedicarle todo el día. Estabas en la disyuntiva: o rentabas a alguien y te convertías en un militante profesional o tenías que generar políticas para que el lugar estuviese ocupado (Hombre, 34 años, encuestador, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con experiencia política previa)

El vecino, el hombre sin atributos

Las asambleas son descriptas no solamente como un fenómeno de clase media sino también como un movimiento de “típicos vecinos porteños”. La figura del vecino es, sin embargo, más compleja de lo que parece a simple vista, pues no se limita a referir a la contigüidad espacial entre los habitantes de un barrio.

El aspecto territorial es, desde ya, frecuentemente destacado. Así lo hacen, en primer lugar, quienes reivindican la cercanía geográfica y rechazan cualquier predicación de afinidad

ideológica previa, subrayando en cambio la importancia de “reencontrarse con el de al lado” y de encarar una “política de la vida cotidiana”. Así, por ejemplo, explica una ex asambleísta de Palermo Viejo que de lo que se trataba era de “empezar por uno, por la familia, la persona que tenés al lado, tu pareja, el vecino y llegamos a la asamblea. El pequeño espacio, las actitudes que tiene uno. Estoy más con lo de irme hacia la vida cotidiana y el propio espacio de acción que [hacia] acciones más revolucionarias” (Mujer, 23 años, estudiante de Sociología, con limitada experiencia política previa). Son numerosos, asimismo, los que destacan como balance de su experiencia asamblearia la recuperación de la relación de vecindad y del “barrio de la infancia”, donde la gente se conoce y se reconoce, se saluda, se para a conversar y a interesarse por el otro.

Sólo ocasionalmente la contigüidad espacial es investida de un sentido más político por analogía con las organizaciones populares de base²⁴. Es, asimismo, poco frecuente el uso político de la categoría de vecino en tanto que “ciudadano del barrio” (Mujer, 29 años, socióloga, Asamblea de Palermo Viejo, con limitada experiencia política previa), y del barrio como un “ámbito de participación colectiva” capaz de reemplazar al televisor “como contacto fundamental con la política” (Hombre, 50 años, ex participante de la Interbarrial, militante partidario). Por lo demás, tanto la idea de territorio (cuyas fronteras son vistas como artificiales y arbitrarias) como la neutralidad ideológica de la categoría de vecino son objeto de cuestionamientos tales como los que formula la joven ex asambleísta de Palermo Viejo que afirma que el hecho de vivir en el barrio no constituye un vínculo suficiente, dada la existencia de “visiones del barrio diferentes: a quién llamar vecino y a quién no”:

En Palermo, la mayoría es de clase media, porque se pusieron límites geográficos a la asamblea. Después de [la avenida] Córdoba, hay una zona de casas tomadas (...) Esa gente no era, para un sector bastante mayoritario de la asamblea, considerada un vecino. (...) Para nosotros [la Comisión de Jóvenes] los límites son más de objetivos, de cómo entornar la realidad. Porque, por ejemplo, mi vecino de enfrente era funcionario del gobierno de Menem y vivía enfrente y estoy segura que no pensábamos lo mismo, pero estaba dentro del límite geográfico, supuestamente era un vecino de la asamblea. Poner un límite geográfico era medio ridículo (Mujer, 23 años, estudiante de Sociología, con limitada experiencia política estudiantil)

En su utilización más difundida, el término “vecino” remite a la idea de “gente común”: simple, bienintencionada, con obligaciones laborales y familiares, sin pertenencia a partidos u organizaciones, sin formación política (y, por lo tanto, propensa a “cansarse” ante las exigencias de la participación política y a “aburrirse” de los largos debates de ideas) y –desde la perspectiva de los asambleístas más ideologizados– con “un universo ideológico bastante dudoso” que podía llevarla a “agarrar para cualquier lado” (Hombre, 54 años, ex Asamblea de Núñez, con prolongada experiencia política previa). Así, algunas asambleas son caracterizadas como “bien de vecinos”, y los que se acercan a ellas como “meros vecinos” (es decir, sin ninguna carga de saber militante o de saber experto) son descriptos como “sin mucho intelecto, sin mucho grado de sabiduría”²⁵ (Mujer, 55 años, ex Asamblea de Montserrat, con experiencia política previa). Aquí, la idea de vecino padece de una incompletitud estructural. En el extremo, un vecino es “nadie” en el discurso de la militante que destaca que el apoyo de instituciones barriales a las demandas de la Multisectorial cambió la situación porque “no es lo mismo [que] decirle que no a tres vecinos de San Cristóbal” (Mujer, 31 años, maestra y militante). Un vecino es “cualquiera” en la definición que de la horizontalidad proporciona una ex asambleísta de Palermo Viejo: “que tenga valor la opinión de cualquier vecino” (Mujer, 44 años, artesana, sin experiencia política previa). Un vecino es,

en suma, una persona despojada de densidad política, desprovista de pertenencias y lealtades concretas. Es revelador en ese sentido el hecho de que las de “vecinos” y “militantes” aparezcan inevitablemente como categorías discretas, aún allí donde no se trata de exponer la existencia de un conflicto entre ambos (se afirma, por ejemplo, que tal o cual asamblea se formó por la confluencia de vecinos y militantes, o que unos y otros integraban tal o cual comisión). Esta modalidad de presentación excluye a los militantes de la categoría de vecinos, y así lo hacen notar algunos militantes que señalan el absurdo de que en las asambleas de sus propios barrios no los dejaran participar por el hecho de ser militantes de partidos políticos, cuando ellos *también* eran vecinos. Evidentemente, no bastaba con “vivir allí” para ser un vecino²⁶, pues ser vecino conllevaba la exigencia de despojarse de otras identificaciones y pertenencias más sólidas²⁷. En ese sentido, el carácter de vecino es aprehendido como una suerte de mínimo denominador común, tal como lo expresa un asambleísta de Parque Patricios:

Hay una cuestión que nosotros aprendimos: vos sos vecino. No necesitás ser clasista, marxista, revolucionario; si ese piso lo aceptás, OK, bienvenido (Hombre, 54 años, encuestador, Espacio Asambleario de Parque Patricios, con variada experiencia política previa)

Sin embargo, no todos estaban dispuestos a asumir semejante limitación: así, abundan las referencias al conflicto entre vecinos y militantes en términos de la negativa de éstos a acudir a la asamblea “como vecinos”, es decir, despojados de sus pertenencias partidarias (o, por el contrario, en términos de su tendencia a presentarse como vecinos ocultando sus “verdaderas” lealtades). En la Asamblea de Palermo Viejo, en cambio, “sobre política no hay discusión. Somos vecinos”, explica una de sus integrantes, autodeclarada anarquista, de 85 años. “Era evidente que esas estructuras políticas jamás iban a concordar con nuestro pensamiento. Éramos vecinos”, explica un ex asambleísta de Olivos (Hombre, 48 años, sin experiencia política previa). El reverso de esta misma percepción es expresado por quienes lamentan la evolución de muchas asambleas hacia actividades “barriales” o “vecinales”, sin proyecto político, con lo cual “se perdió de vista que esto era una acción política y que había surgido como consecuencia de asesinatos (...) Era como una reunión de vecinos, una Sociedad de Fomento” (Mujer, 23 años, estudiante de Sociología, ex Asamblea de Palermo Viejo, con limitada experiencia política previa estudiantil). En ese sentido, la referencia más ofensiva es la que describe a las asambleas como “reuniones de consorcio”, donde la idea del “vecino” se superpone con la del “propietario”, es decir, la del vecino de clase media que lleva una cómoda vida dedicada a sus asuntos privados y despreocupada de la suerte de los otros –los no propietarios.

La tensión entre la noción de vecino como “hombre sin atributos” –la de presencia más numerosa- y la acepción más política del término es fácilmente perceptible en el siguiente relato de un integrante de la Asamblea Popular de Pompeya:

Un día [en Parque Centenario] una mujer de una asamblea de Barrio Norte comienza la apertura diciendo “vecinos” y alguien le grita “compañeros”. Ella volvió a reiterar “vecinos” y le dijeron que diga “compañeros”. La mujer siguió diciendo “vecinos” y se le burlaron todos. (...) Si una mujer hace una autocrítica y dice que ella decía que los piqueteros eran unos negros de mierda y que estaba arrepentida; si una mujer viene -se notaba que era de clase media alta- y está haciendo una autocrítica delante de un parque con tres mil personas, que algún tilingo que se siente esclarecido le diga que tiene que decir “compañero”, me pareció que ahí empezaba a funcionar algo mal (Hombre, 57 años, comerciante, con prolongada experiencia política previa)

Frente a una denominación cargada de connotaciones identitarias, políticas e incluso clasistas como la de “compañero”, la figura del vecino desempeñó –sobre todo en los inicios- una función niveladora. Mientras duró la intensa presencia de los partidos tanto en las asambleas barriales como en la Interbarrial, la figura del vecino se delineó por contraste con la del militante partidario, identificado con las mañas de la “vieja política” (Schillagi 2003). En una segunda etapa de transición las categorías de “vecino” y “asambleísta” parecen haber sido utilizadas en forma intercambiable. En un tercer momento, finalmente, al declinar el número de participantes y el nivel general de movilización, los asambleístas restantes dejaron de reconocerse en la figura del vecino y optaron definitivamente por la del asambleísta -e, incluso, por la del militante asambleario. A diferencia del “mero vecino”, encerrado en sus estrechos intereses particulares, el asambleísta pasó a ser definido por su participación en una empresa colectiva de construcción política en el barrio. Se hallaba, en ese sentido, más cerca de (o, en todo caso, en una suerte de “proximidad selectiva” con) el militante que del vecino original: ya no le temía a la política y enfatizaba, en cambio, el carácter político de sus prácticas, a las que intentaba diferenciar de “otras” prácticas de índole asistencialista, caritativa o clientelista desarrolladas tanto por los aparatos partidarios como por las entidades religiosas y de beneficencia (cf. Schillagi 2003). Fue entonces cuando claramente “los vecinos comenzaron a ser los otros, aquellos que no participaban de las asambleas”, convertidos ahora en uno de los temas de preocupación de los asambleístas que buscaban la forma de “llegar al barrio” interesando a “los vecinos” en las actividades de la asamblea (García 2003:24).

Piquete y cacerola: La relación con el Otro

Una de las principales experiencias que nuestros entrevistados recalcan de su paso por las asambleas es, sin duda, el descubrimiento del otro –o, mejor dicho, de *los* otros. Por un lado, el otro es el vecino con el que nunca se había hablado antes aunque viviera en el mismo edificio. Por otra parte –y este es el punto que abordaremos aquí- el Otro es el diferente, el pobre cuya miseria -antes percibida como ajena y lejana- pasó en un momento dado a ser mirada con nuevos ojos. La lejanía que antes definía la relación (o, mejor, la no-relación) se disolvió cuando los pobres, “villeros” y desocupados que eran vistos por televisión, con la atención dispersa que se concede a las noticias en la era del *zapping*, pasaron a ser –en muchos casos, gracias a los encuentros y actividades organizados por las asambleas- “habitantes del barrio”, “vecinos de la ciudad” o, simplemente, “compañeros”. También los cartoneros dejaron de ser presencias fantasmagóricas cuya existencia podía ser ignorada mediante el encierro en el hogar a horas prudenciales del atardecer. Los asambleístas de diversos barrios, presentes hasta altas horas de la noche en un espacio urbano compartido con ellos, les confirieron la entidad de prójimos ambulantes integrados al paisaje barrial mediante una serie de iniciativas dirigidas a ellos, tales como campañas de vacunación, comedores o merenderos. Incluso los sin techo que acampaban en la plaza dejaron de ser “el cuco del barrio” cuando los asambleístas escucharon y comprendieron sus problemas y buscaron la forma de ayudarlos a resolverlos, reduciendo drásticamente la distancia que los separaba:

En esa plaza vivían ocho hombres, y bueno, eran el cuco del barrio. Ellos [los vecinos] creían realmente que todas las cosas malas que podían pasar en el barrio pasaban a través de esa gente. Y la asamblea hizo un festival en esa plaza, y se hizo una radio abierta, y esos ocho hombres pidieron la palabra y todos pidieron trabajo, entonces, digamos que se fue el cuco, ¿no? Porque ellos dijeron concretamente que no habían elegido eso. Que tampoco se los expulsara, porque dónde iban a estar, y que justamente, como [era un] lugar público, ellos

estaban. Y pidieron trabajo, la asamblea se movió un poco y a muchos se les consiguió a través de [la revista] Hecho en Bs. As. Tres de esos muchachos que vivían en la plaza y eran cartoneros, ahora se pagan una pieza de hotel (Mujer, 55 años, ex Asamblea de Montserrat, con experiencia política previa)

Los relatos de los entrevistados refieren sistemáticamente al despertar de una “comprensión” y una “solidaridad” con un otro que nunca deja de serlo²⁸, es decir, un otro con el cual la identificación no es completa pese a que se ha perdido la sensación previa de ajenidad desde el momento en que -en un contexto de la crisis teñido por el relato de la “caída” de la clase media- predomina la sensación de que “le puede pasar a cualquiera”. En ese sentido señalan Fernández, Borakievich y Rivera (2002) que en su trabajo de campo con vecinos-caceroleros a comienzos de 2002 la respuesta generalizada a la pregunta acerca de los motivos de la participación era “yo no tengo nada que perder”. No obstante, los autores constatan que “los que no tienen nada que perder pertenecen a muy diversos sectores sociales”:

Ante la vertiginosidad de la crisis los que no tienen hoy nada que perder en Argentina desbordan los recortes sociales hechos desde las teorías. Esta movilización de muchos estaría reflejando más que a los que históricamente no tienen nada que perder -los de más bajos ingresos de una sociedad salarial- a aquellos que vertiginosamente han perdido lo que tenían: salario, empleo, jubilación, ahorros, empresa, vivienda, profesión u oficio, pero también futuro, dignidad: “Vengo por el futuro de mis hijos” es otra frase muy escuchada. Distintos grados de pobreza materiales, distintos grados de pendiente social pero todos despojados de sus bienes simbólicos, expropiados de futuro, sustraídos hasta la extenuación de sus esperanzas (Fernández, Borakievich y Rivera 2002)

Fue al calor de la crisis cuando muchos vecinos de Buenos Aires cayeron en la cuenta de que “a cinco cuadras de la casa de ellos hay gente que no come” (Mujer, 38 años, ex Asamblea de Flores Sur, con experiencia política previa). Dicho de otro modo, notaron la existencia de un otro que –síntoma de una ciudad aún integrada- se encontraba, en gran medida, “entre nosotros”, de modo que para verlo alcanzaba con volver la mirada y enfocar:

Soy el término medio de ese barrio. [Había] ganas de informarse de que existía otro mundo (...) Para mí estar con un piquetero fue un choque muy grande, ver que había gente que no tenía para comer también (...) Yo sabía que [eso] pasaba pero no que estaba tan cerca. Fue muy shockeante (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, Asamblea de Castro Barros y Rivadavia, sin experiencia política previa)

La imagen –tan popular en los medios periodísticos y académicos- de una clase media culposa que busca enmendar sus faltas de los '90 mediante su acercamiento con los trabajadores, los pobres y los desocupados está poco presente entre nuestros entrevistados. Son contados los que se reconocen ex felices consumidores de electrodomésticos a crédito en una época en que tantos otros perdían sus empleos y pasaban hambre; entre los que así lo hacen, predomina el sentimiento de la “indecencia” de ese disfrute por el hecho de que no alcanzaba para todos y a la luz de su carácter miope y cortoplacista más que la percepción de alguna conexión necesaria entre el disfrute propio y la carencia ajena. Por el contrario, la confluencia entre antiguos “ganadores” y “perdedores” tiene lugar “en torno a un sentido unificado de expoliación” (Wilks y Vommaro 2002:112). Así, la bonanza pasada de unos no es generalmente entrevista como la contracara de la miseria de los otros en tanto que parte de un mismo modelo; en cambio, la responsabilidad por la crisis que los ha afectado a todos tiende a ser asignada a un tercero: la clase política que, cómplice de los poderes económicos, ha traicionado a unos y otros por igual. Así lo señalan tanto los asambleístas como –en el momento culminante de la empatía- los líderes piqueteros Luis D'Elía y Juan Carlos Alderete,

quienes remiten la unidad entre asambleístas porteños y desocupados bonaerenses a la existencia de un enemigo común:

Los banqueros que les robaron a ustedes sus ahorros son los mismos que nos dejaron a nosotros sin trabajo. Luchamos para que este modelo de acumulación obsceno se termine (Página/12, 29/1/02)

El hito que señaló la existencia de una nueva relación con el Otro fue, sin duda, la movilización piquetera desde La Matanza a la Plaza de Mayo el 27 y 28 de enero de 2002, en el curso de la cual fue acuñada la consigna “piquete y cacerola, la lucha es una sola” y al final de la cual fueron pronunciadas las palabras arriba citadas. En esa oportunidad, además de enviar delegaciones para marchar junto a los desocupados, a lo largo de todo el recorrido por la Capital las asambleas apoyaron la marcha a medida que avanzaba, saludando a golpes de cacerola, alentando a los caminantes y recibéndolos con bebidas y alimentos. También lo hicieron en forma espontánea numerosos vecinos: entre ellos, jubiladas que acercaban un paquete de galletitas y porteros que sacaban una manguera a la vereda para refrescar a los manifestantes. Recuerda un asambleísta de Liniers la entrada a la ciudad de la marcha de los desocupados:

Fuimos los primeros que recibimos a los piqueteros, que era el encuentro de la clase media con los piqueteros. Nuestra asamblea fue la primera que cuando los piqueteros de la provincia entraban a la capital, un día a la mañana pusimos caballetes con mesas y los recibimos con mate cocido y pan. (...) Varios vecinos y entre ellos un ferretero armaron en un trailer un tanque de agua y ahí un dispositivo con válvulas y una manguera, entonces durante toda la noche se hizo el mate cocido, se fue calentando, y se llenó el tanque que era térmico y les dábamos el mate cocido caliente. Conseguimos que McDonald's nos dé leche y medialunas, de las panaderías salíamos con bolsas de pan. Era una solidaridad que el gobierno después rompió al enfrentar a la clase media con los piqueteros (Hombre, 47 años, comerciante, con prolongada militancia trotskista)

La marcha duró más de diecisiete horas y llegó a la Casa Rosada duplicando su volumen inicial gracias al aporte de los vecinos de Buenos Aires que se sumaron en el camino. Es por eso que sus momentos finales fueron descriptos por numerosos observadores como un “cruce de clases” y, consecuentemente, como una “fiesta”. “Lo que más me emociona es sentir que nos entienden”, declaró en la Plaza de Mayo una desocupada de La Matanza. “Encontramos una ciudad distinta a la del año pasado [cuando marchamos por primera vez a la Capital]. Lo único que no cambió es que en las estaciones de servicio siguen sin dejarnos entrar a los baños, pero después vimos muchos más negocios con las persianas abiertas y la gente nos saludó durante todo el recorrido” (Página/12, 29/1/02). El espíritu del momento fue sintetizado por el titular del Centro de Comerciantes de Liniers, quien afirmó que “para nosotros, vecinos y comerciantes, es un honor poder unir piqueteros y desocupados con caceroleros, pesificados o no, los que están en el corralito y los que quedaron fuera, para marchar juntos a construir una nueva Argentina” (Ibíd.).

En el trayecto no sólo se sumaron caminantes: al reclamo de tres puntos que los piqueteros llevaban a Plaza de Mayo –creación del millón de puestos de trabajo prometidos por Rodríguez Saá, respeto gubernamental a las organizaciones de desocupados, liberación de los presos sociales- acabó añadiéndosele otro: la renuncia de la Corte Suprema de Justicia. En una suerte de intercambio simbólico, ese día se pudo ver a algunos piqueteros portando cacerolas; los caceroleros, por su parte, ya desde el 19 de diciembre de 2001 habían adoptado la táctica “piquetera” de obstruir calles y quemar gomas²⁹.

La unidad era, sin embargo, notablemente más fácil en la protesta que en la acción cotidiana³⁰, tal como lo revela la sinécdoque utilizada para ilustrar la relación. Se hablaba, en

efecto, de la unidad entre piquetes y cacerolas -es decir, entre las modalidades de la protesta- más que entre las organizaciones piqueteras y las asambleas. En el interior de estas últimas, la relación con el Otro estuvo en el centro de numerosos debates y actividades. El tema del clientelismo y el asistencialismo es, junto con la cuestión del alcance –local o global- de las actividades de las asambleas, el tema más mencionado por nuestros entrevistados como el que más controversias generó en su seno.

Nuestros asambleístas y ex asambleístas expresan un fuerte cuestionamiento hacia las formas de distribución de bienes y hacia las formas políticas resultantes del funcionamiento de los programas asistencialistas instrumentados por el gobierno, que lejos de asignar derechos distribuyen paliativos mínimos para la vulnerabilidad a cambio de la des-ciudadanización de sus receptores. Sobre la base de esta comprensión de la situación, la mayoría de las asambleas fueron escena de fuertes discusiones, en primer lugar, acerca del carácter clientelista de los programas asistencialistas y, en segundo lugar, acerca de la posibilidad de encarar actividades de tipo asistencial en su seno. Así, algunas de las ellas se negaron a realizar este tipo de actividades por considerarlas inherentemente clientelistas, o por asignar un contenido peyorativo al asistencialismo, a menudo identificado con el clientelismo, el paternalismo o la caridad cristiana:

El gobierno quería ofrecernos [bolsones de comida] para que nosotros repartiéramos. Esa fue una discusión filosófica muy importante que terminó en una opinión muy sabia a mi entender, de no hacer de esto un clientelismo político (Hombre, 45 años, Asamblea de Palermo Viejo, empleado, sin experiencia política previa)

[La asamblea] se oponía al asistencialismo: ningún merendero, ningún bolso de comida, nada. Nos vinieron a hacer la propuesta de hacer las compras comunitarias en el Mercado Central, nos llevaban y nos traían, y no, se negó totalmente. Porque no quería nada que tuviera que ver con asistencialismo o bolsas de comida, porque decían que la gente después terminaba viniendo a las asambleas por un plato de comida o por un bolso de mercadería y no era todos a la par peleando por tal cosa, sino que empezábamos a estar en una situación de no igualdad (Mujer, 55 años, ex Asamblea de Montserrat, con experiencia política previa)

Muchas otras asambleas, en cambio, emprendieron diversos proyectos “solidarios” - comedores y merenderos, campañas de vacunación para los cartoneros, compras comunitarias, reparto de bolsas de comida- con la convicción de que la necesidad podía paliarse de modos diversos: convirtiendo a los beneficiarios ya sea en clientes, ya en ciudadanos, según las prácticas en que la actividad se insertara. Tal como lo explica un integrante de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores, “lo que ellos manejan como clientelismo, nosotros [lo] podemos manejar como una distribución fehaciente y justa” (Hombre, 47 años, actor y director de teatro, con experiencia política previa). La *forma* de distribución de los bienes es lo que marca las diferencias de fondo con los programas gubernamentales. De lo que se trata –afirma una integrante de la Multisectorial de San Cristóbal- es de no “establecer relaciones de poder nosotros para con estos compañeros que se acercan porque necesitan algo”. En primer lugar, explica, los beneficiarios no están empadronados:

Nosotros no aceptamos la organización vertical que ellos [el gobierno porteño] piden. (...) Nosotros no hacemos padrón en el comedor. No tenemos número de DNI de la gente, no tenemos padrón. Lo que tenemos es manejo de cantidad, de cantidades de personas para lo organizativo (...) [Pero] no hay nombres ni DNIs, entonces el gobierno de la ciudad pide eso, y están haciendo un registro de beneficiarios único, que en realidad lo que quieren es que si vos estás en este beneficio no podés estar en este otro... Nosotros por un plato de comida los sábados no vamos a hacer que la gente tenga un problema al recibir otro beneficio (Mujer, 31 años, maestra y militante)

En segundo lugar –apunta un asambleísta de Parque Avellaneda- los beneficiarios no son receptores pasivos, dado que desempeñan un rol en la producción de los bienes que reciben; es así como se diferencian no solamente de los clientes de los programas gubernamentales sino también de los pobres objeto de la caridad cristiana:

Al principio el comedor funcionaba como los demás comedores, o sea, cuatro, cinco o seis samaritanos que empezamos a atender, a limpiar, a servir, etc. (...) [Después entendimos] que la gente tenía que tener conciencia de su dignidad [y] que nosotros atentábamos contra esa dignidad, que teníamos que tratar de hacerles entender que tenían que tomar en sus manos la tarea del comedor. Y así empezamos a fines del 2002: la condición para poder venir a este comedor era que hagas una tarea comunitaria. Todo el mundo hace una tarea comunitaria, de manera tal de que nadie explota a nadie. (...) Se rotan todos permanentemente. (...) La gente empezó a tener las cosas como propias, y de alguna manera hacer que nadie se sienta más dueño nadie que otro. Porque hasta en las pequeñas cosas se plantearon cosas de poder: cuando había un equipo de cocina fijo se creían que porque venían y hacían más cosas que los demás, tenían una especie de poder especial que les permitía llevarse alimentos o repartir la comida con cierta discreción...y así con todas las cosas (Hombre, 41 años, maestro, con experiencia político-sindical)

A semejanza de los programas gubernamentales o los emprendimientos caritativos a los que no quieren parecerse, y a diferencia de la construcción barrial y comunitaria de las organizaciones piqueteras cuyo basismo es tan ensalzado como criticadas sus tendencias punteriles y clientelistas, el trabajo social de las asambleas se dirige en la mayoría de los casos no hacia sus propios miembros sino hacia el *otro*, aquél que en principio no integra la asamblea pero al que se procura ayudar y, eventualmente, activar políticamente. Es por eso, precisamente, que las ollas populares y muchas otras actividades organizadas por las asambleas son calificadas por los entrevistados como una tarea “solidaria” e, incluso, “noble (es decir, no egoísta): se trata, efectivamente, de algo que *nosotros* hacemos para *ellos*, y no para nosotros mismos. La brecha entre *nosotros* (los que organizamos la actividad) y *ellos* (los que se benefician de ella y a quienes *nosotros* buscamos implicar porque *a nosotros* su pasividad nos parece indigna) es sistemáticamente reconocida³¹, como también lo son los esfuerzos constantes por hallar alguna forma de cerrarla:

[Se intentó] no hacer un espacio de “nosotros-ellos”... porque hacíamos [la olla popular] en un patio [donde] ponían una mesa que atravesaba dividiendo los que estaban en el mostrador, del otro lado, cocinando y del otro lado los que recibían la comida. Entonces después cambiábamos la mesa, la poníamos contra la pared para que no hubiera [separación]. [También se discutía] cómo hacer para que no haya cola, para que la gente no tenga que esperar. (...) Era una situación muy indigna de estar esperando esas horas por un plato de comida (...) Entonces empezamos a establecer estrategias de conversar con la gente, con los chicos una cuestión de recreación (...) Con los adultos se hacía una asamblea más vinculada a las cuestiones de la olla (Mujer, 31 años, maestra, Multisectorial de San Cristóbal, militante)

El trabajo social de las asambleas es idealmente encuadrado en un “debate de interpretación de las necesidades”: lejos de hallarse estandarizadas y normativizadas, las necesidades “se discuten (...) entre los que las necesitan, se resignifican, se prueban alternativas de acción y si éstas no dan resultado, existe la posibilidad de pensar otras” (Di Marco y Palomino 2004:31). Así, mediante la palabra y la acción las asambleas buscaron acortar una distancia social que era hasta entonces un abismo; fueron, en ese sentido, espacios de cruce social y, por consiguiente, también una inagotable fuente de conflictos. Son numerosos los relatos de experiencias que fracasaron (a veces violentamente) luego de difíciles convivencias que

exacerbaron las diferencias entre los asambleístas y –en el caso de la Asamblea de Villa Crespo- los cartoneros con los cuales en un primer momento compartían el espacio (cf. García 2003:30) o –en el caso de la de Palermo Viejo- los artesanos que vendían sus productos en la feria montada en el predio recuperado por la asamblea. De diversas intensidades, los desencuentros y malentendidos son indefectiblemente adjudicados a la distancia social y a las consiguientes diferencias de intereses y objetivos. Es en ese sentido típico el cargo que formula el ex asambleísta de Palermo Viejo que afirma que, a diferencia de los asambleístas, “los artesanos muchos habían perdido su empleo, la mayoría no venían a la asamblea. Funcionaban por una necesidad concreta: necesito un espacio donde poner mis cosas (Hombre, 48 años, con breve experiencia político-partidaria previa).

A la hora del balance, dos sensaciones encontradas predominan entre nuestros entrevistados: por un lado, la idea de que el cruce de clases que tuvo lugar en el seno de las asambleas produjo una suerte de apertura mental en muchos de sus participantes, dejando en ellos una huella indeleble y cimentando nuevas actitudes y predisposiciones políticas; por el otro, la idea de que en el conjunto de la sociedad de clase media (y también, aunque en menor medida, entre numerosos ex caceroleros y asambleístas) los cambios fueron superficiales y pasajeros. Es típica en ese sentido la imagen de un breve período excepcional de efervescencia cuyo rápido reflujo marcó el retorno a una “normalidad” en la cual no quedaron huellas de la empatía ensayada en la cima de la crisis:

La consigna “piquete y cacerola, la lucha es una sola” era importante en aquel momento. Y fijáte ahora lo desprestigiado que está el movimiento piquetero, ¿no? La clase media que les daba agua cuando pasaban por Avenida Rivadavia, hoy son los que los putean porque llegan tarde al laburo (Mujer, 38 años, ex Asamblea de Flores Sur, con experiencia política previa)

Esa marcha que venía desde Liniers... íbamos todos a darles una mano y a valorar su marcha. Y hoy en día están repudiados como si fuesen otra vez lo que eran antes: una nada que nos molesta a nosotros que tenemos que vivir (Mujer, 36 años, ex Asamblea de Flores Sur, con limitada experiencia política previa)

Dos explicaciones, en gran medida complementarias, son proporcionadas para dar cuenta de este reflujo: en primer lugar, la volatilidad inherente a los “estados de ánimo”; en segundo lugar, los efectos de la absorción diferencial de las demandas:

Se salía a la calle con la consigna “piquete y cacerola, la lucha es una sola”, y hoy buena parte de la gente que participó en el movimiento asambleario, seguramente no debe estar muy a favor de la dinámica del movimiento piquetero, ¿no? (...) [Eso indica] cuánto duran los estados de ánimo (Hombre, 50 años, ex Interbarrial, militante partidario)

Al principio en 2001 la consigna era “piquete y cacerola son una sola”. Eran piqueteros y clase media [a los] que habían estafado y robado. Ahí vamos todos juntos. Hasta que [a los “acorrallados”] les resolvieron el problema, con Lavagna. A esto y nada se quedaron con esto, y no siguieron luchando por todos. El piquete pasó a ser una cosa mal vista, porque me está cortando la calle, a mí que fui cacerolero y asambleario... Divide y reinarás... (Hombre, 60 años, maestro mayor de obras, ex Asamblea de Olivos, con afiliación partidaria)

Los asambleístas, las asambleas y la representación política

Por su composición, sus consignas, sus procedimientos y mecanismos (más o menos horizontales, más o menos pluralistas y, en el caso de las de la ciudad de Buenos Aires, con o sin mandato imperativo para sus delegados a la Asamblea Interbarrial), las asambleas fueron diversas. También sus iniciativas tuvieron una diversidad inagotable: desde la producción de periódicos, publicaciones informativas o programas radiales³² hasta la organización de

escraches a políticos o funcionarios o la organización, coordinación y participación en formas diversas de impugnación política y protesta social (tales como nuevas movilizaciones y cacerolazos, murgas, volanteadas, actos de denuncia o de repudio, asistencia a piquetes, apoyo a fábricas tomadas, ocupación de espacios, petitorios y “exigitorios”), pasando por la apertura de comedores escolares, la organización de compras comunitarias, ferias artesanales, actividades recreativas y ollas populares, centros de educación popular, ciclos de cine, y la elaboración y distribución de diversas clases de bienes de consumo mediante microemprendimientos vecinales con el objetivo doble de propiciar la autogestión y de preservar o crear fuentes de trabajo, entre muchas otras. Las actividades de las asambleas tendieron a variar según su composición y las características de su territorio: la comisión de ecología tendió a ser más fuerte en las zonas inundables, la de educación lo fue en los barrios que son sede de colegios importantes o están cerca de alguna facultad, la de salud tuvo mayor relevancia allí donde hay un hospital, la de vivienda fue central en barrios con elevada concentración de pensiones e inquilinatos, donde los desalojos son un problema cotidiano, la organización de debates y mesas redondas fue más importante allí donde la proporción de profesionales era mayor, los clubes de trueque florecieron en barrios de menor poder adquisitivo. Las consignas y reivindicaciones, al igual que las que habían movilizó a los cacerolazos, fueron también amplias y diversas: elecciones ya, apoyo a los piqueteros, presupuesto participativo, apertura de instancias de decisión para los vecinos, nacionalización de la banca, reestatización de las empresas privatizadas, no pago de la deuda externa, remoción de los miembros de la Corte Suprema, revocatoria de todos los mandatos y convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente, fin del “corralito” bancario, exigencias diversas a los gobiernos locales y provinciales (desde la cesión de un espacio de reunión hasta la entrega de alimentos o medicamentos). Así aparecían, entremezcladas con demandas concretas e inmediatas relacionadas con la crisis social y con las clásicas reivindicaciones de los micropartidos de la izquierda revolucionaria -tales como el rechazo de las obligaciones derivadas de la deuda externa- otras consignas vinculadas a la reinterpretación en clave negativa de las reformas de los '90 y otras tantas que eran la expresión directa de la crisis de representación.

Más allá de la variedad e inventiva de sus consignas y de la profusión de sus iniciativas, la principal actividad de las asambleas fue sin duda la discusión: discusión sobre todos los temas imaginables y, en particular, sobre sí mismas, sobre sus actividades y sobre el sentido de esas actividades y de sus principios rectores –la horizontalidad, la participación, la deliberación y la democracia directa, entre otros. El discurso asambleario acerca de la representación fue, por lo tanto, abundante y variado. Abarcó desde posturas reformistas que exigían un recambio capaz de “limpiar” el sistema representativo de sus lacras y restituirlo a su buen funcionamiento hasta posiciones radicalmente impugnadoras de la representación, considerada como sinónimo de traición dado que habría sido instituida precisamente con la intención de apartar al pueblo del poder que le corresponde por derecho propio pero que vuelve inestable toda forma de dominación.

En las páginas que siguen buscamos dilucidar lo que para nuestros entrevistados significa la representación política, lo que ellos perciben como alternativas a la representación fallida, y lo que en verdad reclaman en relación con sus promesas incumplidas. ¿Acaso el reclamo consiste en volver a la democracia “más representativa”? ¿O, por el contrario, en tornarla “más directa”? En otras palabras: ¿cómo conciben los asambleístas a las asambleas? ¿Cómo piensan sus relaciones con los partidos políticos y las instituciones de gobierno? ¿Perciben a

las asambleas como alternativa o como complemento de otras formas de mediación entre el estado y la sociedad? ¿Proponen alguna forma de ocupación de las instancias representativas existentes, se consideran una forma adicional y más eficaz de “control ciudadano”? ¿Se percibe en ellas algún eco de las experiencias más o menos exitosas de participación ciudadana realizadas en otras latitudes, tales como la del *presupuesto participativo*? ¿Admiten algún espacio para ciertas formas representativas o delegativas, o expresan un rechazo radical a toda forma de representación? ¿Proponen alguna práctica concreta que logre prescindir por completo de la distancia entre gobernantes y gobernados?

Que se vayan todos

Que se vayan todos (o los vamos a echar)
(De la página web de la Asamblea Villa Ariza–Ituzaingó)

¡Que se vayan todos!
¡Que se quede la democracia!
¡Y que llegue la justicia!
(De la página web de la Asamblea Vecinal de Colegiales)

El “que se vayan todos” (QSVT) que comenzó a articularse en las jornadas destituyentes de diciembre de 2001 (pero cuya presencia posterior se constata en el seno de una población que excede con mucho a los actores de la protesta) fue objeto de numerosas y variadas lecturas periodísticas, académicas y políticas. Sus diversas interpretaciones -asiduamente formuladas y reformuladas por los asambleístas- remiten a actitudes claramente diferenciadas ante el sistema de representación.

Un numeroso primer conjunto de entrevistados sostiene que el QSVT debe ser interpretado literalmente. Unos pocos de entre ellos no aclaran lo que tal cosa supone, y afirman simplemente que la consigna exigía que se fueran “absolutamente todos, y empezar de nuevo (...) pero ya” (Mujer, 36 años, ex Asamblea de Flores Sur, con limitada experiencia política previa). Otros, en cambio, explicitan el contenido del “todos”, traduciéndolo como “todos los que están”, “los políticos del sistema”, “los políticos corruptos y vendepatria” o “los que nos gobernaron siempre”. Algunos avanzan un poco más para afirmar que los “todos” que se tenían que ir eran “la corporación política, los jueces” o los que ocupan cargos en “los tres poderes del sistema”. Lo que la consigna reclamaba era -en palabras de un asambleísta de Castro Barros y Rivadavia- que se fueran no solamente “los políticos que nos venían gobernando, que nos siguen gobernando, sino que se vaya toda esa clase política, *supuestamente representativa* de la ciudadanía, léase: instituciones políticas, iglesia, sindicatos... toda esa forma de hacer política del prebendismo, de te doy esta plata votáme” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, sin experiencia política previa). En ese sentido, el blanco era la “vieja política” y el reclamo era, como lo explicitan algunos, de “renovación de los partidos” (Mujer, 50 años, Licenciada en Ciencias de la Educación, Asamblea de Álvarez Jonte y Artigas, con breve experiencia política en la universidad). Dicho reclamo llegó a abarcar también, especialmente a la luz de la experiencia de las asambleas, a los partidos de izquierda, pese a que “la izquierda no se identifica en el mensaje, ellos como si estuvieran afuera”³³ (Hombre, 65 años, empleado del Gobierno de la Ciudad, ex Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa).

Entre los que interpretan la consigna en forma literal se encuentran asimismo otros que la apprehenden ya no en términos de “renovación” –entendida ésta ya sea como el reemplazo de

las personas en funciones o como la sustitución de las viejas prácticas cuestionadas- sino en términos del reemplazo del sistema de representación en crisis por “otra democracia”, a la que algunos se refieren como “directa”, otros como “participativa” y aún otros, finalmente, como “más representativa” que la existente. La negativa a interpretar la consigna como demanda de un “mero recambio” es en muchos casos explícita; así, por ejemplo, afirma una ex asambleísta de Lanús que QSVT significaba “que se vayan todos los gobernantes pero que no venga ninguno en su lugar, no cambiarlos por otros (...) [Aunque] yo misma no me imagino lo que sería estar organizados de esta forma (Mujer, 32 años, breve experiencia política previa). Sostiene, finalmente, un integrante de la Asamblea 20 de Diciembre de Parque Avellaneda:

[QSVT] es una consigna-guía para nosotros, construir un poder popular de diferente tipo, y en eso nos parece que el modelo de Mosconi es muy bueno, es el más avanzado que hay en el país. Nos parece que hay otros modelos que hay que estudiar, como el de los Sin Tierra de Brasil, el del Zapatismo, la guerrilla colombiana, los Cocaleros en los territorios donde funcionan como poder popular real (...) porque son un espejo que muestra el propio porvenir de la Argentina (Hombre, 41 años, maestro, con experiencia sindical)

En general, esta clase de postura incluye la idea de las asambleas como alternativa frente a la democracia representativa. En la Asamblea de Palermo Viejo –recuerda una de sus integrantes- “se había prolongado esa frase diciendo ‘Que se vayan todos, nosotros nos hacemos cargo’” (Mujer, 65 años, ama de casa, sin experiencia política previa). A partir de esa misma frase razona un asambleísta de Pompeya:

Había una asamblea que decía: “Nos hacemos cargo nosotros” (...) Lo otro [los políticos] es impresentable, en treinta años no le encontraron la solución. Prostituyeron los poderes del Estado, llevaron a la gente, al 50%, bajo la línea de pobreza, la corrupción es estructural. (...) [QSVT] era literalmente: señores políticos, ustedes no pueden administrar más nada (Hombre, 57 años, comerciante, con prolongada experiencia política previa)

Un segundo conjunto de entrevistados, igualmente numeroso que el anterior, adjudica al QSVT un sentido metafórico, es decir, un sentido figurado o no literal que, sin embargo, facilita la comprensión del fenómeno en cuestión. En palabras de una ex asambleísta de Montserrat:

[QSVT era] como una metáfora (...) comparable con la de las Madres de Plaza de Mayo, “aparición con vida”³⁴. O sea, todas saben que están muertos, pero bueno, aparición con vida es el slogan, la cosa fuerte, y este que se vayan todos me parece que tiene una similitud, porque yo en lo personal no puedo creer algo... que se vayan todos qué, y quiénes quedamos, cómo, porqué que se vayan todos, ¿y el que venga? (Mujer, 55 años, con experiencia política)

En tanto que metáfora, son atribuidas a la consigna dos grandes características. Por un lado, una gran capacidad de simbolización del hartazgo, la bronca, el hastío, el rechazo difuso hacia los representantes, el sistema de representación o, incluso, el sistema a secas. Ella era “simplemente una *expresión* de ‘estamos hartos de esto y todavía no nos da cómo reemplazarlo, simplemente estamos hartos y lo manifestamos’”, según un miembro de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores (Hombre, 33 años, militante partidario); “una *catarsis* por la negativa”, en la expresión de otro integrante de la misma asamblea (Hombre, 34 años, con experiencia política); “un *grito* de protesta y de plantar una posición”, según un asambleísta de Palermo Viejo (Hombre, 29 años, estudiante de maestría, sin experiencia política previa). Explica un ex asambleísta del Botánico:

[Fue] un grito de rebeldía. (...) Fue muy visceral, que se vayan todos porque estamos podridos de todo. Nada más. No había un análisis mucho más de profundo que eso. Fue un grito de rebeldía en un momento y veamos hasta dónde podemos estirar el “que se vayan todos”. No se estiró mucho porque de hecho están, es como una goma que la estirás al

máximo a ver hasta dónde vuelve (Hombre, 48 años, desempleado, limitada experiencia política previa)

Por otra parte, la consigna es caracterizada por su capacidad de síntesis y su consiguiente potencial abarcador. Ella era “una síntesis de esas que se hacen en la cancha”, según un asambleísta de Flores que proporciona la siguiente explicación:

[La frase] salió en la calle. “Que se vayan todos” es BASTA, es una traducción, no es literal. No es que vamos a ir a matar a la mamá del referí, no. (...) Fue una frase simple, puta, no era que se vayan todos, todos, todos, todos los hijos de puta que a espaldas del pueblo negocian lo que negocian, lucran con lo que lucran, viven aislados, perjudican a los sectores más jodidos, se siguen cagando en todos, siguen endeudando al país (...) Algunos decíamos “avancemos, hagamos la revolución”, [estaba] el que quería reformas livianas, pero el “que se vayan todos” englobaba. Es una síntesis casi metafórica, no hay que buscarla literalmente. (Hombre, 47 años, actor, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con experiencia política)

Algunos destacan positivamente la amplitud del slogan por su capacidad de abarcar diversos reclamos y afirman que ella se torna “un arma de doble filo” cuando es tomada literalmente; otros tantos, en cambio, utilizan la misma expresión (“arma de doble filo”) para alertar sobre el peligro de una consigna tan “imprecisa” o “difusa” como para aglutinar “desde los fascistas hasta la extrema izquierda” –y útil, por consiguiente, para ser “retomada por la derecha”.

Frente a la consigna nuestros entrevistados –tanto los que creen que ella debe ser tomada de algún modo literal como los que destacan su carácter metafórico- se dividen entre quienes afirman su validez y/o su vigencia y los que dicen nunca haberla apoyado o haber dejado de hacerlo por diversas razones: su irresponsabilidad; su carácter insuficiente o, por el contrario, excesivo; su sesgo negativo; lo inevitable de su fracaso. Encontramos, asimismo, a algunos (pocos) que rechazan su primer componente –la pasividad del “que se vayan”, cuando en realidad, afirman, había que *echarlos* a todos- y a otros (también escasos) que se oponen, en cambio, al “todos” con el argumento de que no todos los políticos son iguales. “Dentro de las cámaras del Congreso había gente que, a mi modo de ver, había tenido un buen accionar (...) Yo [incluso] sospechaba si eso no fue incorporado desde la derecha para crear una situación de mezclar todo, de meter todo en una misma bolsa”, afirma en ese sentido un ex asambleísta de Caballito (Hombre, 43 años, artista y docente universitario, sin experiencia política previa). El carácter “irresponsable” de la consigna, por su parte, es afirmado en al menos dos sentidos diferentes. Por un lado, en el sentido de que ella “pone afuera de uno mismo la responsabilidad. [Con eso] no se arregla nada. [Es como decir] ‘Yo no lo voté’, ‘yo no tengo nada que ver’, ‘viene de hace mucho’.” (Mujer, 23 años, estudiante, ex Asamblea de Palermo Viejo, experiencia política limitada a la asistencia a marchas universitarias). El slogan es denunciado también como un “capricho” producto de las urgencias del momento, gritado por “esos mismos [que ahora] se van a la marcha de Blumberg” (al que los entrevistados denuncian infaliblemente como “de derecha”) (Mujer, 26 años, ex Asamblea de Lanús, sin experiencia política previa). Por otro lado, la frase es considerada producto de la “inconsciencia”, del “no pensar” lo que podría suceder si ella se concretara. “Vos no podés decir ‘que se vayan todos’, porque si vos no estás gobernado viene el señor George W. [Bush] y te dice: ‘yo gobierno por vos’”³⁵, afirma una ex asambleísta de Olivos (Mujer, 45 años, voluntaria en una biblioteca popular, con experiencia política y afiliación partidaria). La afirmación más difundida de la irresponsabilidad de la frase –caracterizada como “ridícula”, “infantil”, “desajustada”, “irreflexiva” y “sin sentido”- se presenta bajo la forma de un interrogante: “si se van todos ¿quién va a venir? ¿quién va a quedar?”. La pregunta es formulada a menudo junto con la constatación del fracaso de las asambleas para “ocupar el

espacio” de los que debían irse, o de “la gente” o “el pueblo” para organizar una alternativa y mantenerse a la altura de las consecuencias de su reclamo.

La frase es denunciada ya por excesiva (y, por lo tanto, imposible), ya por insuficiente. Afirma, entre los primeros, un integrante de la Asamblea Gastón Riva:

[Hoy] están los mismos; no sólo no se fue nadie, sino que están todos. Estas posiciones entre todo y nada son lo mismo, y termina pasando esto. Queríamos todo y conseguimos nada (Hombre, 32 años, fotógrafo, con experiencia previa limitada a la asistencia a manifestaciones universitarias).

Entre quienes la juzgan insuficiente encontramos básicamente a militantes o asambleístas con vasta experiencia político-partidaria que sostienen que para el grueso de la ciudadanía movilizada el “todos” se traducían simplemente como “los que están”, sin llegar a la demanda de un cambio radical en el sistema:

[La consigna] decía “que se vayan todos los políticos”, pero no decía [que] el sistema parlamentario es un sistema indirecto de delegación de la política y en la medida en que uno elige a alguien y ese alguien no es revocable y puede hacer lo que quiera entre elección y elección, significa un gran renunciamiento político. (...) La asamblea quería que se vayan todos pero no cambiar el sistema (Hombre, 47 años, comerciante, Asamblea Popular de Liniers, con experiencia militante)

La insuficiencia de la consigna pasa aquí por su carácter solamente “negativo” (el cual es reconocido también, como hemos visto, como una de sus principales fortalezas, por su capacidad abarcadora de los más diversos reclamos). Es así señalado nuevamente el problema de la carencia de una propuesta alternativa, “por la positiva”, que varios de estos asambleístas –como el que acabamos de citar- afirman haber intentado subsanar por fuera de sus respectivas asambleas, organizando grupos “de discusión más política, más de tipo estratégica, de programas, de actividades, que en la asamblea no se podían hacer”.

En todo caso, la mayoría considera que, a juzgar por sus efectos prácticos, la consigna fue un fracaso. “No cambió nada”, “no se fue nadie”, “el sistema se gatopardizó”, “cambió algo para que no cambiara nada”, son algunas de las expresiones más repetidas. Unos cuantos, no obstante, destacan que resultó de utilidad para cambiar la perspectiva de muchos ciudadanos antes pasivos, para crear en ellos una suerte de estado de alerta y, en contrapartida, una mayor sensibilidad en el gobierno emergido de las elecciones presidenciales de 2003 –el cual (en el discurso, según algunos; mediante ciertas acciones relevantes, según otros) acabaría por recoger algunos de los reclamos de los caceroleros y los asambleístas. Rescatan, en otras palabras, la potencia alegórica de la consigna, que puede traducirse –como lo hace Horacio González- como “que se vayan todos, pero hay un gobierno, es decir que lo estamos mirando” (Colectivo Situaciones 2002:51).

Las asambleas frente a las instituciones representativas

La relación con el gobierno local

Son pocos los entrevistados que afirman en forma tajante que sus respectivas asambleas no mantenían –especialmente en sus comienzos- ninguna relación con el Centro de Gestión y Participación (CGP)³⁶ de su barrio porque, fieles al QSVT, no querían tener nada que ver con el Estado, los partidos políticos -ni siquiera con la Iglesia. Así, por ejemplo, recuerda un asambleísta de Flores:

Estábamos todos bastante radicalizados en esa época. Había una comisión de relaciones institucionales que era estigmatizada como la derecha de la asamblea. Lo primero que

quisieron hacer fue relacionarse con el CGP, la Iglesia y la policía. Imagínate en esa época. Hacía un mes que la policía nos venía reprimiendo, al CGP no le dábamos entidad, el gobierno era una cáscara vacía y la Iglesia tampoco era considerada una institución progresiva y de diálogo (Hombre, 34 años, encuestador, breve experiencia política previa).

Son más numerosos los que afirman que hubo en sus respectivas asambleas fuertes conflictos internos en torno de la cuestión de si, acaso, aceptar o rechazar lo que ofrecía el CGP, si pedir, exigir o, incluso, “tomar” lo que correspondía a “la gente” por derecho propio (recursos, espacio, etc.). Son aún más numerosos, finalmente, los que afirman sin lugar a dudas que sus asambleas se relacionaron de uno u otro modo con el CGP o con el Gobierno de la Ciudad (y, en menor medida, con otras instituciones). Dichas relaciones fueron, según la mayoría, “obligadas”, de índole utilitaria y de “demanda permanente” (Mujer, 31 años, maestra, Multisectorial de San Cristóbal, militante). El CGP es visto, desde esta perspectiva, como “un ámbito de dónde poder rapiñar algún plan, alguna *guita*, algún subsidio” (Hombre, 32 años, fotógrafo, Asamblea Gastón Riva, con limitada experiencia política previa); una fuente de donde “sacar” cosas, un lugar adonde pedir o exigir y al cual “escrachar” si las demandas no eran adecuadamente respondidas. Esta relación de demanda es con frecuencia (pero no siempre) definida como “conflictiva”³⁷; son contados los que describen una relación más “amigable” o “adulta” resultante de la existencia de cierta afinidad ideológica, de la “buena disposición estatal”, del reconocimiento por parte de la asamblea de los logros de la gestión municipal, o del respeto mutuo. La obtención de recursos (predios para funcionar, cajas de comida para repartir, alimentos para el comedor comunitario, planes sociales, subsidios habitacionales, etc.) o de decisiones tales como la legalización de ciertas actividades de las asambleas es, pues, considerada mayormente como el resultado de la “lucha” de las asambleas y de sus “presiones” sobre un gobierno visto por algunos como necesitado de “limpiar su imagen” y por otros como “asustado” por la convulsión social. Recuerda en ese sentido un asambleísta de Parque Avellaneda:

Tuvimos una entrevista con la gente de política alimentaria, [era] la primera vez que teníamos contacto con funcionarios. En ese momento [en] el Gobierno de la Ciudad estaban muy asustados, cada vez que tenían un amago de marcha ya directamente te tiraban cajas por la ventana. (...) Fuimos trece asambleas y les planteamos que teníamos ollas populares, que teníamos distintas actividades sociales, que necesitábamos alimentos y de qué manera nos íbamos a relacionar [que dependía de ellos si era por las buenas o por las malas]. Logramos que nos enviaran periódicamente una partida de [alimentos] (...), después solicitamos un local (Hombre, 41 años, maestro, con experiencia sindical)

La relación con el CGP, aún allí donde no fue más que de exigencias y presiones, colocó con frecuencia a las asambleas frente a la cuestión –rechazada por muchos de sus integrantes– de la institucionalización, la representación y el liderazgo. En muchos casos, en efecto, el reconocimiento y la integración de las actividades de las asambleas a los programas gubernamentales eran acompañados de la exigencia de su formalización como organizaciones no gubernamentales o entidades de bien público, con estatutos, reglamentos y autoridades. Para ser reconocidas y recibir apoyo estatal, actividades tales como las ollas populares o los merenderos debían usualmente amoldarse a la lógica burocrática estatal, lo cual suponía por ejemplo la confección de padrones de beneficiarios. En su trato con las asambleas, por añadidura, los funcionarios gubernamentales exigían a menudo la presencia de un líder que oficiara de figura visible y único interlocutor, y hallaban dificultades para relacionarse con las asambleas que se negaban designar representantes o delegados con un carácter más o menos estable. En tales casos, la relación demandaba enormes esfuerzos y sus resultados eran con

frecuencia decepcionantes: la única forma en que los funcionarios podían dirigirse a la asamblea era asistiendo a sus plenarios y esperando hasta que les dieran la oportunidad de abordar los temas en cuestión; como nunca trataban con la misma persona, las conversaciones raramente podían reanudarse en el punto donde habían sido dejadas; los intercambios se multiplicaban volviendo con frecuencia a fojas cero, y los tiempos se dilataban sin que las cuestiones se resolvieran (cf. Schillagi 2003).

Más allá de la relación de demanda permanente, otros entrevistados hacen referencia a un involucramiento más estable en el marco de ciertas iniciativas del gobierno de la ciudad –en particular, la del llamado “presupuesto participativo”. También aquí se disciernen dos enfoques, uno más comprometido con dichos procesos y otro más instrumental. La mayoría de los entrevistados, sin embargo, adopta esta última posición. Entre los integrantes de las asambleas que respondieron a las mencionadas iniciativas gubernamentales, la mayoría afirma haberlo hecho a sabiendas de que se trataba de “una gran farsa” o “una mascarada de democracia participativa”, con el objeto de acumular poder o de lograr otros objetivos ajenos al proceso en sí. “Somos gente que queremos gobernar”, afirma un asambleísta de San Telmo. Para lograrlo “aprovechamos todos los recursos que hay, aún los más bastardos. Por ejemplo el presupuesto participativo” (Hombre, 51 años, comerciante). La utilidad del mecanismo radica, según un integrante de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores, en que “es una instancia institucional que nos sirve para charlar con la gente del barrio (Hombre, 34 años, encuestador, con experiencia política); según un miembro de su homónima de Parque Avellaneda, en su carácter de caja de resonancia para hacer oír otros reclamos (Hombre, 41 años, maestro, con experiencia sindical).

Son pocos los que conceden a las iniciativas del gobierno el beneficio de la duda, y que manifiestan haber entrevisto en ellas una posibilidad real de democratización del sistema político. En ese sentido afirma un asambleísta de Castro Barros y Rivadavia haber trabajado asiduamente “en forma conjunta con la Comisión de Descentralización de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires” con la convicción de que era posible introducir “mecanismos de participación democrática más directa [porque] ir a votar una vez cada dos años no sirve” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración, sin experiencia política previa). En el mismo tono explica un integrante del Espacio Asambleario de Parque Patricios que “la Ciudad de Buenos Aires tiene una Constitución que es la más progresista del país, donde habla de la democracia participativa”³⁸ y que “a los defectos de la democracia se los resuelve con más democracia” (Hombre, 54 años, encuestador, con prolongada experiencia política); de ahí que valiera la pena intervenir en el proceso y ver cuánto podía lograrse. El balance es, sin embargo, casi inevitablemente negativo:

Ellos [el Gobierno de la Ciudad] se vieron obligados a descentralizar un poco el poder. Era un proyecto anterior a la crisis de 2001 pero el 2001 y el movimiento asambleario lo rescató del olvido. (...) [Lamentablemente] como ellos lo reglamentaron en el proceso de la baja de las asambleas, el proyecto de comunas que quedó es muy controlado, con poca incidencia real de decisión real del vecino, se lo consulta pero no decide. (...) Son los espacios de participación que plantea el Banco Mundial, y que es involucrar a la gente, pero la decisión sigue estando en los centros de poder. Es involucrar para que crea que está participando y decidiendo pero en realidad hay una manipulación (Hombre, 47 años, diseñador y comerciante, Asamblea Popular de Liniers, con experiencia política previa)

Para algunos –notablemente, todos ellos con una tupida experiencia política previa y pertenecientes a asambleas que se identifican como “populares” más que como “vecinales”- las asambleas constituyen o constituyeron una alternativa al gobierno local, una suerte de

“contrapoder” o de “doble poder”. Señalan, por un lado, que en plena crisis las asambleas asumieron de hecho una serie de funciones que correspondían al gobierno; por el otro, que muchos vecinos recurrían a ellos como si efectivamente se tratara del gobierno. Algunos concluyen que la experiencia así ganada los ponía en condiciones de gobernar.

La comisión de educación se puso a estudiar la ley para transformarla, la de salud a discutir el tema de los medicamentos del hospital Santojanni, los problemas de la atención primaria. Trataba de meterse en los problemas de la vida, de los temas concretos que teníamos todos los vecinos. Había elementos potenciales de doble poder. Hay un poder que es el institucional, el del Estado, y hay otro de tipo popular que se da desde abajo (Hombre, 47 años, diseñador y comerciante, Asamblea Popular de Liniers, con experiencia política previa)
Éramos un contrapoder en una época, hubo que gente que vino a plantearnos cosas como si fuésemos una oficina de gobierno (...) No iban al CGP, nos venían a preguntar a nosotros cosas que, obviamente, se tramitaban en el CGP (Mujer, 38 años, ex Asamblea de Flores Sur, con experiencia política previa)

[Enumera las actividades de la asamblea: comedor, merendero, apoyo escolar, centro cultural, microemprendimientos, cooperativa de viviendas, área de infraestructura, comisión de salud] Es decir, tenemos que prepararnos para algún día, si se puede y nuestra voluntad política así lo determina, de poder gestionar, empezar a aprender cómo se hacen las cosas. Y créeme que estamos en este momento en condiciones, no sé si de manejar la Ciudad, pero la comuna seguro (Hombre, 57 años, comerciante, Asamblea Popular de Pompeya, con prolongada experiencia política previa)

El hecho de que los vecinos recurrieran a la asamblea *como si* ella fuese “el gobierno del barrio” es, sin embargo, interpretado por otros entrevistados de un modo diferente, como indicativo de que la asamblea era algo así como “el sindicato de los vecinos”. En palabras de un asambleísta de Parque Patricios:

Somos un lugar de referencia distinto. (...) Pasan vecinos y nos dicen cuándo nos vamos a meter con el Parque Patricios, porque es una roña, nos viven preguntando. (...) El CGP nos quiere matar. Pero al mismo tiempo nos reconoce entidad. (...) No somos dirección, y nos saben no sectarios, no oportunistas, no corruptos (Hombre, 54 años, encuestador, con variada experiencia política previa)

La necesidad de Estado, políticos y funcionarios

Por sobre la pretensión de ocupar el Estado, eliminarlo y/o reemplazarlo predomina entre nuestros entrevistados el reclamo de que aquél cumpla con sus funciones. En verdad, se encuentran casi ausentes las interpretaciones estrictamente anarquistas de la consigna QSVT³⁹ y, en cambio, hay numerosos indicios acerca de la importancia que es concedida al Estado. Algunos llegan incluso a admitir que, en verdad, acaso no sea tan deseable que se vayan todos. Es el caso del ex asambleísta de Pedro Goyena y Puán que recuerda que el 20 de diciembre de 2001 “era muy raro llegar y ver que la gente rompía la puerta y se metía en el Congreso... A mí eso me asustó. (...) Me dio la idea como que *se habían ido todos* (...) Había cierta cosa de caos gubernamental y nadie se hacía cargo de controlar la situación (Hombre, 43 años, artista plástico y docente universitario, sin experiencia política previa).

La necesidad de un Estado regulador capaz de abarcar toda la amplitud de lo social es planteada, ante todo, por contraste con las limitaciones de los emprendimientos de las asambleas:

Nosotros creemos que tiene que haber un Estado, que ponga una ley (...) El autoempleo u otro tipo de cuestiones son espejitos de colores si no van acompañados por una política

integral por parte del Estado (Hombre, 41 años, maestro, Asamblea 20 de Diciembre de Parque Avellaneda, con experiencia sindical)

Nosotros no estamos en contra del Estado; nosotros queremos un Estado que sea para nosotros, que es distinto. (...) El Estado tiene que estar presente en la vida, tiene que volver de la retirada que tuvo. Como ciudadanos exigimos la presencia de un Estado que esté presente, que regule, que realmente se ocupe de la cosa pública (Mujer, 29 años, socióloga, Asamblea de Palermo Viejo)

Las asambleas son, en este marco, pensadas como soluciones *ad hoc* halladas por los vecinos ante la “situación de cuasi abandono del Estado, en hospitales, en escuelas” (Mujer, 50 años, Licenciada en Ciencias de la Educación, Asamblea de Alvarez Jonte y Artigas, con breve experiencia política). Así, la impugnación y la desconfianza hacia el Estado se combinan de modos diversos con la apelación a su retorno. Las asambleas, pues, denuncian su ausencia, reclaman su presencia y, entretanto, reemplazan como pueden algunas de las funciones que el Estado ha dejado de cumplir.

La importancia del Estado es reconocida, *a posteriori* de la experiencia asamblearia, como producto del descubrimiento –verbalizado por la asambleísta de Palermo Viejo arriba citada– de que “el voluntarismo tiene límites”. Es, en ese sentido, notable el reconocimiento que pasa a recibir entonces la necesidad de profesionales de la política, de individuos cuya ocupación principal sea la cosa pública, cosa que no está al alcance de los “ciudadanos comunes” sostener a lo largo del tiempo. Típicamente, nuestros entrevistados comienzan por describir la rutina del asambleísta en los meses de auge del movimiento como muy “demandante”, “desgastante” y “agotadora”, puesto que entre las reuniones plenarias, las de comisión, las movilizaciones y las diversas actividades desarrolladas, “estabas todos los días de la semana” (Hombre, 47 años, actor y director de teatro, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con experiencia política previa). Las actividades y las relaciones “normales” –trabajo, estudio, familia y amigos previos a los que se hicieron en la asamblea– quedaron temporariamente en un segundo plano, porque se “vivía para la asamblea” (Mujer, 44 años, artesana, ex Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa). “Hace falta estar veinticuatro horas y la gente también tiene que hacer su vida”, explica un militante de la Asamblea Popular de Pompeya (Hombre, 57 años, comerciante, con prolongada experiencia política previa). A distancia tanto de los políticos como de los militantes, “nosotros no somos asalariados de la política. Entonces, realmente ir a estas reuniones o hacer un trabajo solidario, implica esfuerzo y tiempo para la gente que tiene un montón de otras cosas que hacer” (Mujer, 50 años, Licenciada en Ciencias de la Educación, Asamblea de Álvarez Jonte y Artigas, con breve experiencia política previa).

El problema del tiempo se agudizó aún más cuando los asambleístas comenzaron a encarar ciertas tareas muy demandantes que son usualmente dejadas en manos de los políticos, tales como la elaboración de proyectos de ley. Así, por ejemplo, recuerda un asambleísta del Botánico que cuando comenzó a involucrarse en el proyecto de reforma del código contravencional de la Ciudad de Buenos Aires “casi completamente me dedicaba a la asamblea” (Hombre, 48 años, desempleado y estudiante, con alguna experiencia política previa). “Tenías que ser un militante casi *full time*”, reconoce un asambleísta de Flores. “Obviamente esa dinámica desgasta y lo puede sostener un grupo muy reducido de compañeros. (...) La asamblea actual es producto, casi en un 80 o 90%, de la comisión de desocupados de la asamblea porque era la comisión más dinámica, la que hacía más cosas” (Hombre, 34 años, encuestador, con experiencia política previa). Son, en efecto, numerosos los entrevistados que afirman que pudieron sostener ese ritmo sólo mientras duraron sus

vacaciones (cabe recordar, efectivamente, que el movimiento se inició hacia fines de diciembre, justo al comienzo del prolongado receso estival) o mientras estuvieron desocupados: simplemente –continúa nuestro entrevistado- “estábamos todo el día en la Plaza militando porque no teníamos *laburo*”.

El asambleísta no era, en principio, un militante; era, precisamente, la reivindicación de su carácter de movimiento de los “ciudadanos comunes” lo que le confería su tono específico al movimiento asambleario. La distinción entre el asambleísta y el militante es recalcada de este modo por un asambleísta de Palermo Viejo:

El asambleísta es una persona que trabaja, que estudia, que va a su casa, que arregla las cosas y que una vez a la semana se junta con su grupo de personas afines para hablar hasta las doce de la noche de qué le gustaría hacer en el futuro y planificar. Después el tiempo del sábado, hacer una actividad cuando puede o quiere. (...) Cada uno se engancha con un tema y lo lleva hacia delante. No significa que tenga que dejar de hacer todo. Hay gente que esto lo toma como una militancia; yo no soy un militante. Yo lo veo como un ámbito de participación, no de militancia. La militancia me da cuadro, estructura, jerarquía... Acá yo trabajo por proyecto. El proyecto tiene un comienzo, un fin, una rendición de cuentas. Una capacitación de lo que se hizo, de lo que se buscaba hacer y un nuevo proyecto hacia adelante. Son cosas diferentes (Hombre, 48 años, desempleado y estudiante de Administración, con breve experiencia política previa)

Buena parte de los asambleístas que no acabaron convertidos en militantes de las asambleas desertaron de ellas en un lapso relativamente breve. Las dificultades para mantener el proceso a lo largo del tiempo eran enormes, y se vieron alimentadas por el rápido reflujó de la ola inicial de entusiasmo, por la distancia que se verificó entre la realidad y las expectativas, y por las rápidas modificaciones del escenario político del cual habían surgido las asambleas.

La convicción acerca de la necesidad de políticos y funcionarios profesionales se vio alimentada también por los fracasos de las asambleas, reconocidos como tales por la amplia mayoría de nuestros entrevistados (con algunas excepciones procedentes de unas pocas asambleas que sobrevivieron en el tiempo gracias a su excepcional dinamismo y productividad, pero que son señaladas por miembros de otras asambleas como organizaciones “partidarias”, “piqueteras” o “paraestatales”). “Las asambleas no fueron eficaces en nada”, afirma lapidariamente un ex asambleísta del Botánico (Hombre, 48 años, desempleado, con limitada experiencia política previa). “Hoy [se] decide una cosa y en la próxima no lo hicimos y después si lo hicimos vienen otros y hablan sobre el mismo tema y dicen que está mal hecho. (...) Hay un gran estancamiento y muchas reiteraciones”, explica un ex integrante de la Asamblea Popular de Olivos (Hombre, 60 años, maestro mayor de obras, con experiencia política previa).

La explicación más difundida de esa ineficacia se basa en la idea de que ninguna organización funciona cuando sus integrantes sólo hacen lo que quieren, porque quieren y cuando quieren⁴⁰. Las “comisiones” o “subáreas” en que típicamente se dividían las asambleas son descritas típicamente como “grupos de afinidad” en los que cada uno trabajaba “en lo que le gusta”. Así, “vos hacés absolutamente lo que te da la gana, ¿no? y una tarea que no te gusta no la hacés” (Hombre, 54 años, ex Asamblea de Núñez, con experiencia política previa). Son numerosas las referencias a la “organización laxa”, la lisa y llana “desorganización” de las asambleas o su carácter de “no-organización”. En todos los casos, es colocado en primer plano el problema de la falta de ejecutividad⁴¹. La mayor parte de las decisiones que se tomaban –afirman varios entrevistados- simplemente no eran implementadas. “[Las] cosas que se hacían se iban perdiendo, se iban disolviendo. Todo era tan relajado...” (Mujer, 26

años, ex Asamblea de Lanús, sin experiencia política previa). La Asamblea de Parque Chacabuco –explica una de sus antiguas integrantes- “discutía, discutía, discutía, discutía, discutía, discutía, votaba, votaba, votaba y cuando resolvimos empezar a hacer cosas concretas no había fuerza para eso” (Mujer, 49 años, con experiencia política previa).

Muchos de nuestros entrevistados relacionan con esa dificultad para *hacer* la declinación y la desaparición de buena parte de las asambleas. Así, son numerosos los que afirman que las asambleas que lograron perdurar más allá de la fugacidad del discurso y la acción que en ellas tuvieron lugar fueron las que tuvieron éxito en la construcción y el mantenimiento de algo tangible en su entorno inmediato; sobreviven, pues, en torno de un centro cultural, un comedor comunitario o alguna otra realización concreta que es “lo que permitió seguir encontrándole un sentido a continuar reuniéndonos” (Hombre, 32 años, fotógrafo, Asamblea Gastón Riva, con limitada experiencia política previa).

La posición frente a las elecciones presidenciales de 2003

Nuestros sueños no caben en sus urnas.
Si gana alguien, me voy del país.
Graffiti

La recomposición del escenario político y la celebración de elecciones presidenciales a escaso año y medio de la explosión de la protesta política constituyeron la prueba de fuego para las asambleas. Según la mayoría de nuestros entrevistados, éstas no sentaron ante las elecciones una posición “oficial”, es decir, una directiva a la cual debieran conformarse sus integrantes, pese a que se presentaban como candidatos algunas figuras procedentes de las asambleas -tales como Miguel Bonasso, que sería elegido diputado nacional por la ciudad de Buenos Aires. En su mayoría, las asambleas otorgaron, según la expresión que aparece repetidamente en boca de nuestros entrevistados, “libertad de acción”. Unos pocos afirman que en sus asambleas “casi no se habló” del tema porque las elecciones no importaban; son mucho más numerosos, en cambio, los que recuerdan haber tomado parte de abundantes “charlas de coyuntura”, “debates” y “discusiones” para intentar aclarar qué es lo que estaba en juego y qué significaban las diferentes alternativas de modo que cada asambleísta lograra orientarse y decidir qué hacer. Es paradigmática en ese sentido la siguiente descripción:

Nosotros hablamos mucho de las elecciones, con angustia más que nada. En una época hacíamos charlas de coyuntura y entonces intercambiamos información y visiones, pero no era que nosotros vamos a votar todos juntos a... Era desde un lugar de “reflexionemos juntos” y “qué votamos, qué desesperación”. Nos poníamos de acuerdo en ir a votar juntos, era una situación muy angustiante, porque decir: después de todo lo que pasó, después de la crisis y todo no tenemos a quién votar... (...) No estaba la idea de “la asamblea va a hacer tal cosa”... Hablamos del voto en banco y nos pusimos a analizar técnicamente si los votos en blanco y los impugnados se sumaban en realidad. (...) Discutíamos si no estábamos ayudando al que no queríamos ayudar o si votábamos a uno para que no ganara el otro, una cuestión de estrategia (Mujer, 29 años, socióloga, Asamblea de Palermo Viejo, con limitada experiencia política previa)

Pocas asambleas llamaron a realizar alguna acción específica frente a los comicios, tales como la abstención, la anulación del voto o el voto en blanco. El único dato sobre una actividad asamblearia en repudio a las elecciones es referido de este modo por una ex asambleísta de Palermo Viejo:

Con la Comisión de Jóvenes nos juntamos con la asamblea de Colegiales y organizamos un Carnaval Anti-elección, el anti-carnaval contra la farsa electoral, algo así, no me acuerdo. Realizamos un carnaval en la calle, en la cuadra donde está el predio. Estuvo bueno, la consigna era demostrar que el “que se vayan todos” no había ocurrido y que a los que íbamos a votar eran los mismos que meses atrás habíamos tratado de echar (Mujer, 23 años, estudiante de Sociología, con experiencia política previa limitada a la participación en marchas universitarias)

Fueron más numerosas las asambleas que optaron por proclamar la vigencia del QSVT sin aclarar lo que la consigna suponía en términos prácticos. Así, por ejemplo, un integrante de la Asamblea de Castro Barros y Rivadavia recuerda que, aunque “no tomó posición respecto a ir o no a votar” y decidió “que cada uno tenía que hacer lo que quería”, su asamblea “sac[ó] una boleta del que se vayan todos, donde la mayoría de nosotros fuimos a votar con esa boleta y la repartimos en el barrio” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, sin experiencia política previa). También mantuvo la consigna como “caballito de batalla” la Asamblea 20 de Diciembre de Flores, en un acto que uno de sus integrantes califica como “una salida decorosa para no tener conflictos internos. La asamblea se paraba con la vieja consigna de las asambleas, y los que participaban hacían lo que querían” (Hombre, 33 años, militante partidario). Como bien señala José Pablo Feinmann, el graffiti que se leía entonces en una pared de Buenos Aires –“si gana alguien, me voy del país”- expresaba la derrota del QSVT: no sólo no se había ido nadie, sino que además había reaparecido Carlos Menem en la lucha por la presidencia, y la ciudadanía se aprestaba a optar entre las alternativas disponibles (cf. “Graffiti”, en *Página/12*, 21/9/02).

El 27 de abril de 2003 concurrió a las urnas el 80,5% de los votantes habilitados en todo el país. El 97,28% de los concurrentes emitió un voto positivo: el voto anulado cayó a 1,73%, y el voto en blanco se redujo a 0,99%; en la Ciudad de Buenos Aires, las cifras fueron aún inferiores (1,42% y 0,6%, respectivamente). La fórmula presidencial de la ignota Confederación para que se vayan todos obtuvo el 0,67% de los votos en todo el país (0,85% en Capital, y 1% en provincia de Buenos Aires). El 91% de los sufragios positivos se dividió entre cinco candidatos: tres de filiación justicialista, pero con divergentes orientaciones ideológicas –el ex presidente Carlos Menem, con el 24,45%; Néstor Kirchner, con el 22,24%, y el que fuera presidente durante una semana, Adolfo Rodríguez Saá, con el 14,11%- y dos ex radicales, uno de centroderecha –Ricardo López Murphy, con el 16,37%- y otro de centroizquierda -Elisa Carrió, con el 14,05%. La segunda vuelta, que habría de dirimir la contienda entre Menem y Kirchner, no tuvo lugar pues el primero renunció a su candidatura ante la certeza de la derrota, siendo proclamado el segundo con un caudal de apoyo que, según se afirmó entonces, le auguraba graves problemas de gobernabilidad. No obstante, poco tiempo después de su inauguración, las sorpresivas y bienvenidas iniciativas del nuevo presidente le ganaban el apoyo de un amplísimo “electorado virtual” que decía que, ahora sí, lo votaría si se le presentara la oportunidad. El panorama de crisis de representación se había transformado radicalmente, y con él el terreno de acción de las asambleas. Nacidas de un estado de ánimo que sus integrantes evaluaban ahora como “caprichoso” y “superficial”, sin efectos de fondo sobre la cultura política, las asambleas habían dejado de ser el termómetro de la ciudadanía.

“Esa misma gente que había participado de la volteada a De la Rúa, después fue y participó, fueron a votar”, acusa un integrante de la Asamblea Popular de Liniers (Hombre, 47 años, comerciante, con prolongada experiencia política). Así lo hizo también la mayoría de nuestros entrevistados. Pocos de ellos anularon su voto. Y si bien tiempo antes de las elecciones la

mayoría parecía inclinarse por el voto en blanco (o por el voto a Luis Zamora, cuya agrupación Autodeterminación y Libertad no se presentaba a elecciones), al aproximarse la fecha “las opciones se dispersaron entre el voto en blanco, el voto a la izquierda, el voto por Kirchner o Carrió...” (Mujer, 31 años, maestra, Multisectorial de San Cristóbal, militante). Dos razones son esgrimidas como explicación de este cambio. En primer lugar -afirma la misma ex asambleísta que nos hablaba del carnaval contra la farsa electoral- votar en blanco era “desentenderse del problema”. En segundo lugar, según un ex integrante de la Asamblea del Botánico, la experiencia de las asambleas con la política municipal había dejado la enseñanza de que, en verdad, no todos los políticos eran iguales:

Hubo posiciones que cambiaron porque cuando tuvimos que trabajar en la Legislatura, las personas que pensaban que todo era lo mismo coincidieron en que si no teníamos a esa gente [los legisladores de Izquierda Unida] en la Legislatura no podríamos haber hecho ese trabajo (Hombre, 48 años, desocupado y estudiante, con limitada experiencia política previa)

Luego de los inicios del gobierno de Kirchner las divisiones se agudizaron. Varias asambleas sobrevivientes, ya raleadas, se tensionaron, escindieron y/o disgregaron ante la división entre los críticos y los expectantes, a menudo saldada con la partida de estos últimos. Muchos adjudican a las expectativas generadas con el nuevo gobierno parte de la responsabilidad por la declinación de las asambleas, desde el momento en que Kirchner “adopta el discurso o cierta parte del discurso y de los reclamos que aparecían en el 2001” (Hombre, 29 años, estudiante de maestría, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa). También nuestros entrevistados presentan posiciones divergentes frente al gobierno. Un primer grupo descalifica su “doble discurso”, desconfía de sus intenciones y considera que “no hay diferencia” entre él y sus predecesores o sus adversarios electorales, pues todos ellos ejecutaron o hubieran ejecutado “un mandato de las clases dominantes, que es recomponer la gobernabilidad, recomponer el poder del Estado, garantizar la explotación y la subordinación” (Hombre, 54 años, encuestador, Espacio Asambleario de Parque Patricios, con variada experiencia política previa). Otros reconocen que aunque no es lo mismo, “desde el punto de vista de nuestros intereses no hay diferencia”; sí la hay, en cambio, en el terreno local, donde apoyaron al candidato presidencial por sobre la alternativa “derechista” (Hombre 51 años, comerciante, Asamblea de San Telmo). Un tercer grupo, minoritario, valora la honestidad y la simpleza del nuevo presidente, así como su política de derechos humanos, su actitud hacia la Corte Suprema y su percibida dureza frente a la corrupción. Allí donde sus políticas reciben la aprobación de los entrevistados, sin embargo, ellas son percibidas en gran medida como el resultado de la acción de la ciudadanía en 2001, y de las asambleas en los meses subsiguientes:

Es una animalada creer que [Kirchner] es lo mismo (...) [Ha] tenido gestos, y señales en algún sentido que los gobiernos anteriores no las habían tenido. De lo que tengo dudas es que sean señales consignas o políticas realmente llevadas adelante por convicción. Creo que el proceso de 2001 marcó mucho a los gobiernos que vinieron después, en este caso el de Kirchner. El fantasma de lo que pasó con el gobierno anterior me parece que determinó, no sé si un programa, pero un mínimo de medidas a adoptar, o de discurso a adoptar (Hombre, 33 años, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, militante partidario)

Deliberación y toma de decisiones

Participe, no permita que otros decidan por Ud.
(De la página web de la Asamblea Villa Ariza–Ituzaingó)

En las definiciones de “asamblea” que proporcionan nuestros entrevistados la discusión, la deliberación y el debate ocupan un lugar central.

Una asamblea es una gran pregunta. Es un cuestionamiento de muchas cosas (...) Un poco de asociación libre (Hombre, 29 años, estudiante de maestría, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa)

*[La asamblea] es un ámbito de discusión y de acción, de la discusión como acción*⁴² (Hombre, 32 años, fotógrafo, Asamblea Gastón Riva, con limitada experiencia política previa)

[La asamblea se caracterizaba por] una actitud de participación, de búsqueda, de reflexión sobre todo lo que se pudiese hacer (...) Lo novedoso era juntarnos a hablar de política, tratar de transformar ciertas cosas pero sin saber bien adónde se iba. Reunirse para debatir ciertas cosas sin tener un horizonte claro. A debatir sobre política sin que hubiese una meta de las ordinarias, que cualquier organización política tiene: obtener cargos, llegar al poder, etc. (Mujer, 26 años, ex Asamblea de Lanús, sin experiencia política previa)

Nuestros entrevistados señalan sistemáticamente la diferencia entre las asambleas y los partidos políticos sobre la base de la naturaleza de la deliberación (y del aprendizaje) que tiene lugar en aquéllas, a diferencia de lo que sucede en éstos:

En un partido ya tenés previos acuerdos, no es un lugar al que vas a debatir. Mínimamente sabés cuál es su línea política, su marco teórico. En la asamblea no pasaba eso. (...) La asamblea tenía esa mixtura que podía haber de todo. De esa multiplicidad, cada una fue tomando una forma diferente (Mujer, 26 años, ex Asamblea de Lanús, sin experiencia política previa)

[Había] tormentas de ideas. Nadie venía y decía “hay que hacer esto”. Cuando uno viene de una experiencia de militancia en un partido político donde siempre hay una cabeza que dice qué hay que hacer, a mí me gustó mucho que [en la asamblea] todo surgiera de la base con la pregunta “¿qué hacemos?”, y no “hay que hacer porque la dirección política dice” (Hombre, 49 años, periodista, Asamblea de Palermo Viejo, con larga experiencia política previa)

De ahí lo inevitable del conflicto con los partidos de izquierda, que a la estructura vertical propia del partido político agregaban –en abierto contraste con la apertura a la incertidumbre que caracterizaba a las asambleas– el conflicto derivado de la ideología –entendida ésta, según la definición arendtiana, como la lógica de una idea, sostenida en la consistencia interna con total independencia de la experiencia y con pretensiones de explicación total. “Yo menos que menos estoy dispuesto a discutir con una persona con una línea política de la que no lo podés mover ni instalarlo un poco en la realidad”, afirma en ese sentido un ex asambleísta del Botánico. “En todo caso, [para ellos] sos siempre cómplice del sistema” (Hombre, 48 años, desempleado, con limitada experiencia política previa).

Si en las asambleas pueden tener lugar la deliberación y la toma de decisiones sobre la base de aquélla es precisamente porque no hay una “línea política” establecida previamente por una “cabeza” o una “dirección política”, es decir, porque no hay por encima del plenario un cuerpo pequeño y cerrado que decida efectivamente, tornando las deliberaciones de aquél en palabras vacías. El intercambio de argumentos, por su parte, sólo es genuino cuando quienes participan en él están dispuestos a dejarse convencer por el mejor razonamiento más que por los títulos esgrimidos por quien los formula. Así, la deliberación requiere de la *horizontalidad*, opuesta en forma sistemática a la “estructura vertical” de los partidos. La horizontalidad, por su parte, exige la igualdad o, mejor dicho, una igualdad política construida en el marco de la asamblea –una “homogenización de los lugares”, según una militante de la

Multisectorial de San Cristóbal (Mujer, 31 años, maestra). En las palabras de tres ex asambleístas:

[En la asamblea] todos tienen la misma voz, todos tienen la misma fuerza, de ahí salen documentos que se estudian entre todos. Es posible lograr que nadie crea que es más que nadie (...) Había gente que tenía dinero, pero dentro de la asamblea éramos todos iguales. Yo llevaba mi plato y comía con vos, con el cartonero, con el que tenía SIDA (Mujer, ex Asamblea de Olivos, voluntaria en una biblioteca popular, con experiencia política y filiación partidaria)

No pesaban las jerarquías, todos discutíamos por igual. Estaba muy bueno desarraigarte de la situación de que el científico, por tener un título, es el que sabe. No había división social en ese aspecto (Mujer, 26 años, ex Asamblea de Lanús, sin experiencia política previa)

Estábamos acostumbrados a que las decisiones siempre las tomen otros. En cualquier ámbito donde te muevas siempre delegás u otro te representa, hay siempre autoridades, niveles jerárquicos (...) [La asamblea] es la utopía total. Yo que no sé nada de política, no sé nada de nada, estoy hablando con este que tiene treinta años de militancia y para decidir si vamos o no a una marcha lo que yo opino es tan valadero como lo que opina él (Mujer, 32 años, ex Asamblea de Lanús centro, con breve experiencia político-partidaria previa)

Lo que resultaba de esta igualdad de lo diverso era la posibilidad de “construir el propio pensamiento a partir de pensamientos distintos” (Mujer, 44 años, ex Asamblea de Palermo Viejo, artesana, sin experiencia política previa). Explica uno de nuestros asambleístas:

Vas viendo lo que piensa el otro y te va modificando lo que vos estás pensando. Ponéle, pido la palabra, estoy anotado para hablar y hasta que me llega el momento, voy cambiando, agregando cosas a las que pensaba, a veces hasta transformando completamente todo lo que estaba pensando porque escuché el razonamiento de otro de los vecinos que me pareció bien, o porque el otro veía cosas de las que hasta ese momento yo no me daba cuenta. Eso es lo que más me gusta y me impresiona de la asamblea, esta construcción colectiva de lo que se va pensando (Hombre, 29 años, estudiante, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa)

Así, las asambleas son pensadas idealmente como el ámbito donde la política deja de ser monopolizada por los expertos para ser recuperada por y para los ciudadanos. Así, por ejemplo, explica un asambleísta de Palermo Viejo que en las discusiones participan “personas, ciudadanos” y no “especialistas”; caso contrario, “el ciudadano sería como el paciente del dentista; no puede decir nada, lo único que puede hacer es dejar la boca abierta y si le duele que no se queje” (Hombre, 48 años, desocupado y estudiante, con experiencia político-partidaria previa).

Las discusiones que tenían lugar en el seno de las asambleas abarcaban los temas más diversos y tenían los más variados niveles de abstracción y de generalidad. “Se hablaba desde construir una huerta hasta la Revolución Socialista, apoyar la lucha de Irak, Afganistán... Era muy ecléctico todo, muy raro” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, Asamblea de Castro Barros y Rivadavia, sin experiencia política previa). Se debatía sobre “los problemas del país, de la economía, la salud, la educación, el tema del régimen político” (Hombre, 47 años, diseñador y comerciante, Asamblea Popular de Liniers, con prolongada militancia política previa) así como sobre la forma de encarar algún emprendimiento comunitario o de expresar solidaridad con los cartoneros del barrio; sobre la asistencia a la siguiente movilización o a la Interbarrial de Parque Centenario, o sobre el contenido del volante que sentaría la posición de la asamblea sobre algún tema concreto (de hecho, el contenido de volantes y publicaciones solía ser objeto de larguísimas y agotadoras discusiones palabra por palabra, según varios testimonios). Asimismo, “los temas [sobre los

que la asamblea se proponía actuar] eran de lo más variados”, explica un asambleísta de Flores. “Fue como una explosión delirante de la autogestión. (...) Llegó a haber diez o doce comisiones. Saltaba uno con [el problema de] la caca del perro, se armaba una comisión e iban doce o catorce para esa comisión” (Hombre, 47 años, actor y director de teatro, con experiencia política y sindical).

El nivel de abstracción de las discusiones llegó a constituirse también en objeto de discusión en el interior de las asambleas, así como en objeto de acusaciones y desinteligencias entre ellas. Pues las características de los debates variaban de una a otra asamblea, y algunas de ellas eran criticadas por sus supuestas tendencias “elitistas”, “teorizantes” e “intelectualoides”. Mientras que en algunas asambleas se discutían “cuestiones de todos los días, cuestiones barriales, cuestiones de necesidad” –afirma un integrante de la Asamblea Popular de Pompeya- otras “discutían la ley de gravedad” (Hombre, 57 años, comerciante, prolongada experiencia política previa). La acusación es negada por algunos miembros de las asambleas criticadas, mientras que otros reconocen que el “elevado nivel intelectual” de sus asambleas, en las que “se armaban debates muy interesantes y muy ricos” en el lenguaje académico de las ciencias sociales (en contraste con otras “donde había un componente más barrial, más llano, con un lenguaje mucho más simple”) produjo tensiones, escisiones y deserciones (Hombre, 48 años, desempleado, ex Asamblea del Botánico, con experiencia política previa)⁴³. Si bien para la ejecución de ciertas tareas eran eventualmente revalorizados los talentos organizativos de las amas de casa o de los jóvenes, procedentes del ámbito doméstico o de los recitales de rock y las canchas de fútbol, en el terreno de la discusión es sistemáticamente denunciada la preponderancia del “saber experto” –mal que les pese a los intelectuales-asambleístas que insisten en que en la asamblea no hay currículum que valga, y que en ella los periodistas e intelectuales “cesan en sus poderes” (cf. Pablo Bergel en *Revista 3 Puntos* N° 242, 14/2/02). Como veremos, el mismo efecto es adjudicado en otros casos al predominio del “saber militante”.

Similares discusiones tuvieron lugar en las asambleas en torno del nivel de generalidad de las actividades a realizar: la disyuntiva era, en ese sentido, si “quedarse en el barrio” o “trabajar a un nivel más general”. En muchos casos la solución fue hallada en el armado de comisiones en las que “cada uno se ocupaba de lo que quería” (Hombre, 43 años, artista plástico y docente universitario, ex Asamblea de Pedro Goyena y Puán, sin experiencia política previa.); en otros tantos, sin embargo, el conflicto derivó en ruptura. La Asamblea de Flores Sur – explica una antigua integrante- “se dividió en eso, porque quedamos los que estamos militando en el Foro, que es un actividad global (...) y el otro grupo que se quedó instalado en el barrio como Centro Cultural, que también me parece muy piola (...) Lo que me da pena es que no se puedan articular las dos cosas” (Mujer, 38 años, con experiencia política previa). La discusión sobre el nivel de generalidad que debía tener la acción de las asambleas presentó a menudo la forma de un enfrentamiento entre “vecinos comunes” y “militantes revolucionarios”. Así, por ejemplo, cuando la Asamblea 20 de Diciembre de Parque Avellaneda comenzó a discutir sobre la posición a adoptar ante la declinación de los cacerolazos, “los sectores de izquierda ortodoxa [que] evaluaban que había condiciones para poder arremeter contra el poder central (...) eran fuertemente opositores a cualquier tipo de trabajo barrial” (Hombre, 41 años, maestro, con experiencia sindical en el gremio docente). Esta disyuntiva tendió también a enfrentar a la izquierda tradicional (en la figura tanto de militantes como de asambleístas con prolongada participación previa en -o identificación política con- los partidos de la izquierda vernácula) con la juventud “autonomista” y

“globalifóbica” inspirada en las ideas de John Holloway y de Toni Negri. La referencia de este último a una “multitud” multiforme, heterogénea y mutante en reemplazo del pueblo monolítico e identitario, con todo, no resulta tan irritante para nuestros entrevistados como el reemplazo de la revolución por la simple rebeldía que leen en las ideas de Holloway. La reivindicación del poder como “capacidad de hacer”; la propuesta de cambiar el mundo sin tomar por asalto el Estado, sostenida en el rechazo de las experiencias revolucionarias del pasado –juzgadas como fracasadas por haber reproducido las mismas relaciones de poder que combatían-; y, finalmente, la idea de avanzar a través de la experiencia cotidiana, partiendo de la base de que la revolución es “más una pregunta que una respuesta” (cf. entrevista con John Holloway, en www.elvarapalo.com) son rechazadas de plano por buena parte de los entrevistados con mayor trayectoria política:

[Estaba la idea de] tomar el poder sin tomarlo... estee... haciendo pan casero, digamos, que está todo bien hacer pan casero, pero también se necesita de algo más (Mujer, 38 años, ex Asamblea de Flores Sur, con experiencia política previa)

[Estaba] toda la onda esa, armemos un contrapoder, hagamos en el barrio, no nos interesa ni la ciudad, ni el país, menos el mundo. Los que teníamos más experiencia política decíamos no, no nos podemos hacer una quinta... (Hombre, 47 años, diseñador y comerciante, Asamblea Popular de Liniers, con prolongada militancia trotskista)

Por lo demás, las reuniones de las asambleas son típicamente descritas como “caóticas”: “era casi imposible armar un temario [y] menos que ese temario se respetara” (Hombre, 54 años, ex Asamblea de Núñez, con experiencia política previa). Varios militantes devenidos asambleístas o asambleístas devenidos militantes asamblearios afirman que en ellas se tornaba imposible⁴⁴ sostener una verdadera “reflexión política”:

Se resolvían los asuntos que había para resolver y no nos quedaba tiempo para la discusión. Eran tantas las actividades que se hacían las doce y media, la una de la mañana y no se podía discutir nada; entonces se armó otro espacio donde se empezaba a discutir un poco más. Éramos poquitos, los militantes y unos cuantos vecinos (...) [Desde entonces] empezó a ser súper organizada y expeditiva la asamblea del jueves (Hombre, 33 años, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, militante partidario)

Así, las instancias de discusión política pronto pasaron a circunscribirse a eventos especiales – típicamente, jornadas de fin de semana en las que se hacían presentaciones y se discutía sobre algún tema específico- y a comisiones especializadas (“comisión de análisis político”, “taller de reflexión” o “grupo de discusión”) abocadas a “sintetizar” y a “introducir temas” que luego eran presentados a la asamblea. No obstante, esta evolución generó nuevos problemas, resultantes de la incomodidad de muchos asambleístas ante la delegación de la definición de la orientación de la asamblea y de los lineamientos generales de su acción en un grupo reducido, compuesto mayoritariamente de experimentados militantes. Al mismo tiempo, y tal vez como resultado de dicha incomodidad, nunca dejaron de plantearse en el plenario importantes debates sustantivos, gatillados a menudo por simples cuestiones prácticas. “En la asamblea todo pasaba por la discusión política”, afirma un integrante de la Asamblea de Castro Barros y Rivadavia. “Desde poner un merendero hasta dar o no una bolsa de comida...” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, sin experiencia política previa). Así, por ejemplo, afirma un militante de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores que hubo en ella fuertes discusiones acerca de la legitimidad de la propiedad privada ante la posibilidad de tomar un predio desocupado cuando comenzó el frío y resultó imposible seguir reuniéndose a la intemperie; en otras, en cambio, se discutió incansablemente acerca de la política social, el asistencialismo y los derechos ante cuestiones surgidas al compás de las prácticas solidarias de la asamblea.

Por efecto de su carácter inédito, finalmente, las asambleas presentaron aún otro rasgo notable: el de constituir una práctica marcadamente autorreflexiva. En ellas no solamente se organizaban “foros” con el objeto de discutir cuestiones tales como qué era una asamblea y en qué consistían sus prácticas horizontales, sino que además se generaban constante y espontáneamente discusiones en torno de la interpretación de las propias discusiones y debates acerca de las formas de organización, la toma de decisiones y la ejecución de las acciones de la asamblea, las relaciones con otras asambleas, organizaciones, movimientos e instancias institucionales, y las formas de demandar y protestar, entre otras cuestiones.

Votación o consenso

Una cuestión muy discutida que nos interesa retomar aquí es la de los procedimientos de decisión más compatibles con -y conducentes a- la horizontalidad. Dos de ellos son mencionados por partes iguales de entrevistados como la forma que asumía la toma de decisiones en sus respectivas asambleas: la votación y el consenso.

Mientras que para algunos entrevistados el uso del expediente de la votación y la decisión por mayoría es asumido como natural por su carácter obviamente democrático, otros afirman que el mecanismo fue utilizado por simples razones cuantitativas y sólo en los comienzos de la asamblea, o como recurso de última instancia ante la imposibilidad de alcanzar consensos en determinadas circunstancias o en torno de ciertas cuestiones, siendo abandonado al disminuir el tamaño de la asamblea por efecto de las deserciones y/o al aumentar su homogeneidad como resultado de las escisiones⁴⁵. Por esas mismas razones afirman algunos que en las comisiones se buscaba el consenso, mientras que en los plenarios se decidía mediante votación a mano alzada. Otros, en cambio, afirman su preferencia por el consenso a partir de la constatación de sus efectos menos divisivos, y de la convicción de que “más gente iba a seguir una decisión que se había tomado en conjunto” (Hombre, 36 años, Asamblea de Castro Barros y Rivadavia, Licenciado en Administración de Empresas, sin experiencia política previa).

Tanto los que reivindican la votación como los que expresan su preferencia por el consenso (frecuentemente identificado con la armonía, en particular por los que cuentan con escasa experiencia política) lo hacen con la convicción de que se trata del mecanismo más “horizontal” y “democrático”:

El tema de la horizontalidad estaba a full, se votaba todo y por momentos se producían cosas medio cómicas. Se llegaba a votar que se callara la boca uno (Hombre, 33 años, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, militante partidario)

Yo prácticamente en todos los lugares donde he estado he votado. Desde los doce años en el Centro de Estudiantes, yo votaba, me parecía lo más democrático, ¿no? Y cuando quedaba en minoría, acataba lo que decía la mayoría (...) Me parecía que ese era el espíritu de la votación (Mujer, 38 años, ex Asamblea de Flores Sur, con experiencia política previa)

No se vota, se trata de hacerlo lo más horizontal posible (Hombre, 60 años, Vecinos Indignados de Vicente López, con experiencia política)

Por otra parte, las críticas que se dirigen tanto a la votación como al consenso (pero en particular a este último, a menudo reconocido como “más novedoso” y “más difícil” de practicar) pasan por dos ejes: sus deficiencias democráticas y sus limitaciones operativas. “No te voy a decir que [el consenso] es tan democrático (...) Se ha ido gente que no estaba de acuerdo con algo”, afirma una integrante de la Multisectorial de San Cristóbal (Mujer, 31 años, maestra y militante política). “Los que estamos acostumbrados a la militancia, no

tenemos problemas en debatir [en busca de consenso]. Pero hay otros vecinos que no están acostumbrados”, señala un ex asambleísta de Olivos (Hombre, 60 años, maestro mayor de obras, con experiencia política y filiación partidaria), sosteniendo implícitamente la idea de que para votar, en cambio, todos se hallan en igualdad de condiciones. Tanto la discusión encaminada a la búsqueda de consensos como la votación destinada a saldar la discusión son sin embargo reconocidas como sujetas a manipulaciones y “aparateadas” de los partidos, como se desprende de las siguientes afirmaciones:

Al principio se votaba todo porque los militantes de los partidos políticos están muy acostumbrados a votar; es una manera de imponer sus posturas (Hombre, 49 años, periodista, Asamblea de Palermo Viejo, con variada experiencia política previa)

[La búsqueda de consenso] puede llegar a ablandar situaciones difíciles. Pero hay momentos en los cuales prefiero la elección. Por una cuestión muy simple: porque en el consenso uno puede tratar de bajar posiciones constantemente (Hombre, 48 años, Asamblea de Palermo Viejo, desocupado y estudiante, con experiencia político-partidaria previa)

[Se producían] discusiones muy acaloradas que se terminaban dirimiendo con votos, que no saldaban la discusión (...) No se bancaba muy bien perder una elección y se operaba hasta torcerla adentro. Estaba esa resistencia de acatar el voto de la mayoría (Hombre, 47 años, actor teatral, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con experiencia política previa)

Al momento de votar, cuando ya se cerraba todo, resulta que estallaba la discusión (...) Eran tres tiempos: primero, las propuestas; después el debate de las propuestas donde nadie debatía. Y al momento de la votación...bla bla bla. Los que veníamos sin experiencia, éramos una pelotita de ping pong. Vos tenías al MST y al PO. Y la discusión era la pelotita, iba de acá para allá...Sentías que habías llegado al cine a ver una película ya empezada. Eran discusiones re viejas y no entendías un pomo (Mujer, 26 años, ex Asamblea de Lanús, sin experiencia política previa)

Junto con las deficiencias de uno y otro mecanismo en términos de calidad democrática, son cuestionadas también la calidad y la eficacia de las decisiones resultantes. La práctica consensual es el blanco preferido de esta segunda clase de críticas. Mientras que algunos aceptan como inevitable efecto colateral el hecho de que las propuestas sobre las cuales no se lograba un acuerdo fueran dejadas de lado para evitar conflictos, otros consideran que se trata de un problema estructural y determinante de la inacción y la ineficacia de sus asambleas. Así, es recurrente la afirmación de que por consenso sólo podían decidirse “muy pocas cosas” o “cosas demasiado obvias”, tales como salir a “escrachar” a un ex represor o marchar el 24 de marzo (aniversario del golpe de Estado de 1976) (Mujer, 38 años, ex Asamblea de Flores, con experiencia político-partidaria). Por eso, “cuando el tema lo merecía” era necesario votar (Mujer, 50 años, Coordinación de Asambleas, con breve experiencia política universitaria). “Cuando prevalecieron los aspectos más autonomistas del consenso, medio que nos paralizamos, porque si no se puede votar, no hay curso de acción”, explica un integrante de la Asamblea Popular de Liniers (Hombre, 47 años, comerciante, con prolongada militancia trotskista). Las decisiones que se alcanzaban mediante consenso, por añadidura, quedaban “licuadas”, es decir, desvirtuadas. “La búsqueda de consenso” –explica un ex asambleísta de Núñez– “es como un sistema de pulimiento hasta que la cosa queda totalmente roma y no pincha nada”. Además, es “poco operativa”: “por ahí el único que no estaba de acuerdo con una posición era uno y eran cinco horas de estar agarrándose la cabeza para acercar a lo que pudiera pensar él” (Hombre, 54 años, con experiencia política previa). Por añadidura, según afirman algunos entrevistados las decisiones así tomadas acarreaban, por el hecho de no dejar conforme a nadie, un escaso compromiso a la hora de su puesta en práctica.

La más radical de las impugnaciones al formato asambleario extiende, sin embargo, su cuestionamiento a ambos mecanismos de toma de decisiones a partir de la constatación de un vínculo entre decisión y liderazgo. Así, afirma un desencantado ex asambleísta de Olivos:

No podés vivir en un estado asambleario permanente. (...) Hay decisiones que las tenés que tomar urgente, tiene que haber una representatividad, una comisión pequeña para tomar las decisiones urgentes. La horizontalidad está bien, pero hay decisiones que las tiene que tomar alguien (...) En una emergencia no se puede llamar a una asamblea general (Hombre, 60 años, maestro mayor de obras, con experiencia política y afiliación partidaria)

La constitución de liderazgos

La horizontalidad no era solamente una práctica sino también un objetivo que se perseguía – en palabras de uno de nuestros entrevistados- “casi obsesivamente”. “Se resolvía todo democráticamente”, explica. “También se resolvía en cada lugar cómo se iba a resolver una determinada cosa” (Hombre, 50 años, militante político).

Para muchos asambleístas y ex asambleístas, sin embargo, la horizontalidad tal como la hemos descrito no era una realidad plena sino, ante todo, un ideal regulativo, un horizonte que se alejaba con el paso del tiempo. Así, son numerosos los que afirman que, aunque en las asambleas no había “títulos” ni “jerarquías”, sí había “gente con distintas preocupaciones” o con diferente “trayectoria”, “formación” o “personalidad”, todo lo cual establecía sensibles diferencias entre sus miembros. Estas diferencias no se planteaban en términos del derecho a intervenir (que, en principio, todos tenían), sino en términos de la cuenta en que era tenida la palabra de cada cual, dado que “las propuestas tenían más peso según quien las dijera” (Hombre, 34 años, encuestador, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con experiencia política previa).

Pocos consideran que el surgimiento de esta clase de diferencias podría haberse evitado; la mayoría, en cambio, considera que se trata de un proceso natural, y lo expresa señalando la existencia de “jerarquías naturales”, “liderazgos espontáneos” o “dirigentes natos”. “Todo proceso va dando dirigentes”, sostiene un integrante de la Asamblea Popular de Liniers. “¿Quién es el que dice ‘compañeros hagamos esto’? Siempre hay un sector de cuadros, de dirigentes naturales” que a diferencia de la mayoría –“gente que iba a la asamblea a ver qué pasaba”- lo hacía “pensando que la asamblea sirviera, que votara cosas, que hubiera resoluciones, que hubiera actividades, que funcionaran las comisiones, que la asamblea no se perdiera...” (Hombre, 47 años, comerciante, con prolongada militancia política previa).

Puesto que de lo que se trata es, ante todo, de la atención diferencial que recibe la palabra de unos por sobre la de otros en el seno de un espacio definido ante todo por su carácter productor de discursos, son señalados como “referentes” en primer lugar los que “saben hablar”, tienen “capacidad oratoria”, exhiben un “elevado nivel cultural” o portan algún saber de utilidad en algún campo relevante. En algunas asambleas se trataba sobre todo de profesionales e intelectuales que “era fácil que coparan la cuestión con sus ideas” (Hombre, 48 años, desempleado, ex Asamblea del Botánico, con experiencia política previa); en otras, en cambio, ese lugar era ocupado –en palabras del mismo entrevistado- por los que tenían una “trayectoria militante” o una “experiencia partidaria” gracias a la cual “sabían cómo manejar la situación”. En uno y otro caso, el resultado fue el desengaño en relación con las supuestas virtudes pedagógicas del debate:

Nuestro discurso original fue “bueno, acá tenemos gente que no tiene la primaria y que se acerca porque quiere seguridad, que sus hijos puedan cruzar la plaza tranquilos, y de pronto

tenemos una psicóloga, un economista, gente que ha tenido participación política. Nuestras discusiones van a oscilar y todos juntos vamos a crecer. La señora que está preocupada porque sus hijos puedan cruzar la plaza va a aprender del otro, y este otro va a aprender de ella". Yo pensé que eso iba a dar un cambio. Pero no, la vecina se fue (...) La gente que se acercaba como el mero vecino, sin mucho intelecto, sin mucho grado de sabiduría, se tenía que allanar a los que sabían, los iluminados⁴⁶ (Mujer, 55 años, ex Asamblea de Montserrat, con experiencia política previa)

Los liderazgos se valían no solamente de los recursos arriba mencionados –constituidos con anterioridad e independencia de la experiencia asamblearia- sino también de otros recursos acumulados *in situ*. Así, por ejemplo, son reconocidos los “liderazgos naturales” de la “guardia vieja”, es decir, de “los compañeros que formaron la asamblea, que militaron para la construcción” (Hombre, 34 años, encuestador, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con experiencia política previa), y de “los que más están, los que organizan” (Hombre, 57 años, comerciante, Asamblea Popular de Pompeya, con prolongada experiencia política previa), individuos que “después de dos o tres años se han convertido en militantes” (Hombre 33 años, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, militante partidario). Con el tiempo y el aumento de las actividades de las asambleas (que en muchos casos se sumaron a las exigencias de sostener la toma de un local) se incrementó la brecha entre los más y los menos activos, entre los más comprometidos y los acusados de “pasar un rato una vez por semana para votar si están o no de acuerdo con lo que nosotros hacemos todos los días” –o, en palabras de un ex asambleísta de Núñez, de cultivar una “pertenencia débil”. La pregunta era, pues, qué hacer con ellos toda vez que no era posible obligarlos a participar más intensamente: ¿echarlos, acaso? ¿Negarles el derecho a opinar? ¿Convertirlos en “ciudadanos de segunda”, con derechos proporcionales a las obligaciones asumidas? Sin que ello constituyera una solución al problema de la participación, son numerosos los que acaban por ligar el liderazgo a la asunción de responsabilidades. “Se pasó a una estructura más orgánica según el grado de responsabilidad”, explica un miembro de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores (Hombre, 33 años, militante partidario). “No es lo mismo la palabra de un compañero que está todo el día laburando ahí adentro y que se empieza a transformar en un referente, que la del que no”, ratifica una integrante de la Multisectorial de San Cristóbal (Mujer, 31 años, maestra, militante partidaria).

Para muchos de nuestros entrevistados el surgimiento de liderazgos con algunas atribuciones de decisión supone la pérdida definitiva de la horizontalidad; según otros, en cambio, ésta es capaz de sobrevivir bajo una forma modificada. En primer lugar, el hecho de que los “líderes” o “referentes” surgieran espontáneamente y no fueran designados ni tuvieran un puesto al cual aferrarse o desde el cual actuar como “representantes oficiales” seguía suponiendo una gran diferencia respecto de la política institucional: el acatamiento del liderazgo era voluntario y debía ser, por así decirlo, plebiscitado a cada instante. “Había liderazgos naturales”, reconoce un asambleísta de Castro Barros y Rivadavia, “pero no un líder a quien obedecer” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, sin experiencia política previa). En segundo lugar, en muchas asambleas la existencia de liderazgos era duramente cuestionada, de modo que se buscó atemperar sus efectos mediante expedientes tales como la colegiatura, la compartimentación por áreas y la rotación. “Tratábamos siempre de poner al más apto en lo que había que hacer, decidido por todos”, explica un integrante de la Asamblea Popular de Pompeya (Hombre, 57 años, comerciante, con experiencia política previa). “Todas las veces coordinaba alguien diferente”, asegura un ex asambleísta de Pedro Goyena y Puán (Hombre, 43 años, artista plástico y docente universitario, sin experiencia política previa).

En tercer lugar –afirman nuestros entrevistados- aún así sólo la “ejecución” y las “decisiones operativas” eran tomadas verticalmente y en grupos pequeños; las “decisiones fundamentales”, en cambio, seguían surgiendo del plenario. Es decir, aunque ya la horizontalidad no era “total” ni la igualdad “absoluta”, seguía habiendo un ámbito donde discutían en pie de igualdad “todos, desde el más responsable hasta el que menos participa (...) El proceso de gestión necesita un grado de responsabilidad diferente pero aún así se mantiene el *espíritu asambleario* y las decisiones se toman en conjunto” (Hombre, 33 años, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, militante partidario). Llegados a este punto, sin embargo, la valoración de la horizontalidad había cambiado a los ojos de los asambleístas-militantes, mayoría en las raleadas asambleas que aún permanecían en pie:

Todo el mundo valía un voto, [era] excesivamente horizontal, excesivamente democrático porque valía lo mismo la gente que participaba activamente que la gente que iba y escuchaba una vez por semana (Hombre, 34 años, encuestador, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con experiencia política previa)

La participación en la Asamblea de asambleas: ¿representantes o delegados?

Antes de mediados de enero de 2002 las asambleas de la ciudad de Buenos Aires habían comenzado a reunirse el domingo de cada semana en el Parque Centenario con el objeto de intercambiar experiencias, consensuar consignas y coordinar las actividades que tenían lugar en los distintos barrios. Aunque en sus comienzos los multitudinarios encuentros encarnaron para muchos una “utopía” y un “sueño hecho realidad”, la Interbarrial muy pronto planteó abiertamente, hasta el límite de la ruptura, los problemas de la deliberación, la representación, y la vinculación entre ambas.

Es generalizada la crítica a las “aparatadas” y “maniobras” de los partidos en la Interbarrial, a las que es atribuida la ausencia de una verdadera deliberación. Los diferentes partidos de izquierda –explican varios de nuestros entrevistados- “venían con su propuesta partidaria y discutían con otros que tenían otra propuesta partidaria. (...) Y desgraciadamente pasaba lo que pasaba en las asambleas gremiales: se votaba a última hora cuando las tres cuartas partes [de los asistentes] se habían ido” (Mujer, 49 años, ex Asamblea de Parque Chacabuco, con experiencia política previa). “Vos ibas como un asambleísta completamente independiente y te encontrabas rápidamente con que había alineaciones, y se suponía que ese no era el juego” (Hombre, 54 años, ex Asamblea de Núñez, con experiencia política previa). Con frecuencia tenían lugar en la Interbarrial “tironeos” como el que se produjo en su segundo encuentro, el 20 de enero de 2002, cuando “la propuesta de hacer un cacerolazo el viernes fue sometida a votación como ‘hacer un cacerolazo y paro general el viernes’. La moción fue aprobada por amplia mayoría, y sólo después alguien hizo notar que había sufrido el agregado de la convocatoria al paro”, debiendo ser rectificadas luego de fuertes discusiones (cf. *Página/12*, 21/1/02).

La acción de los partidos es también responsabilizada por la distancia que se verificaba “entre las discusiones y la realidad”. Por un lado, “las cosas que se discutían en Parque Centenario no tenían ningún correlato con lo que se discutía en la asamblea”, señala un integrante de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores (Hombre, 34 años, encuestador, con experiencia política previa); por el otro, “se discutía mucha política sin ninguna vinculación con los procesos sociales (...) Se votaban veintidós movilizaciones por semana, ¡veintidós! Y nadie iba...”, explica un asambleísta de San Telmo (Hombre, 51 años, comerciante). El problema, tal como lo reconocen varios de nuestros entrevistados, es que los partidos de izquierda “venían con su

manual”, e “interpretaban lo que estaba sucediendo en base a eso” (Hombre, 29 años, Asamblea de Palermo Viejo, estudiante de maestría, sin experiencia política previa). De ahí la circulación de consignas tales como *Todo el poder a las asambleas*, a la que una ex asambleísta de Palermo Viejo pone como ejemplo de la tendencia a “traer categorías y experiencias de otros lugares” (Mujer, 23 años, estudiante de Sociología, con limitada experiencia política previa).

Las interferencias de los partidos (que fueron, de hecho, los responsables de la escandalosa finalización de estas reuniones en medio de violentas trifulcas) son sin embargo contingentes: ellas podrían no haber tenido lugar. Hallamos, sin embargo, otros cuestionamientos a la propia existencia de una “asamblea de asambleas” que apuntan en cambio a sus rasgos necesarios: a su carácter de órgano de segundo grado, en el cual cada asamblea participa mediante el envío de representantes o delegados.

En rigor, en un principio la Interbarrial funcionó de modo mucho más laxo, abierta a la intervención de todos los presentes tanto en el momento de la discusión como a la hora de la votación. Fue hacia fines de abril de 2002 cuando se decidió restringir la votación a un delegado rotativo por asamblea, luego de que una votación especialmente amañada pusiera en evidencia las maniobras de los partidos, cuyos militantes proponían y votaban sin mandato de sus asambleas cuestiones que nunca se habían siquiera discutido en los barrios. Así, el 28 de abril la Asamblea Popular de Liniers presentó la propuesta de que cada asamblea tuviera un voto y un orador, alentando sin embargo a todos los vecinos a concurrir para enterarse de lo que sucedía y controlar a sus delegados. Luego de varias horas de debate la moción fue aprobada casi por unanimidad. En el curso de la discusión algunos plantearon que los votos debían ser proporcionales a la magnitud de cada asamblea, mientras que otros argumentaron que ello constituiría un incentivo para que los partidos falsearan el número de integrantes de “sus” asambleas para obtener mayor representación. Como consecuencia del intento de uno de los partidos presentes por imponer sus preferencias, la multitud produjo espontáneamente un nuevo cántico: “Respeten los mandatos, basta de aparatos”.

La decisión de modificar el formato de participación en la Interbarrial, tomada con el objeto de contener el avance de los partidos, provocó sin embargo grandes controversias en el seno de las asambleas. Aunque a partir de entonces la mayoría de ellas pasó a designar representantes para cada reunión de la Interbarrial, aún antes de su escandaloso final ésta comenzó a declinar cuando muchas de las asambleas dejaron de asistir, no necesariamente como producto de una decisión explícita sino, en muchos casos, por la simple razón de que nadie se ofrecía para concurrir como delegado. El rechazo y el desinterés de los asambleístas provenían, ante todo, de sus convicciones contrarias a toda representación. “El hecho de volver a la representatividad ponía en cuestionamiento todo lo que estábamos buscando en las asambleas”, argumenta un integrante de la Asamblea de Palermo Viejo. “Se votó que vaya un representante”, afirma una ex asambleísta de Flores Sur. “Entonces ya eran cinco votando algo y después pretendían que se cumpla. Y los problemas que había adentro era adónde iba uno, si uno podía moverse sin la autorización de la asamblea -que me parecía tan estúpido, ¿no? que uno no pudiera moverse si la asamblea no quería que uno se moviera” (Mujer, 36 años, con limitada experiencia política previa).

Fue precisamente con el objeto de limitar el apartamiento respecto de sus convicciones acerca de los males de la democracia representativa y las virtudes de la democracia directa que los representantes tendieron a ser concebidos, en rigor, como delegados. Si bien las definiciones usuales de ambos términos son similares e incluyen referencias recíprocas (“delegar” es,

según el Diccionario de la Real Academia Española, “dar a otro la jurisdicción que tiene por su dignidad u oficio, para que haga sus veces o para conferirle su representación”); y aunque ellos son a menudo utilizados en forma intercambiable por nuestros entrevistados, la descripción que éstos proporcionan de la tarea encomendada a sus “representantes” o “delegados” en la Interbarrial remite a la idea de “delegación” tal como ella ha sido largamente utilizada en la teoría política: el delegado, a diferencia del representante en el marco de los sistemas representativos, lleva mandato imperativo, es revocable y cumple sus funciones por períodos breves y rotativos.

Así, señalan en primer lugar nuestros entrevistados, los representantes o delegados estaban sujetos a instrucciones precisas -“por escrito, [porque] había mucha desconfianza”, según un asambleísta de Liniers (Hombre, 47 años, diseñador y comerciante, con prolongada experiencia política previa). “Se había decidido que vayan por mandato y que vayan votando lo que cada una de las asambleas en los barrios había tratado” (Hombre, 29 años, estudiante de maestría, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa). Las atribuciones de los delegados se limitaban, pues, a “decir lo que la asamblea ya votó y decidió” (Hombre, 57 años, comerciante, Asamblea Popular de Pompeya, con experiencia política previa).

En segundo lugar, buena parte de nuestros entrevistados subraya su carácter rotativo. Cada semana “se votaban los que representaban a la asamblea y qué era lo que tenían que decir. Se iban rotando”, explica un integrante de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores (Hombre, 33 años, militante partidario). La rotación, en particular, es concebida como un mecanismo para evitar la especialización (y, con ella, la profesionalización de los roles) –o, en palabras de una ex asambleísta de Lanús centro, como “una forma de [evitar que] se encasillara a una persona según lo que hace” y de evitar la concentración de poder resultante del “estar haciendo siempre lo mismo y acaparar determinados lugares”⁴⁷ (Mujer, 32 años, con breve experiencia político-partidaria previa). Por último, es incidentalmente mencionada la revocabilidad de los delegados: “por ejemplo” -recuerda el militante y asambleísta de Flores arriba citado- uno de los delegados “dijo algunas cosas que no estaban ni resueltas ni discutidas, y no fue más”.

En la práctica, sin embargo, las cosas no resultaron tan sencillas. La mayoría de las asambleas (aquellas que no se hallaban bajo el dominio de la militancia de algún partido) se proclamaban “soberanas” e insistían en que los delegados mantuvieran las limitadas funciones arriba descritas. Lo cual –explica un asambleísta de Palermo Viejo, un “vecino común” sin experiencia política previa- “a los partidos no les convenía porque ellos movilizaban el aparato los domingos, levantaban la mano y listo” (Hombre, 29 años, estudiante de posgrado, sin experiencia política previa). “El PO [Partido Obrero] trató de constituir una asamblea subordinada a las decisiones de Parque Centenario y la enorme mayoría lo que entendíamos era que era una asamblea soberana” (Hombre, 54 años, encuestador, Espacio Asambleario de Parque Patricios, con variada experiencia política previa).

El conflicto era, sin embargo, más profundo que lo que dejaban ver los intentos evidentes de algunos partidos de izquierda por “apropiarse” del movimiento asambleario confiriéndole una determinada dirección y un contenido preciso a sus acciones. Si la Interbarrial hubiera funcionado de acuerdo con sus principios (es decir, si sus actividades no hubieran sufrido la interferencia de los militantes enviados por los partidos), simplemente se hubiera presentado con mayor claridad el problema de la relación entre la institución de la delegación con mandato imperativo y las posibilidades de deliberación. Son numerosos los que afirman que en Parque Centenario la deliberación era obturada por la presencia de militantes que llegaban con sus consignas y sus planteos discutidos y decididos en otra parte e intentaban imponerlos

al resto. No obstante, si ello no hubiera ocurrido y la Interbarrial se hubiese mantenido fiel a la concepción de la representación como delegación, nunca hubiera podido convertirse en una instancia de deliberación sino, a lo sumo, en un espacio para intercambiar experiencias y exponer propuestas de coordinación que luego irían de regreso a las asambleas para retornar con un voto afirmativo o negativo la semana siguiente, en un ritmo poco afín a las urgencias de las decisiones políticas que son usualmente tomadas en las instancias institucionales. En otras palabras: el representante sólo puede deliberar libremente si está en condiciones de cambiar su opinión cuando se siente compelido por otros argumentos, lo cual no puede suceder en modo alguno (simplemente porque las reglas lo prohíben) cuando el representante se halla sujeto a instrucciones precisas de sus mandantes.

Trayectorias y balance

Protagonistas y analistas coinciden en la apreciación de que el proceso asambleario fue breve. “No duró más que tres o cuatro meses”, precisa un asambleísta de Liniers; “después se empezó a desinflar” (Hombre, 47 años, comerciante, con prolongada militancia trotskista). La mayor parte de las asambleas, así como la Interbarrial de Parque Centenario, se constituyeron entre enero y febrero de 2002. Se trató de un período de efervescencia en el cual la vida político-callejera era ritmada por los cacerolazos a Plaza de Mayo de los viernes, aunque incontables manifestaciones se sucedían y superponían a lo largo de toda la semana. En ese momento, los plenarios de las asambleas reunían típicamente entre cien y ciento cincuenta asistentes (cf. Svampa, 2003). Muchas asambleas comenzaron a declinar al mes o a los dos meses de existir, mientras otras tantas todavía continuaban apareciendo en otros puntos de la ciudad o incluso del mismo barrio. Las comisiones comenzaron a funcionar plenamente entre febrero y marzo, y el 24 de marzo las asambleas hicieron su primera gran aparición pública en el acto de repudio al golpe de estado de 1976. Buena parte de los ciudadanos independientes que solían asistir por su cuenta a esta movilización tradicionalmente poblada de organizaciones de derechos humanos, partidos políticos y agrupaciones estudiantiles, acudió en esta oportunidad encolumnada con las asambleas (*Página/12*, 25/3/02). Debut y despedida, esta gran movilización marcó también el final del período de auge de las asambleas. La siguiente convocatoria –la del 1° de mayo, Día del Trabajo– señaló el punto álgido de los conflictos entre el MST y el Partido Obrero en el seno del movimiento asambleario. De sus fuertes enfrentamientos en la Interbarrial resultó una convocatoria dividida a la movilización; también como resultado de estos enfrentamientos, a fines de abril la Interbarrial se constituyó en instancia representativa de segundo grado al ser reemplazado el principio “un hombre, un voto” por el principio “una asamblea, un voto”. A partir de entonces el proceso comenzó a declinar, aunque –apunta nuestro asambleísta de Liniers– “Duhalde comete el error en junio de Puente Pueyrredón y eso que venía en caída se reavivó, y a la asamblea volvió un montón de gente que había dejado de venir (...) Después empezó a bajar de nuevo” (Hombre, 47 años, comerciante, con prolongada militancia trotskista).

A partir del mes de julio de 2002 varias asambleas tomaron locales desocupados para poder continuar funcionando a pesar de la llegada del frío invernal. En sus comienzos, los asambleístas se reunían en alguna esquina o en la plaza del barrio. Con el inicio del invierno, la mayoría tendió a buscar refugio en lugares cerrados. Algunas se cobijaron primero bajo una autopista y más tarde en los túneles del subte hasta la hora del cierre; en una confitería; en el

edificio de una escuela o facultad, en un garage, un galpón o el gimnasio de un club que les cedía el espacio. Más tarde, los assembleístas comenzaron a reunirse en locales “tomados” o “recuperados” (en algunos de cuyos casos acabarían consiguiendo su cesión por parte del gobierno de la ciudad); en un centro cultural o, incluso, en un local partidario o en el CGP del barrio, previa ruptura con los que se negaban a hacerlo; y, en un caso señalado como “atípico” por uno de los protagonistas, en un local alquilado. El “abandono” del espacio público produjo no pocas controversias y rupturas entre los assembleístas; en palabras de un ex integrante de la Asamblea de Pedro Goyena y Puán:

Eso sacaba un poco el espíritu con el que había nacido la asamblea, que era un espíritu callejero. (...) Mes a mes se iba perdiendo la cantidad de gente. Se iba desdibujando más. También meternos en un lugar era como alejarnos más de la gente. El hecho de poner un cartel en una esquina tan concurrida podía generar que alguien pasara y parara... y se quedara (Hombre, 43 años, artista plástico y docente universitario, sin experiencia política previa)

Pasados los primeros meses de reclamos amplios y generales, muchas asambleas comenzaron a desplegar una miríada de actividades más puntuales, entre las cuales se destacaban los vínculos y el trabajo social con pobres, desempleados y cartoneros. Sin embargo, la declinación del proceso pronto fue palpable tanto para los actores como para los observadores externos. Las variadas razones que, pocos años más tarde, aquéllos brindan para dar cuenta tanto de la declinación del movimiento como (en la mayoría de los casos) de la extinción de sus propias asambleas pueden ser clasificadas en cuatro rubros: las dificultades para sostener el proceso, la interferencia de las agrupaciones de izquierda y de sus “caracterizaciones erróneas” del momento político, los errores cometidos por las propias asambleas, y la ocurrencia de un fenómeno “natural” de restauración de la normalidad y cese de la situación extraordinaria que les había dado origen.

Entre las dificultades para sostener el proceso es destacada, en primer lugar, la necesidad de una “actitud de militancia” que la mayor parte de la gente no tiene y de un “esfuerzo diario” sostenido a lo largo del tiempo que la mayoría no está dispuesta a hacer, en particular cuando no se aprecian resultados notables a corto plazo y no se tiene experiencia de participación sino, en cambio, una cultura política “muy incorporada” de índole privatizadora que es remitida a las experiencias de la represión de los ’70 y del consumismo de los ’90. Así, por ejemplo, explica en primera persona una militante de la Multisectorial de San Cristóbal: “yo tengo treinta años, son casi treinta años de neoliberalismo, o sea, yo me constituí en eso como persona, soy un sujeto neoliberal” (Mujer, 31 años, maestra). Son asimismo repetidamente señaladas las ya mencionadas restricciones biográficas de los participantes, presionados por la necesidad de no desatender por demasiado tiempo sus trabajos, sus estudios y sus familias:

El primer mes, que fue enero y parte de febrero, [se hicieron] escraches y cacerolazos a la Telefónica (...) [Fue] en horario de trabajo, yo lo hacía porque estaba de vacaciones (...) Cuando empezamos a trabajar la gran mayoría, ya eso era imposible. Porque aparte fue una época de gran ebullición, entonces había escrache acá, escrache allá, tenemos que ir acá, corremos para el otro lado, llegó un momento que tal vez eran veinticinco horas en el día que vos tenías para ir a diferentes cosas que había que hacer y era imposible, eso lo podés hacer un mes, al mes siguiente ya nadie puede hacerlo (Mujer, 49 años, ex Asamblea de Parque Chacabuco, con experiencia política previa)

No todo el mundo puede sostener una acción así en el tiempo. Porque implica empezar a relegar cosas de la vida propia. (...) [Además] al principio las actividades eran más de protesta, estar en la calle, y una marcha exige un compromiso y un tipo de acción, pero estar

construyendo un lugar o sosteniendo una actividad toda la semana es otra (Mujer, 29 años, Asamblea de Palermo Viejo, socióloga, con limitada experiencia política previa)

En relación con la interferencia de las organizaciones de izquierda (a las que también se conceden algunas virtudes, tales como las de haber azuzado el debate político e incentivado la relación con los movimientos de trabajadores desocupados), es sistemáticamente mencionado el efecto diluyente del predominio de los objetivos declarativos, abstractos y de largo plazo. El dedo acusador apunta ante todo a Parque Centenario, donde se votaban declaraciones que no podían traducirse en hechos, cosas que “la gente” no entendía, no sabía de qué se trataban o no le suponían ningún interés.

Entre los errores cometidos por las asambleas, por su parte, es nuevamente citada la ausencia de actividades concretas junto con los excesos antiburocráticos y la total falta de organización, derivada en opinión de varios de la impracticabilidad o la mala implementación de las “nuevas ideas” de la horizontalidad y el consenso. “Nos habíamos autoprohibido el hacer un programa, todos tenían que ser proyectos”, se lamenta un ex asambleísta de Núñez (Hombre, 54 años, con prolongada experiencia política previa).

En cuanto al “proceso natural” de reflujo del proceso, nuestros entrevistados destacan en primer lugar las características del momento de excepción que marcó el origen de las asambleas. “La energía que generó el estallido de diciembre de 2001” -explica una asambleísta de Palermo Viejo- produjo la sensación de que “las cosas podían ser distintas, se podía cambiar (...). Y además como la crisis fue tan fuerte todo el mundo estaba muy movilizad y además sin irse de Buenos Aires. Fue un verano donde todo el mundo estaba en Buenos Aires” (Mujer, 29 años, socióloga, con limitada experiencia política previa). Las expectativas depositadas en las posibilidades de cambio fueron tan desmesuradas como la profundidad de la crisis, e igualmente desmesuradas acabaron siendo las decepciones. Al cabo de poco tiempo, los que estaban de vacaciones volvieron a sus empleos; al año siguiente, muchos de ellos recuperaron sus excursiones a la costa y ya no permanecieron en Buenos Aires. Tiempo después, muchos desempleados acabaron por encontrar trabajo. Las progresivas mejoras en la situación económica generaron nuevas expectativas en la ciudadanía, que retornó diligentemente a las urnas. El desacople entre el discurso asambleario y el estado de ánimo colectivo no hizo sino acentuarse desde el momento en que el recambio gubernamental pareció constituir para el grueso de la ciudadanía una respuesta a los reclamos de renovación política expresados en octubre-diciembre de 2001. Para entonces, las asambleas habían seguido trayectorias divergentes y atravesado una serie de transformaciones que exploraremos a continuación.

De la catarsis inorgánica al grupo de autoayuda

En la experiencia absurda el sufrimiento es individual. A partir del movimiento de rebelión, tiene conciencia de ser colectivo, es la aventura de todos. (...) El mal que experimentaba un solo hombre se convierte en una peste colectiva. En nuestra prueba cotidiana la rebelión desempeña el mismo papel que el “cogito” en el orden del pensamiento: es la primera evidencia. Pero esta evidencia saca al individuo de su soledad. Es un lazo común que funda en todos los hombres el primer valor. Yo me rebelo, luego nosotros somos.

Albert Camus, El hombre rebelde (1953:26)

¿Sabés una cosa? Cuando vos estás en tu casa y tenés hambre, vos tenés hambre, pero cuando vas a un lugar donde hay cien personas con hambre ya no sentís más hambre (...) Si yo me quedo en mi casa y me encierro y tengo hambre, yo tengo hambre (...) [Si] en vez de decir eso me levanto y veo qué le pasa al vecino y “mirá, estoy con hambre” y “hacemos un cosa: yo tengo tres galletitas, vos tenés agua y

hacemos un tecito”, y ya no tenemos más hambre. Eso eran las asambleas. Compartir con los demás hasta lo que no se tiene
Mujer, ex asambleísta de Olivos

Es frecuente que nuestros entrevistados sitúen en el estado de angustia e incertidumbre reinante en diciembre de 2001 el origen de sus asambleas. Afirma un ex asambleísta del Botánico:

Supongo que el estado de angustia de la gente hacía que ya uno cambiara de actitud, mirara al otro y “hola, qué tal”, y empezás a charlar. Nos encontrábamos en la esquina y... veías dos personas charlando de la situación, de lo que pasaba, y te acercabas (Hombre, 48 años, desempleado, con limitada experiencia política previa)

De ahí que la primera etapa de las asambleas fuera de catarsis, es decir, de descarga de la angustia acumulada, de liberación y recuperación del equilibrio mediante una experiencia vital intensa. Es, en efecto, recurrente la descripción de los momentos inaugurales de las asambleas como “catárticos”. En las primeras reuniones –recuerda un asambleísta de Palermo Viejo- “la gente empezó a decir todos los problemas que tenía, desde los medicamentos están caros hasta una chica que tenía problemas en el lugar que trabajaba. Todo muy personal, muy caótico” (Hombre, 49 años, periodista, con variada experiencia política previa). “Era una desesperación individual (...) Cada uno hablaba de manera individual de su problema (...) Cada uno tomaba su tiempo y decía sus problemas, y capaz que se repetía lo de otro, no se escuchaba la gente”, corrobora un integrante de la Asamblea Gastón Riva (Hombre, 32 años, fotógrafo, con limitada participación política previa). “El que tenía un poco de ganas de explayarse se pasaba quince minutos hablando, sacándose la vena contra todo, absolutamente contra todo”, rememora un asambleísta de Flores (Hombre, 33 años, militante partidario). “Mucha gente iba a hacer catarsis. Nadie la escuchaba [e] iba a un lugar donde la escuchaban. Había de todo”, afirma otro integrante de la misma asamblea (Hombre, 34 años, encuestador, con experiencia política previa). Lo único que parecía haber en común era, en palabras de un ex asambleísta de Palermo Viejo, “la necesidad [de la gente] de expresar lo que sentía y lo que necesitaba” (Hombre, 48 años, desempleado, con breve experiencia político-partidaria previa).

La experiencia superadora de la angustia inicial supuso, en primer lugar, el encuentro con otros que atravesaban situaciones similares. “Ver que había [otra] gente que estaba en la lona, que estaba sin laburo, que debía expensas, que sobrevivía como podía” -explica un ex asambleísta del Botánico- hacía que la gente “no se sintiese tan sola” (Hombre, 48 años, desempleado, con limitada experiencia política previa). Es en ese sentido paradigmático el caso de la Multisectorial que convocaba a sus reuniones con la frase ideada por la Primera Escuela de Psicología Social: “Vecino, vecina... a mí me pasa lo mismo que a usted” (cf. *Página/12*, 6/1/02). Tal como señalan Fernández, Borakievich y Rivera (2002), muchos participantes de los cacerolazos y de las asambleas de los comienzos afirmaban entonces haber salido de la desesperación mediante el trabajo colectivo; coincidentemente, los centros telefónicos de atención al suicida reportaban una sensible disminución de pedidos de ayuda en los días de cacerolazo.

Una vez agotada la instancia de la catarsis (y regresados a sus casas muchos de los que habían participado de ella), se procuró organizar la masa heterogénea de reclamos con algún sentido político, sintetizando consignas, estableciendo comisiones y emprendiendo actividades concretas y trabajo barrial. El proceso de construcción de un *nosotros* fue, sin embargo, prolongado y dificultoso. “En el taller que hicimos un sábado”, relata una asambleísta de

Vicente López, “las preguntas eran: ‘¿por qué estamos?’ ‘¿Qué esperamos?’ ‘¿Qué queremos?’ (...) Entonces [alguien] dijo: ‘yo estoy porque lo que aprendí...’ (...) Entonces yo le dije, ‘no es ¿por qué estoy?, es ‘¿por qué estamos?’ ¿Entendés la diferencia?’” (Mujer, 69 años, encuestadora, con experiencia sindical).

En la mayoría de las asambleas los que encararon esta tarea fueron los militantes partidarios, cuya presencia generó fuertes resistencias entre los restantes participantes. Dichas resistencias resultaron, por un lado, en la deserción de numerosos “vecinos comunes” y, por el otro, en la expulsión de los partidos de izquierda de la mayoría de las asambleas. En lo sucesivo, la ausencia de los militantes partidarios y la consiguiente declinación numérica de las asambleas redundó, paradójicamente, en el empobrecimiento del debate y en el afianzamiento y la profundización de los vínculos personales, de modo tal que “la oposición lisa y llana se vio dificultada y relegada en pos de la cercanía afectiva” (Schillagi 2003:111). Así, luego de la catarsis originaria y después de un interregno de índole más política, mientras la mayoría de las asambleas desaparecía sin dejar rastros o se extinguía dejando el legado de algún emprendimiento en el cual seguían trabajando algunos de sus antiguos miembros, otras acabaron convirtiéndose –en palabras de nuestros entrevistados- en “comunidad”, “grupo de autoayuda”, “ámbito de contención” o “grupo de amigos”.

La recuperación de la comunidad es un tópico muy presente entre nuestros entrevistados: frente a la impersonalidad de la vida en una gran sociedad urbana, la comunidad aparece como un retorno al barrio idílico de la infancia en el que todo el mundo se conocía y la calle era un espacio de sociabilidad; en muchos casos, sin embargo, la recuperación de la comunidad procede de una nostalgia politizada que parte de la base de que no fue simplemente el progreso el que provocó su pérdida sino una serie de procesos políticos liderados por la dictadura y el neoliberalismo:

Yo veo más a la gente de la asamblea que a mi familia, a mis amigos del colegio. Empezás que cenar, que el almuerzo, que vivís tan cerca... Pedro dice algo fantástico, él vivió en un kibbutz mucho tiempo y dice que la primera vez que volvió a sentir la comunidad fue con la asamblea. Y eso pasa... Laura tiene llave de mi casa y si no estoy le viene a dar de comer a mi gata. Cambia la percepción del barrio. Hay una relación afectiva muy fuerte. Antes no conocía a ninguno (Mujer, 29 años, socióloga, Asamblea de Palermo Viejo, con limitada experiencia política previa)

Lo que a mí me atrapó de nuestra asamblea es este sentido profundamente comunitario, de lazos de amistad que se crearon entre los vecinos, que yo siempre dije que me hacía acordar a un kibbutz (...) Recrear los barrios, lo que antiguamente habían sido los barrios con las puertas abiertas. Existió mucho antes un barrio abierto, cuando la gente salía con la silla a tomar mate a la calle. Esto se fue destruyendo lentamente: la dictadura, la represión, el miedo, la inseguridad hacen que hoy la gente no salga a la calle (Hombre, 49 años, periodista, Asamblea de Palermo Viejo, con variada experiencia política)

Más allá de su impacto sobre el barrio, las asambleas son percibidas como espacios de sociabilidad. “La asamblea”, explica un integrante de la Asamblea Popular de Liniers, “es empezar a establecer lazos, una trama, como le gustaba decir a la gente de Palermo Viejo, un relacionamiento entre vecinos. Los asambleístas nos hicimos amigos, festejamos los cumpleaños juntos en el local de la asamblea (...) Los asambleístas son parte de la familia, del grupo, salimos juntos, vamos al Bauen, a comer, hay una relación personal” (Hombre, 47 años, comerciante, con prolongada militancia trotskista). En la mayoría de los casos, la constitución de esta clase de relaciones es percibida como inseparable de la actividad política, en el marco de una sana intrincación entre lo público y lo privado, lo político y lo personal. Recuerda en ese sentido una ex asambleísta de Lanús:

Los debates eran una de las cosas que se hacían en la asamblea, era juntarnos en casas a debatir sobre, por ejemplo, educación popular... Bueno, el domingo comprábamos el asado (...) y le dábamos derecho todo el día un poco para relacionarnos y otro poco discutiendo el tema (Mujer, 32 años, con breve experiencia política previa)

En estas asambleas tendió a prevalecer, pues, la lógica de la expresión en el marco de una “política de los afectos” (Greco y Fontecoba 2005). El afecto se hallaba en la base de la confianza; son en ese punto reveladoras las declaraciones de varios entrevistados que admiten que con el tiempo lograron superar la timidez e intervenir en las discusiones, cosa que nunca antes habían hecho. El hecho de que se formaran y mantuvieran parejas dentro de las asambleas es también mencionado por algunos entrevistados como un factor que permitió “sostener el espacio” e impedir su disgregación. Tal como señalan Greco y Fontecoba (2005:14), en las asambleas “el espacio público se resignifica, ya no se trata simplemente de un ámbito de argumentación regulado racionalmente, es también un lugar de encuentro e intercambio afectivo. Las diferencias y las afinidades se expresan permanentemente en ambas dimensiones y las relaciones entre razón y afecto se desjerarquizan”. La línea divisoria entre lo público y lo privado se difumina porque lo privado es politizado no solamente mediante su exposición en el debate público en el seno de las asambleas, sino también mediante la introducción en el hogar de los mismos criterios de legitimidad que operan en la vida pública, tales como el horizonte igualitario. Así, por ejemplo, es mencionada la experiencia de mujeres que “comentaban que [la asamblea] les había cambiado la vida dentro de sus familias. Al entender que con doscientos tipos tenían voz y voto como cualquiera de los otros ciento noventa y nueve, se plantearon en su casa porqué no manejarse de la misma manera, no hacerse respetar” (Hombre, 33 años, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, militante partidario).

La mayoría de los entrevistados valora positivamente esta intrincación entre lo público y lo privado, entre los lazos políticos y los vínculos personales; algunos, sin embargo, consideran que se trata de una degradación del sentido político de las asambleas. Relata, por ejemplo, un integrante de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores que ante la disminución de la concurrencia hacia marzo de 2002 “un grupo de compañeros nos planteamos que teníamos que hacer algo, ocupar un lugar, desarrollar una actividad en algún espacio para poder subsistir; si no terminamos girando en nuestra propia dinámica de amigos. Después se generan lazos sociales, amigos, pertenencia, ya no para hacer política y transformar la realidad, sino de pertenencia a un medio social” (Hombre, 34 años, encuestador, con experiencia política previa).

En particular, quienes se refieren a las asambleas como “grupos de autoayuda” lo hacen invariablemente en sentido peyorativo. Así, por ejemplo, relata un miembro de Vecinos Indignados de Vicente López que “se formó un grupo de autoayuda. Gente vulnerada, estropeada, maltratada, porque este sistema te pasa por encima, es como un martillo. Es normal que la gente se agrupe, todos necesitamos el aprecio (...) Pero bueno, con eso, si uno habla de cambio social, no alcanza” (Hombre, 48 años, sin experiencia política previa). Afirma por su parte una ex asambleísta de Flores Sur que frente a quienes planteaban que en la asamblea no tenía que haber discusiones, ella sostenía “que éramos vecinos, pero que estábamos haciendo política, a veces pensábamos diferente, las discusiones eran sanas, no éramos un grupo de autoayuda” (Mujer, 38 años, con experiencia política previa). Lo mismo sucede en algunos de los casos en que la asamblea es definida como un “grupo de amigos”, aunque allí la expresión admite también acepciones positivas. Así, por ejemplo, mientras que algunos anuncian la degradación de su asamblea señalando que “cada vez se parece más a un

club de amigos que a una asamblea” (Hombre, 45 años, empleado, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa), otros hallan en esta evolución aristas tanto positivas como negativas. Por un lado, el debate puede empobrecerse desde el momento en que ciertos temas –tales como la caracterización del nuevo gobierno- dejan de discutirse porque “nos queremos mucho y no queremos matarnos” (Mujer, 31 años, maestra, Multisectorial de San Cristóbal, militante). Por el otro, la amistad es el cemento que mantiene unida a la asamblea, aunque al mismo tiempo disminuya su capacidad de trabajo:

[Actualmente la asamblea] es un grupo de amigos, por lo tanto hay ciertas cuestiones a nivel del trabajo concreto de la asamblea que se relaja porque son amigos, y por otro lado no se rompe la asamblea porque son amigos. No es un colectivo de trabajo firme y bien organizado (Hombre, 32 años, fotógrafo, ex Asamblea Gastón Riva, con limitada participación política previa)

El modelo alternativo: el reducto de militantes

Ciertamente, las asambleas que no expulsaron a los partidos de izquierda sino que, por el contrario, quedaron en sus manos; o, más comúnmente, aquéllas en que el vecino, sin tener una prolongada trayectoria política a sus espaldas, no acabó convertido en “amigo” sino en “asambleísta-militante” por efecto de la elección de una orientación diferente para sus actividades, siguieron una trayectoria completamente divergente. Entre ellas se encuentran la Asamblea 20 de Diciembre de Parque Avellaneda y su homónima de Flores, en las cuales “militantes debe haber tres o cuatro, después la gran mayoría es gente que se convirtió en militantes” (Hombre, 41 años, maestro, Parque Avellaneda, con experiencia sindical), asambleístas que “después de dos o tres años [en las asambleas] se han convertido en militantes” (Hombre, 33 años, Flores, militante partidario). Típicamente, estas asambleas acabaron conformándose a imagen y semejanza de las organizaciones territoriales (ya sea las de los movimientos piqueteros o las del aparato de base de los partidos tradicionales) en sus prácticas cotidianas, y –en algunos casos- incluso como partido político para la lucha electoral.

Eventualmente, en efecto, algunas de ellas -junto con “unas treinta y pico de organizaciones territoriales que no son asambleas”, según explica un asambleísta de San Telmo (Hombre, 51 años, comerciante)- conformaron un “partido de las asambleas” o “frente electoral Asambleas del Pueblo”. Esta iniciativa es desconocida por la mayoría de los ex asambleístas y criticada por los integrantes de las asambleas que han seguido otras trayectorias en tanto que contradictoria con las posiciones asamblearias respecto de los partidos y la representación política y, consecuentemente, en tanto que iniciativa de “esas asambleas que nunca funcionaron como asambleas” ya que “siempre aceptaron los planes [sociales], trabajaron con el Estado” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, Asamblea de Castro Barros y Rivadavia, sin experiencia política previa). Es, asimismo, defendida por razones tácticas y estratégicas por los militantes-asambleístas y asambleístas-militantes de las asambleas que la integran, tales como la 20 de Diciembre de Flores:

Se creyó importante constituirse en una organización política con personería y representación, cosa de tirarse más que nada para el tema de comuna de acá a dos años. Lo de participar ahora [en 2005] es una cuestión de entrenamiento. (...) En las listas hay candidatos de todas las asambleas que forman las Asambleas del Pueblo. Los referentes más importantes de cada una de las asambleas fueron los que finalmente terminaron siendo los candidatos (...). Se terminó definiendo por el peso específico de cada asamblea. De hecho la asamblea de San Telmo es la más numerosa y la que más peso tiene y las candidaturas

principales son de ellos. La de Flores viene en segundo lugar. (...) Todo el mundo entiende que es un proceso que se fue dando al que no había que sacarle el cuerpo. Pero nadie está muerto de ganas de ser legislador de la ciudad ni mucho menos (Hombre, 33 años, militante partidario)

[La disputa electoral] te va habilitando para constituirte en un actor político medianamente reconocido por las personalidades del régimen, en las cuales no confiamos pero [con las cuales] negociamos (Hombre, 47 años, actor y director de teatro, con experiencia política previa)

Nosotros en el barrio, somos vistos como el comedor, el lugar donde los pobres se reúnen y les damos de comer y reciben asistencia. Pero a partir de las elecciones podemos proponer políticamente y referenciarnos desde otro lugar. (...) El tema del movimiento político era algo positivo para hacernos visibles. Nos habíamos vuelto casi invisibles, la asamblea para sobrevivir tiene que vincularse al barrio, y se apega tanto al barrio, al trabajo social, que desaparece del aspecto político. La asamblea cuando surge era pura política, pura intervención política en la realidad. Para sobrevivir, el viraje es un viraje hacia lo social, y te hace invisible en lo político (Hombre, 34 años, encuestador, con experiencia política previa)

El 23 de octubre de 2005 las Asambleas del Pueblo de la ciudad de Buenos Aires concurren a los comicios con listas tanto de diputados nacionales como de legisladores porteños. Recibieron, en el primer rubro, 3.357 votos, equivalentes al 0,19% de los sufragios positivos. No solamente no obtuvieron representación alguna en ninguno de los cuerpos legislativos sino que, por añadidura, el lunes 24 de octubre los periódicos ni siquiera mencionaban su presencia entre los perdedores. Sumidas en la irrelevancia, las asambleas habían pasado a ser poco más que un recuerdo.

¿Triunfo personal, fracaso global?

En una primera aproximación, la abrumadora mayoría de nuestros asambleístas y ex asambleístas advierten que ni la Argentina, ni Buenos Aires, ni siquiera sus respectivos barrios cambiaron sustancialmente a partir de la experiencia de las asambleas. Algunos lamentan la ausencia de lo que podría haber sido. “Podría haber ocurrido algo pero no. Para mí fue una explosión por un tiempito y se acabó”, afirma una ex asambleísta de Parque Chacabuco (Mujer, 49 años, con experiencia política previa). Otros tantos, en cambio, afirman retrospectivamente que la idea de que el país podía cambiar a partir de la acción de las asambleas era “una exageración fantástica” resultante de la gran repercusión y cobertura que tuvo el fenómeno por haber ocurrido en el centro político del país y por haber involucrado a las clases medias. De uno u otro modo, el sentimiento dominante es que lo que cambió fue poco y nada. “¿Qué tipo de participación política tiene la gente que no está en un partido político?”, nos interroga un asambleísta de Castro Barros y Rivadavia. “¿Qué mecanismo de participación más directa tiene la población?” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, sin experiencia política previa).

La mayoría de los asambleístas y ex asambleístas entrevistados afirman asimismo que sus barrios “ni se enteraron” de la existencia de las asambleas en su seno. En general, el argumento se basa en la desproporción entre el tamaño del barrio y la membresía de la asamblea. “Éramos sesenta personas; en un barrio como Parque Chacabuco eso no modifica nada” (Mujer, 49 años, ex Asamblea de Parque Chacabuco, con experiencia política previa). “Palermo tiene como doscientas cincuenta mil personas. Esta parte de acá tiene setenta y cinco mil. Por acá pasaron con toda furia quinientas personas. Quinientas en setenta y cinco mil; cuantitativamente es difícil...” (Hombre, 29 años, estudiante de posgrado, Asamblea de

Palermo Viejo, sin experiencia política previa). Sólo en unos pocos casos se afirma que las actividades solidarias de la asamblea produjeron cambios radicales cuanto menos en “un sector minoritario” del barrio y, más precisamente, en su población más necesitada, o que sus actividades culturales restituyeron a sus habitantes la identidad y el sentido de pertenencia que habían perdido. Al mismo tiempo, sin embargo, varios entrevistados identifican algunos cambios “cualitativos” en la dinámica política del barrio al convertirse sus asambleas en “puntos de referencia” de la política local:

Me parece que somos un actor que existe, que interlocutamos [sic] con el gobierno local, con el CGP de acá, somos un actor reconocido por alguna gente, tenemos reconocimiento en los medios, hemos salido en algunos diarios, televisión, radios. Tenemos una identidad, existimos (Mujer, 29 años, socióloga, Asamblea de Palermo Viejo, con limitada experiencia política previa)

El gobierno y los gobiernos locales tienen que tomar en cuenta los lugares donde hay asamblea, que hay un grupo de vecinos agrupados como asamblea que tienen legitimidad y que no nos pueden ignorar. La legitimidad es producto de 2001, de la permanencia en las calles y de hacer cosas (...) En el barrio, la gente sabe que existimos [aunque] no sabe bien qué hacemos (Hombre, 49 años, periodista, Asamblea de Palermo Viejo, con variada experiencia política previa)

Son mayoría, en cambio, (en particular entre los que contaban con escasa o nula experiencia política previa) los que afirman que sus propias vidas cambiaron radicalmente, por un lado, al “salir a la calle” e involucrarse en una experiencia de democracia “participativa”, “deliberativa”, “directa” o “no delegativa” (según los diferentes calificativos utilizados); por el otro, al insertarse en “redes”, constituir “vínculos intensos” y “relaciones de pertenencia”, y acumular “capital social”. Algunos admiten que la experiencia asamblearia los sacó de “una vida ordenada y, si se quiere, aburrida” (Hombre, 45 años, empleado, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa); otros sostienen que ella los “reafirmó como sujetos” al conferirles confianza en sí mismos o que los hizo “crecer como personas” al modificar sus prioridades y corregir su visión distorsionada del mundo. Típicamente, estos entrevistados reconocen haber tenido “una práctica política y humana muy intensa”, “una vivencia única” y “una experiencia enriquecedora” de ejercicio de la tolerancia, el trabajo grupal y el respeto por las diferencias. En algunos casos aparece también la referencia a un aprendizaje propiamente político: un “aprendizaje de lo que debe ser la democracia” (Mujer, 60 años, psicóloga, Vecinos Indignados de Vicente López, sin experiencia política previa) a partir de la práctica de la democracia directa. Para estos asambleístas, sin excepción, la participación en las asambleas constituyó “una bisagra” en sus biografías, “un quiebre total”, “una pérdida de la inocencia”.

Por su parte, algunos entrevistados con experiencia política previa (típicamente, desarrollada durante los años '70) valoran la experiencia por haberles brindado la posibilidad de hacer “algo que pensaba que nunca más iba a volver a hacer: estar con un montón de gente luchando por algo” (Mujer, 49 años, ex Asamblea de Parque Chacabuco, con experiencia política previa). Los que eran militantes en el momento de su ingreso a la asamblea, o que contaban con una historia prolongada y relativamente continua de participación política, en cambio, reconocen en su fase asamblearia tan sólo “una experiencia más” –innovadora e interesante, sin duda, pero nada parecido al “punto de inflexión” que mencionan sus pares sin experiencia política previa. Con todo, algunos de ellos destacan la importancia de haber conocido “militantes distintos”, de haber militado “de otra manera: sin verticalismo, sin la organización de un partido” (Hombre, 47 años, diseñador y comerciante, Asamblea Popular de Liniers, con

prolongada militancia trotskista); y de haber encontrado “un lugar real de intervención, cosa que antes no tenía” (Hombre, 34 años, encuestador, Asamblea 20 de Diciembre de Flores, con experiencia política previa).

Con o sin experiencia política, sin embargo, la mayoría de los entrevistados coinciden en que algunas cosas intangibles (e invisibles para los que lamentan que después del estallido de furia de 2001 todo haya vuelto a ser “como antes”) sí cambiaron en la política argentina.

En primer lugar, afirman que en el trasfondo de la “normalización política” subsiguiente, la experiencia de la insurrección y la autoorganización popular permanece en estado latente (“grabada como si fuese en un rígido”, explica un integrante de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores) para ser eventualmente activada en ocasión de “la próxima crisis” o para ser utilizada en otros ámbitos de participación o ante los acontecimientos más diversos. El “sedimento”, “germen” o “embrión” que dejaron las asambleas se presenta, por un lado, bajo la forma de una “red”, un “contacto” que puede ser retomado en cualquier momento y, gracias a la experiencia acumulada, en forma más rápida y efectiva (“con mucho más recaudo, y con mucha menos ingenuidad”, añade un asambleísta de Parque Avellaneda); por el otro, bajo la forma de una suerte de “reflejo de participación”⁴⁸:

Pasa algo y la gente se moviliza un poco más que antes, por ejemplo por [la tragedia de] Cromagnon. La gente está, sale, no sé si ve a la calle como un espacio tan ajeno como se lo veía antes. El espacio público se hizo más público (Mujer, 23 años, estudiante de Sociología, ex Asamblea de Palermo Viejo, con limitada experiencia política previa)

El fenómeno de la asamblea como institución democrática e igualitaria está fuertemente instalado en la sociedad. En distintos episodios que hay ahora en la coyuntura argentina, la asamblea es lo primero que hace la gente cuando hay algo de emergencia (...). Ya no sale a pedirle a un caudillo, a un jefe, que resuelva el problema, sino que en forma asamblearia trata de tomar la solución (Hombre, 41 años, maestro, Asamblea 20 de Diciembre de Parque Avellaneda, con experiencia sindical)

Así, la herencia subterránea de las asambleas es detectada en las nuevas predisposiciones políticas de la ciudadanía, que ya no puede ser simplemente encasillada en el rol de espectadora. En la base de los cambios en la cultura política es señalada la sensación de poder que corre el horizonte de lo posible: la certeza de que “hay algo que se puede hacer”; de que – en palabras de una ex asambleísta de Montserrat- “en cuanto los vecinos se juntan, así sean diez, quince vecinos, si se ponen de acuerdo y pelean se logran cosas” (Mujer, 55 años, con experiencia política previa).

En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, nuestros entrevistados consideran que aunque “no se haya ido nadie”, la amenaza que supone la presencia de una ciudadanía vigilante, desconfiada pero equipada con una creciente capacidad de discernimiento, y consciente en lo sucesivo de las limitaciones de la democracia representativa, ha demarcado límites más estrechos para la desatención a las demandas de la opinión pública y la arbitrariedad en el ejercicio del poder. En adelante, los gobiernos (en principio más sensibles a las demandas populares, ya que “la gente ya no vota a la derecha liberal”, según varios entrevistados) deben actuar con cautela porque “en algún momento, por alguna situación en especial, hay una posibilidad de que la gente diga ‘¡basta!’. Eso se demostró en diciembre de 2001, y puede volver a repetirse” (Hombre, 45 años, empleado, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa). De ahí, recalcan algunos, los rasgos relativamente progresistas del gobierno “normalizador”, que hubo de recoger, cuanto menos discursivamente, muchos de los reclamos de la ciudadanía movilizada.

Conclusiones

Al margen de las explicaciones de la declinación –o, según algunos, del fracaso- del movimiento asambleario, la mayoría de (si no todos) nuestros entrevistados considera que las razones que inicialmente lo motivaron siguen en pie. Si bien la clase política sigue siendo el blanco privilegiado de sus ataques, sin embargo, ella ha dejado de ser considerada por la mayoría en los términos originales, desde el momento en que muchos conceden al nuevo gobierno –procedente de uno de los dos grandes integrantes de la “partidocracia” tradicional- el beneficio de la duda e incluso de sus simpatías. Otros tantos, en cambio, siguen lamentando que la ciudadanía (incluidos muchos asambleístas y, especialmente, ex asambleístas) haya acudido obedientemente a las urnas para relegitimar un sistema que –aseguran- sigue funcionando de un modo perverso. Típicamente, los militantes más ideologizados sostienen que el movimiento asambleario fracasó porque en el proceso iniciado en diciembre de 2001 no fue cuestionado a fondo “el régimen republicano y representativo, entonces cuando el gobierno dice ‘voten de vuelta’, la gente va y vota de vuelta. (...) El cambio no había sido tan profundo, por eso ellos habían retrocedido un poco y después volvieron y hasta institucionalizaron el proceso, le dieron una salida electoral” (Hombre, 47 años, diseñador y comerciante, Asamblea Popular de Liniers, con prolongada militancia política previa).

Como hemos visto, todas las posiciones posibles frente al sistema de representación hallaron algún lugar entre los asambleístas, no necesariamente bajo la forma de alternativas consistentes, y en proporciones y combinaciones diversas: el discurso impugnador de la distancia entre representantes y representados, el discurso cuestionador de la representación realmente existente o de la “clase política” tal como acabó conformándose en el marco de una “democracia delegativa”, el discurso de rehabilitación del mandato imperativo y de la democracia directa. Así, mientras para algunos el QSVT se traducía en el reclamo del fin de toda representación y en la institución de un sistema de democracia directa y/o participativa, para otros hallaba su realización en la revocatoria de todos los mandatos y el llamado a nuevas elecciones generales que produjeran una renovación total de la “clase política”; otros tantos, finalmente, rechazaban su literalidad -o la aceptaban sólo cuando se lo aplicaba en forma acotada, por ejemplo para reclamar el apartamiento de todos los miembros de la Corte Suprema viciada por la acción de la “mayoría automática” menemista- y rescataban, en cambio, su potencial abarcador de reclamos diversos bajo un paraguas de provocación creadora, al modo del paradójico *Prohibido Prohibir* que pasó a la historia como el símbolo del Mayo Francés.

El lugar y el sentido de las asambleas son, por consiguiente, interpretados también de los modos más diversos. Ellas son para algunos “un instrumento de democracia directa, no delegativa” (Hombre, 50 años, militante político y habitué de la Interbarrial). La “democracia directa” es en algunos casos diferenciada de la “democracia participativa”, en la medida en que aquélla requeriría de un involucramiento mucho mayor de la ciudadanía en la toma de decisiones. Así, son varios los que tratan a la “democracia directa” como el objetivo de máxima y a la “democracia participativa” como una posibilidad satisfactoria en caso de que aquélla no fuera posible. En otros casos las expresiones “democracia participativa” y “democracia directa” son utilizadas en forma intercambiable para referir a un mismo objeto, la práctica de la democracia directa, considerada “posible” porque “existe la tecnología para saber cuándo al pueblo algo no le gusta” y para que “los grandes lineamientos, sobre todo las

cosas del barrio” puedan ser directamente decididas en la base (Hombre, 57 años, comerciante, Asamblea Popular de Pompeya, con prolongada experiencia política previa).

En otros casos, las asambleas son consideradas no ya como un sistema alternativo y completo en sí mismo sino como un mecanismo capaz de operar en el seno de las democracias representativas realmente existentes con el objeto de tornarlas, por un lado, “más participativas” y, por el otro, “más representativas” –puesto que actualmente no lo serían suficientemente, dado que los representantes responden a los intereses de una pequeña minoría y no a las mayorías que los han designado. No todos valoran esta posibilidad, sin embargo, del mismo modo: lo que para algunos es una perspectiva de mínima o un *second best*, es para otros el óptimo a alcanzar. Entre estos últimos se encuentra, por ejemplo, la ex asambleísta de Palermo Viejo que afirma que “son dos cosas distintas, la participación y la representatividad. Creo que una cosa no quita la otra y sumado es democracia” (Mujer, 23 años, estudiante de Sociología, con escasa experiencia política previa).

Las asambleas son, asimismo, consideradas por algunos como una “alternativa política, incluso para la Nación”, “una alternativa para administrar o para controlar la administración” (Hombre, 45 años, empleado, Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa). Es en ese sentido que la experiencia es considerada un fracaso –especialmente por quienes las consideraban aptas no solamente para controlar sino también para gobernar. Algunos sostienen que “las asambleas no tenían porqué ser una dirección política alternativa, porque no se lo propusieron nunca (...) [Era] una expectativa a la que no podían responder. Porque surgieron como otra cosa, como un lugar de rebeldía y de práctica democrática de otro carácter” (Hombre, 54 años, encuestador, Espacio Asambleario de Parque Patricios, con experiencia política previa). Sin embargo, también ellos lamentan que ese ímpetu y esa práctica no lograran institucionalizarse y perpetuarse.

La experiencia de las asambleas produjo, finalmente, la reformulación de las expectativas de muchos, no solamente en términos de lo utópico de algunas esperanzas urdidas en el contexto de la movilización de diciembre de 2001 sino también en términos de algunos aspectos –ahora reconocidos como inevitables e incluso como positivos- de los sistemas representativos. Así, por ejemplo, el carácter especializado de la actividad de gestión y la función de “construcción política” desempeñada por los partidos resultan revalorizados por contraste con la “ineficacia” de las asambleas. “No sé si la construcción puede ser por fuera de los partidos políticos. Hoy lo dudo, antes pensaba que sí”, admite en ese sentido un asambleísta de Castro Barros y Rivadavia (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, sin experiencia política previa). Incluso la política en tanto que actividad profesionalizada y remunerada llega a ser revalorizada por algunos entrevistados que reconocen que si pudieron dedicarse de lleno a su asamblea durante varios meses fue porque acababan de quedarse sin empleo pero contaban con los recursos para subsistir independientemente de su trabajo. La intuición es reforzada por el análisis de los efectos de la rápida declinación del estado de movilización ciudadana y de la transformación de algunas asambleas en reductos de militantes-asambleístas y asambleístas-militantes: en ese punto, en efecto, algunos llegan a vislumbrar que la alternativa a la democracia representativa gestionada por políticos profesionales que, mal o bien, son elegidos por la ciudadanía, bien puede no ser la maravillosa democracia directa sino, en un contexto de baja participación, la constitución de un grupo autoseleccionado de dirigentes formado por quienes tienen el tiempo, los recursos, el carisma o el interés para dedicarse de lleno a la política. Tal vez, entonces, los políticos de profesión ya no fueran tan malos en comparación con semejante aristocracia. Quizás, entonces, la aspiración más

razonable fuera la de una democracia representativa en la cual la ciudadanía tuviera la capacidad y la voluntad de ejercer sobre los profesionales de la política todos los poderes de vigilancia y fiscalización a su alcance. Así lo argumenta el ex asambleísta de Olivos que, a diferencia de muchos otros entrevistados, no rechaza el carácter representativo de la democracia y, en cambio, reflexiona acerca de las diferentes calidades de democracias representativas que son posibles según el nivel de involucramiento de su ciudadanía:

La Constitución dice que el pueblo no delibera ni actúa sino a través de sus representantes. Esto es cierto, pero (...) por más que el representante delibera y decide por su representado, también el representado, por más que no lo diga la Constitución, tiene el derecho a exigirle u obligarle a que haga lo que corresponda (Hombre, 60 años, maestro mayor de obras, con afiliación partidaria)

Bibliografía

- Arendt, Hannah (1993): *La condición humana* (Barcelona: Paidós)
- Astarita, Rolando; Norma Giarraca, Inés Izaguirre y Germán Pérez (2003) “Protesta social. Conversaciones entre Rolando Astarita, Norma Giarraca, Inés Izaguirre y Germán Pérez”, en *Argumentos. Revista electrónica de crítica social* N° 2 (Buenos Aires, Instituto Gino Germani-Universidad de Buenos Aires). Versión digital: www.argumentos.fsoc.uba.ar
- Auyero, Javier (2002) *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática* (Buenos Aires: Libros del Rojas, Universidad de Buenos Aires)
- Barbetta, Pablo y Karina Bidaseca (2002) “‘Piquete y cacerola, la lucha es una sola’: ¿emergencia discursiva o nueva subjetividad?”, en www.iade.org.ar/iade/Dossiers/movi/articulos/piquetes.html
- Battistini, Osvaldo (coord.) (2002) *La atmósfera incandescente. Escritos políticos sobre la Argentina movilizada* (Buenos Aires: Asociación Trabajo y Sociedad)
- Bergel, Pablo (2003) “Nuevas formas asociativas: Asambleas vecinales y movimientos de trabajadores desocupados (MTD)”, en González Bombal, Inés (comp.) *Nuevos movimientos sociales y ONGs en la Argentina de la crisis* (Buenos Aires: CEDES)
- Bielsa, Rafael, Miguel Bonasso et. al. (2002) *Qué son las asambleas populares* (Buenos Aires: Continente)
- Bloj, Cristina (2004) “Presunciones acerca de una ciudadanía ‘indisciplinada’: asambleas barriales en Argentina”, en Mato, Daniel (coord.) *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización* (Caracas: FACES-Universidad Central de Venezuela)
- Brieger, Pedro (2001) “Testimonio de la pueblada en Argentina”, en http://www.argentinaobs.org/html/articles/3_testimonio_d_una_pueblada.htm
- Briones, Claudia; Ricardo Fava y Ana Rosan (2004) “Ni todos, ni alguien, ni uno. La politización de los indefinidos como clave para pensar la crisis argentina”, en Grimson, Alejandro (comp.), *La cultura en las crisis latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO)
- Cafassi, Emilio (2002) *Olla a presión. Cacerolazos, piquetes y asambleas, sobre fuego argentino* (Buenos Aires: Libros del Rojas, Universidad de Buenos Aires)
- Camus, Albert 1953 (1989) *El hombre rebelde* (Buenos Aires: Losada)
- Chesnais, François y Jean-Philippe Divès (2002) *¡Que se vayan todos! Le peuple d'Argentine se soulève* (París: Nautilus)
- Colectivo Situaciones (2002) *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social* (Buenos Aires: Ediciones De mano en mano)
- Di Marco, Graciela, Héctor Palomino et. al. (2003) *Movimientos sociales en Argentina. Asambleas: La politización de la sociedad civil* (Buenos Aires: Jorge Baudino Ediciones-UNSAM)
- Di Marco, Graciela y Héctor Palomino (2004) *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina* (Buenos Aires: Jorge Baudino Ediciones-UNSAM)

Fernández, Ana María; Sandra Borakievich y Laura Rivera (2002) “¿Que se vayan todos? Una apuesta colectiva al borde del abismo”, en *Campo Grupal* N° 32, Buenos Aires, marzo. Versión electrónica: www.psicologiagrupal.cl/documentos/articulos/vayan.html

Fernández, Hernán; Ana Enz, Evangelina Margiolakis y Paula Murphy (2003) “Asambleas barriales y mitologías: Una mirada a partir de las formas de intervención político cultural”, Cuaderno de Trabajo N°26, Departamento de Ciencias Sociales, marzo (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación). Versión electrónica: <http://www.centrocultural.coop/uploads/cuaderno26.pdf>

García, Marina Luz (2003) “Clases medias y Nuevas Formas de movilización social. Las asambleas barriales, esas ‘delicadas criaturas’”, en http://www.utexas.edu/cola/depts/llilas/claspoesp/documents/working_papers/

González Bombal, Inés (comp.) (2003) *Nuevos movimientos sociales y ONGs en la Argentina de la crisis* (Buenos Aires: CEDES)

Greco, Florencia y Ariel Fontecoba (2005) “Incertidumbre neoliberal y Asambleas barriales: ¿Hacia un nuevo activismo político?”, en http://www.iigg.fsoc.uba.ar/Jovenes_investigadores/3JornadasJovenes/principal.htm

Manin, Bernard (1992) “Metamorfosis de la representación”, en Dos Santos, Mario (coord.), *¿Qué queda de la representación política?* (Caracas: Nueva Sociedad)

Manin, Bernard (1998) *Los principios del gobierno representativo* (Madrid: Alianza)

Negri, Antonio y Giuseppe Cocco (2003) “El trabajo de la multitud y el éxodo constituyente, o el ‘quilombo argentino’”, en Negri, Antonio et. al., *Diálogo sobre la globalización, la multitud y la experiencia argentina* (Buenos Aires: Paidós)

Pereyra Sebastián (2002) “La política y las cacerolas ¿Va a constituirse el cacerolazo en una acción?”, en *Revista Idea* N° 36, Universidad Nacional de San Luis, en www.unsl.edu.ar/idea.

Pérez, Germán, Martín Armelino y Federico Rossi (2005) “Entre el gobierno y la representación. La experiencia de las asambleas en la Argentina”, en Schuster, Federico, Francisco Naishtat et al. (comps.) *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea* (Buenos Aires: Prometeo)

Peruzzotti, Enrique (2005) “The politics of institutional innovation. The implementation of participatory budgeting in the city of Buenos Aires”, mimeo.

Pousadela, Inés (2004) “¿Crisis o Metamorfosis? Aventuras y Desventuras de la Representación en la Argentina (1983-2003)”, en Pousadela, Inés et. al., *Veinte años de democracia: ensayos premiados* (Buenos Aires: FLACSO-Fundación OSDE)

Pousadela, Inés (2005) *Mutaciones de la representación política en la Argentina contemporánea*, Tesis de Doctorado (Buenos Aires: Universidad de Belgrano)

Rossi, Federico (2005) “Las asambleas vecinales y populares en la Argentina: las particularidades organizativas de la acción colectiva contenciosa”, en *Revista Sociológica* N° 57 (enero-abril), UAM, México DF.

Sarlo, Beatriz (2001) “Ya nada será igual”, en http://www.bazaramericano.com/bazar_opina/articulos/nadaigual_sarlo.htm

Schillagi, Carolina (2003) *Lazos sociales, lazos políticos. La experiencia de las asambleas barriales en la Argentina contemporánea*, Tesis de Maestría (Washington DC: Georgetown University)

Schuster, Federico, Germán Pérez et. al. (2002) “La trama de la crisis. Modos y formas de protesta social a partir de los acontecimientos de diciembre de 2001”, Informe de Coyuntura N°3, IIGG-UBA.

Sitrin, Marina (comp.) (2005) *Horizontalidad. Voces de poder popular en Argentina* (Buenos Aires: Cooperativa Chilavert Artes Gráficas)

Svampa, Maristella (2003) “El análisis de la dinámica asamblearia. Las asambleas de Villa Crespo y Palermo”, en González Bombal, Inés (comp.) *Nuevos movimientos sociales y ONGs en la Argentina de la crisis* (Buenos Aires: CEDES)

Wilkis, Ariel y Gabriel Vommaro (2002) “De la crisis política a la acción: el sentido de lo político en las movilizaciones populares recientes”, en Battistini, Osvaldo (coord.), *La atmósfera incandescente. Escritos políticos sobre la Argentina movilizada* (Buenos Aires: Asociación Trabajo y Sociedad)

Zibechi, Raúl (2003) *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento* (La Plata: Letra Libre)

Otras fuentes

Publicaciones periódicas correspondientes al período, en versiones digitales (matutinos *Clarín*, *La Nación* y *Página/12*, revistas *3 Puntos* y *Ñ*)

Indicadores de opinión pública, en www.nuevamayoría.com.

Indymedia Argentina Centro de Medios Independientes (<http://argentina.indymedia.org>)

Informaciones y textos producidos por las asambleas, disponibles en sus páginas web y en sitios de agrupaciones de izquierda: <http://www.asambleas-argentinas.org>,

<http://www.asambleaalmagro.8m.com>, <http://colegiales.tripod.com.ar>,

<http://www.palermoviejo.nefirms.com>, <http://ar.geocities.com/apbnweb/APBN1.htm>,

<http://www.geocities.com/cironelson>, <http://asambleapopulardeflores.iespana.es>,

<http://www.anfiteatro.miarroba.com>, <http://orbita.starmedia.com/~autoconvocadosdecongreso>,

<http://www.juninytucuman.8m.com>, <http://www.asambleapaternal.4t.com>,

http://www.geocities.com/p_chacabuco, <http://www.mycgiserver.com/~santafeypue>,

<http://www.geocities.com/aplazadelnuncamas>, <http://www.geocities.com/asambleavillaballester/vb>,

<http://www.asambleabanfield.250x.com>, <http://asambleavillaariza.tripod.com.ar>,

<http://ar.geocities.com/asambleamoron>, <http://www.proyectoconosur.com.ar>,

<http://caceroleando.8m.com>, <http://www.cpolitica.com>, <http://www.po.org.ar/asambleas>, etc.

Resoluciones de la Interbarrial de Parque Centenario, en <http://www.po.org.ar/asambleas>

Resultados electorales: Secretaría Electoral del Ministerio del Interior de la República Argentina.

Notas

* Inés M. Pousadela es Licenciada en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires, Magister en Sociología Económica por el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de San Martín, Doctora en Ciencia Política por la Universidad de Belgrano y candidata a doctora por el Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine (Universidad Paris 3). Investigadora del IDAES y profesora adjunta de Teoría Política Contemporánea de la UBA, se desempeña actualmente como investigadora adscripta al Latin American Studies Center de la Universidad de Maryland. Es autora de *Hoy un juramento, mañana una traición. La representación política en cuestión* (2006) y coautora de dos libros de análisis político y electoral, *Instituciones y Política en las Nuevas Democracias Latinoamericanas* (2001) y *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos* (2004). Ha publicado numerosos artículos sobre temas de teoría política e historia política de la Argentina contemporánea, en particular acerca de los problemas y las transformaciones de la representación y de la cultura política.

** Agradezco los comentarios críticos y las pertinentes sugerencias de Ciska Raventós, que me han sido de gran ayuda para la elaboración de este trabajo. Todo mi agradecimiento, asimismo, para Darío Rodríguez; para Paula Santamaría y su equipo, por el material de investigación que tan generosamente compartieron conmigo; y para Stéphanie Robert, que durante su estadía en Buenos Aires aceptó mi guía y acabó convirtiéndose en un interlocutor invaluable.

¹ Aunque ocasionalmente se hacen referencias al discurso *de las asambleas* –plasmado en material impreso, declaraciones de sus voceros a los medios y páginas de Internet-, su análisis cae fuera del alcance de este trabajo.

² Asamblea de Palermo Viejo, Asamblea de Scalabrini Ortiz y Santa Fe, Asamblea del Botánico, Asamblea Gastón Riva de Caballito, Asamblea de Vecinos Autoconvocados de Villa del Parque, Asamblea Popular de San Telmo-Plaza Dorrego, Asamblea Barrial de Núñez, Asamblea Popular Parque Chacabuco-Pedro Goyena y Puán, Asamblea Popular de Liniers, Asamblea Popular 20 de

Diciembre de Flores, Asamblea 20 de Diciembre de Parque Avellaneda, Multisectorial de San Cristóbal, Asamblea Flores Sur, Asamblea Popular Parque Chacabuco, Asamblea Vecinal de Castro Barros y Rivadavia, Asamblea Popular Pompeya, Asamblea Plaza de Mayo-Montserrat, Asamblea Parque Patricios, Asamblea de Villa del Parque-Álvarez Jonte y Artigas, Asamblea Popular de Olivos, Vecinos Indignados de Vicente López, Asamblea Lanús Centro, Asamblea Lanús Este.

³ De hecho, sólo en términos de orientación ideológica el muestrario es menos diverso, pues los entrevistados se autodefinen (casi) invariablemente como “de izquierda”, por variadas que sean sus posiciones respecto de los diversos temas abordados y pese a expresar, en algunos casos, reservas respecto de la vigencia o el contenido de dicha denominación.

⁴ Este trabajo se nutre también de numerosas fuentes periodísticas y bibliográficas que proporcionan importantes datos complementarios. Es importante destacar, sin embargo, que buena parte de la literatura disponible sobre el tema –especialmente profusa en Internet- adolece de importantes defectos. Muchos de los escritos que se presentan como “investigaciones” no llegan siquiera a respetar el principio lógico de la no contradicción, por no hablar de los cánones de la investigación en ciencias sociales. Muchas afirmaciones generales, abstractas y hasta esotéricas son expuestas sin que los autores se sientan compelidos a brindar mayores pruebas. Numerosos aprendices de científicos sociales, por su parte, conocedores de la importancia de proporcionar “datos” para sostener sus afirmaciones, proveen cifras y porcentajes procedentes de sus observaciones etnológicas de un puñado de casos. Si bien muchos de estos problemas derivan –como en tantos otros campos de estudio- de la falta de rigor y la deficiente formación de muchos investigadores, otros tanto surgen de otros dos fenómenos que es necesario tener en cuenta. En primer lugar, del hecho de que nuestro objeto de estudio pertenece a la actualidad política, frente a la cual todo el mundo tiene igual derecho a opinar. Y, en segundo lugar, del hecho de que buena parte de los trabajos disponibles –tanto dentro como fuera del ámbito de las ciencias sociales- han sido escritos desde la perspectiva de la llamada “investigación” o “investigación militante”. Si bien entre éstos es posible hallar algunos que logran conciliar el compromiso político con el rigor académico, la mayoría coloca a aquél claramente por encima de éste.

⁵ Históricamente –argumenta Beatriz Sarlo (2001)- “ser argentino designaba tres cualidades vinculadas con derechos, capacidades, disposiciones y posibilidades (...): ser alfabetizado, ser ciudadano y tener trabajo asegurado”. Actualmente, sin embargo “para hombres y mujeres menores de cuarenta años, ser argentino no presupone esos derechos políticos y sociales inscriptos en el triángulo identitario, que hoy dependen de la trayectoria social y no de una base nacional universal e inclusiva”. En consecuencia, “se ha quebrado aquel triángulo que sostenía la identidad, considerando a la identidad como la suma de motivos, expectativas y cualidades que hacen que alguien se reconozca fuertemente en una sociedad”.

⁶ La Alianza fue la principal (pero no la única) víctima del rechazo. Su caída electoral fue estrepitosa (23,03% de los votos positivos -17,50% de los votos emitidos- para diputados nacionales en todo el país), en particular si se la compara con su excelente desempeño en la elección anterior. El Partido Justicialista, en una situación simétricamente opuesta, apareció como el gran triunfador, con el 36,26% de los votos positivos (27,56% de los votos emitidos). Sin embargo, también el peronismo disminuyó sensiblemente su caudal electoral, puesto que obtuvo casi un millón de sufragios menos que los que dos años atrás le habían supuesto la derrota.

⁷ Algunos, sin embargo, sostienen que en su momento les pareció “maravilloso” que la gente saliera a la calle en repudio al estado de sitio, a la vez que reconocen haber reformulado retrospectivamente –en vistas del destino de las asambleas y de la importancia que adquirió luego el reclamo (considerado “reaccionario”) por la seguridad urbana- su interpretación de las causas de la movilización, concediéndole mayor importancia al “corralito” bancario.

⁸ De hecho, numerosos entrevistados establecen una línea de continuidad entre la dictadura y los años '90, caracterizados ambos por el aislamiento, la introspección y el encierro sobre la vida privada. La década previa a la movilización de diciembre de 2001, en particular, es sistemáticamente identificada como de “frustración”, “pasividad”, “individualización extrema”, “desgano” y “parálisis” –en suma,

como “una época tan chata donde no pasa nada” (Hombre, 43 años, artista plástico y profesor universitario, ex Asamblea de Pedro Goyena y Puán, sin experiencia política previa).

⁹ La otra gran diferencia pasa por el carácter destituyente de la movilización del 19 de diciembre. En esa oportunidad los manifestantes “no querían a nadie en los balcones, la aparición de cualquier personaje, cualquiera, hubiera sido tomada como un insulto por los manifestantes. La multitud de 1945 instituyó a un líder, la de 2001 se autoinstituyó” (Zibechi 2003:179).

¹⁰ Uno de ellos afirma incluso que “como era todo tan espontáneo yo no sabía que estaban yendo para Plaza de Mayo. (...) No podías saber qué es lo que estaba pasando, porque nadie convocaba nada, no era organizado” (Mujer, 29 años, socióloga, Asamblea de Palermo Viejo).

¹¹ La autora habla de “suspensión” más que de “ruptura” de las identidades previas porque, efectivamente, poco después del momento álgido de la protesta se produciría una reubicación de los actores en distintas “posiciones de sujeto”: piqueteros, ahorristas, desocupados, etc. Dichas posiciones volverían rápidamente a multiplicarse al infinito. No solamente acabaría pronto el romance entre piquetes y cacerolas, sino que de entre los damnificados por las decisiones relativas al tipo de cambio y al congelamiento de los depósitos bancarios pronto se separarían deudores y acreedores, cuyas demandas eran opuestas e irreconciliables: los unos exigían la conversión de sus deudas en dólares a idéntica cantidad de pesos, mientras que los otros clamaban por los dólares que se les debían o, cuanto menos, por una “pesificación” que diera cuenta de las modificaciones en el tipo de cambio.

¹² Antes del “que se vayan todos”, sin embargo, se escucharon en la noche del 19 muchos de los viejos cánticos completados con los nuevos nombres: “Salta, salta, salta, pequeña langosta, De la Rúa y Menem son la misma bosta”; “A ver, a ver, quién maneja la batuta, si el pueblo unido o el gobierno hijo de puta (yuta puta)”; “...sin radicales, sin peronista’ vamo’ a vivir mejor”; “qué boludos, qué boludos, al estado de sitio se lo meten en el culo” (Schuster, Pérez et. al. 2002:22). El 20 de diciembre pasado el mediodía se escuchaban en la Plaza de Mayo otros cánticos contra la dirigencia política: “Paredón, paredón, a todos los corruptos que vendieron la nación”; “Adonde está, que no se ve, esa gloriosa CGT. Que se vaya, que se vaya...” (Ibíd:26).

¹³ Este rasgo novedoso, ensalzado por muchos de nuestros entrevistados sin experiencia política previa que elevan el espontaneísmo –prueba de la ausencia de manipulación e intenciones espurias- al rango de la principal de las virtudes políticas, es a menudo criticado por otros tantos asambleístas con años de militancia que consideran que esa falta de organización se encuentra en la raíz del fracaso del movimiento, que fue solamente “un conato de rebelión, no llegó a la rebelión y mucho menos a una instancia prerrevolucionaria [porque] no había organización, el componente era muy heterogéneo” (Hombre, 47 años, actor y director de teatro, Asamblea 20 de Diciembre de Flores). Esos mismos entrevistados rescatan en lo que el proceso tuvo de exitoso la intervención de la antigua militancia: “en la calle se notaba, no era una horda salvaje que venía revoleando, se armaba y había a la segunda o tercera marcha cordones, todos con los cuadernitos, todo el esquema de la década del `70 que podías no volver de una marcha. (...) La espontaneidad se improvisó. El músico de jazz improvisa, lo que no quiere decir que no sepa lo que hace. Cualquiera no puede improvisar (...) En la calle se recuperó esta capacidad, mucho viejo militante recuperó aquel aura de militante combativo que duró hasta el `80”.

¹⁴ En cada una de esas oportunidades, en contextos provinciales y municipales en que se percibía una corrupción generalizada y un abierto contraste entre la forma de vida de la “clase política” y las condiciones de existencia de la “gente común”, los manifestantes habían convergido en barricadas, plazas, frente a edificios públicos o ante las residencias particulares de los funcionarios identificándose como “pueblo” frente a un otro conformado por los “funcionarios y políticos corruptos” (cf. Auyero, 2002).

¹⁵ El escrache –definido, en la página de Internet de escrache.com.ar, como “la revancha de los inocentes”- es una modalidad de intervención política inaugurada por la organización de derechos humanos H.I.J.O.S. para delatar ante la comunidad la presencia en su seno de asesinos y torturadores liberados por decisión política o judicial. En principio, el escrache procede mediante ruidosas manifestaciones callejeras que persiguen el objetivo de dejar marcado (literalmente, con pintura en aerosol) el domicilio del “escrachado”, e incluye estrategias tales como la publicación de su teléfono

con pedido de que la ciudadanía lo acose con sus llamados e insultos. Su objetivo aparece sintetizado en la frase “Si no hay justicia, hay escrache”. A pocos años de su introducción, sin embargo, la violencia simbólica del escrache rebasó el campo de los derechos humanos para extenderse a la denuncia, tanto planificada como espontánea, de los males más diversos. Así, la crónica registra (entre muchos otros) escraches contra bancos que retenían ahorros, contra empresas privatizadas que pretendían aumentar sus tarifas, contra empresas o instituciones que habían despedido empleados, contra medios de comunicación acusados de no informar verazmente, contra tribunales ante fallos cuestionados y, finalmente, contra políticos, funcionarios, dirigentes sindicales, jueces y otras figuras públicas, ya sea por algún motivo determinado o por su pertenencia a (o su complicidad con) una “corporación” altamente cuestionada. Esta modalidad de protesta fue, asimismo, asiduamente utilizada por el movimiento asambleario: así, por ejemplo, las resoluciones de la Asamblea Interbarrial de Parque Centenario del 24 de febrero de 2002 incluían un largo listado de escraches que tendrían lugar en el curso de la semana siguiente contra empresas telefónicas y sus contratistas, contra empresas de electricidad, contra todas las empresas de servicios (“reclamando el no corte de los servicios por 180 días y tarifas sociales”), contra ESSO y Repsol YPF, contra una cadena de supermercados (“por usurpación ilegal del espacio público y el aumento de precios”), contra la casa de la provincia de Neuquén (“en apoyo a los compañeros de Zanón”), contra los directivos del hospital Durand (“por aprietes y amenazas sufridas por los trabajadores del hospital”), contra los dirigentes de las dos centrales sindicales de la CGT, y contra el cardenal Aramburu y Roberto Alemann (“por ser cómplices de la dictadura”).

¹⁶ Efectivamente, la Asamblea Legislativa confió la presidencia a Eduardo Duhalde hasta fines de 2003, para que terminara el mandato inconcluso de De la Rúa. Sin embargo, en junio de 2002, luego de la represión policial que terminó con dos jóvenes piqueteros muertos en Avellaneda, Duhalde se vio obligado a recortar su mandato llamando a elecciones anticipadas para el mes de abril de 2003.

¹⁷ Cf. *Página/12*, 2/1/02, “Recepción con cacerolas”.

¹⁸ Diferentes asambleas adoptaron diferentes denominaciones, en muchos casos luego de arduas discusiones acerca del perfil que se buscaba conferirles. Afirma una entrevistada que su asamblea “primero fue Asamblea de Palermo Viejo, después Asamblea Vecinal de Palermo Viejo, por quince minutos fue Asamblea Popular, después volvió a ser Asamblea Vecinal, creo que ahora funciona solamente como Asamblea de Palermo Viejo. El tema del nombre fue una discusión durante mucho tiempo” (Mujer, 23 años, estudiante de Sociología, con limitada experiencia política previa). Como bien señala Rossi (2005), la denominación de “barrial” o “vecinal” pone énfasis en la transformación de las modalidades y del sujeto de la protesta: de la organización sindical, funcional, cuyo instrumento era la huelga y cuyo sujeto eran los trabajadores organizados en sindicatos, hacia la organización territorial de aquellos que aunque tal vez ya no tengan un lugar de trabajo (o un lugar fijo de empleo, capaz de producir solidaridades y pertenencias) sí tienen un lugar de residencia capaz de generar relaciones de vecindad y nuevas formas de solidaridad. El término “asamblea popular”, en cambio, coloca el énfasis en la rearticulación del sujeto pueblo –reinterpretado por muchos de nuestros entrevistados como una “multitud”, caracterizada por una multiplicidad y una diversidad que contrastan con la homogeneidad identitaria del pueblo de antaño. Según el citado autor, las diferentes autodefiniciones de las asambleas aparecen ligadas a sendas interpretaciones del contexto de diciembre de 2001 (y, por consiguiente, de su consigna aglutinante, “Que se vayan todos”), ya como resultado de la delegación persistente y excesiva de la autoridad en un sistema político carente de mecanismos eficaces de *accountability* y de participación y control ciudadanos, ya como evidencia de la crisis del sistema capitalista o del modelo neoliberal y de su correlato político, la democracia representativa o “partidocracia”.

¹⁹ Tal era el estado de disponibilidad que en ocasiones alcanzaba con hacer “como si” una asamblea existiera para que ella pasara a existir en realidad. Así, por ejemplo, relata un asambleísta de Palermo Viejo que desde un año antes de diciembre de 2001 se manifestaba con un grupo de personas frente al Congreso para exigir el juicio político a la Corte. Pasado el 19 de diciembre, bajo la denominación “Autoconvocados contra el fallo de la Corte Suprema de Injusticia”, su grupo concurrió a la primera

Interbarrial, donde conoció la experiencia de otras asambleas convocadas por “vecinos comunes” que simplemente habían puesto un cartelito en la esquina, atrayendo a decenas de vecinos. Decidieron hacer lo mismo en Palermo, sorprendiéndose con el resultado. A continuación, explica, “seguimos yendo un viernes más al Congreso [en reclamo del juicio político a la Corte] y bueno, hubo gente que se acercó y como nosotros habíamos hablado en Parque Centenario nos preguntaban día de la reunión y horario. Y pusimos el viernes a las siete de la tarde en el Congreso. El viernes siguiente nos encontramos con un grupito de gente más aparte de los habitués, que estaba esperando el momento exacto en que iba a dar inicio la asamblea. Les dijimos: ‘en realidad no hay asamblea, somos este grupo de autoconvocados’ [pero] de todos modos propusimos tomar la dinámica *como si* fuese una asamblea (...) Así dio origen, *sin quererlo*, a la Asamblea del Congreso [de la que enseguida dejaron de participar, y que siguió funcionando por su cuenta]”.

²⁰ O, también, cuando la acción política modificó las motivaciones de los actores. Como señala Andrés Mombrú, “el tipo que estaba en su casa y de repente salió y fue a Plaza de Mayo, cuando volvió era otro tipo. Las madres de Plaza de Mayo, que voltearon la dictadura, eran señoras gordas de su casa, preocupadas por darles una educación formal y burguesa a sus hijos y a las que ni se les había pasado por la cabeza la participación política, la acción social. Son las prácticas las que transforman a la gente” (Reportaje en *Página/12*, 1/4/02).

²¹ Por añadidura –señala una ex asambleísta de Lanús– la interferencia de los partidos dañaba las relaciones entre las asambleas, porque “te ponían la etiqueta según de la asamblea [de] que vinieses. Al principio suponían que nosotros éramos todos del MST. Y sí, nos relacionábamos con el MST porque estaban todos en mi asamblea. Iba a otra asamblea donde estaba la gente del FRENAPPO y me odiaban. (...) Después [de que los partidos se fueron] empezamos a relacionarnos nosotros con otras asambleas” (Mujer, 26 años, sin experiencia política previa).

²² La tendencia se verifica también, aunque con menor intensidad, en la provincia de Buenos Aires. Así, los distritos bonaerenses con mayor cantidad de asambleas eran Vicente López, Avellaneda, La Matanza, La Plata, Bahía Blanca, Lanús, San Isidro y Tres de Febrero.

²³ No obstante, más allá del reconocimiento de las limitaciones –señaladas como “estructurales” u “objetivas”– que enfrenta la acción política de la clase media, nuestros entrevistados no presentan –a diferencia del sentido común periodístico y académico– la tendencia a observar con sorna y/o con desconfianza el carácter “clasesmediero” de las asambleas (cf. Nicolás Casullo en *Página/12*, 13/1/02). En referencia a la tendencia descalificatoria de la clase media afirma Horacio González que es un error “cree[r] que describiendo con sorna la historia cultural de la clase media argentina (...) se puede desmerecer una de las experiencias prácticas más importantes de las últimas décadas de historia política argentina. Hay en este ensayo de estigmatizar a una genérica ‘clase media’ –claro que descripta por Nicolás [Casullo] con la argucia del buen novelista que la ve enamorada de la salsa golf y del viaje tilingo a Miami– un cierto tilde aristocrático (...). Describiendo un caso similar de incautación de depósitos en la Francia de 1848, Marx consigue ser mucho más condescendiente con los pequeños rentistas de París, a los que percibe en medio de un gran drama histórico. Uno desconfía del cacerolazo si acepta una sociología política clásica que consiste en inscribir a los caceroleros en su clase social” (*Página/12*, 11/2/02).

²⁴ Esta similitud es cuestionada por quienes plantean el problema de la territorialidad en una ciudad grande. A diferencia de lo que sucede con los movimientos piqueteros –donde la territorialidad es “real”– en un barrio como el de Núñez ella es “un poco retórica” porque “los asambleístas vivíamos a veinte cuadras” unos de otros (Hombre, 54 años, ex Asamblea de Núñez, con prolongada experiencia política previa).

²⁵ Ocasionalmente, la idea de “vecina” adopta una carga negativa aún mayor que la de “vecino”, como en el caso del entrevistado que se refiere a las limitaciones de la deliberación política en las asambleas mediante la caracterización de sus integrantes como “vecinas que de repente escuchan programas de televisión como [el de] Susana Giménez y demás, tradicionalistas y conservadores que quieren hacer la revolución” (Hombre, 32 años, fotógrafo, Asamblea Gastón Riva, con limitada participación política previa). Esta imagen es incluso asumida retrospectivamente por algunas de las aludidas, que

reconocen que cuando ingresaron a la asamblea tenían “la visión de una vecina de barrio. Veía la tele y absorbía de la televisión el mensaje” (Mujer, 32 años, ex Asamblea de Lanús centro, con breve experiencia política previa).

²⁶ Allí donde los militantes partidarios que intentaban participar de las asambleas eran ostensiblemente ajenos al barrio, sin embargo, la pertenencia geográfica era colocada por los asambleístas en primer plano en tanto que criterio de legitimidad. “No somos gente que vive fuera del barrio que venimos a hacer política en el barrio. Somos gente que vive en el barrio y eso crea legitimidad. Similar a muchos movimientos piqueteros”, afirma un asambleísta de Palermo Viejo (Hombre, 49 años, periodista, con experiencia política previa).

²⁷ Cosa que no todos eran autorizados a hacer, como lo revelan otras exclusiones que eventualmente tuvieron lugar, tal como la que relata un militante partidario de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores: “Estaba coordinando la primera asamblea cuando se acercó un patrullero de la comisaría 38. Primero pararon en la equina, se acercaron y me paró el tipo para decirme que él quería presentarse como vecino, que era el subcomisario. Y yo lo sometí a votación. Y lo sacaron cagando, se votó que ni participara el tipo” (Hombre, 33 años).

²⁸ De hecho, varios entrevistados identifican en las actividades de las asambleas un sesgo de clase media del que los propios asambleístas no eran conscientes. Muchas de las asambleas –argumentan– centraron buena parte de sus esfuerzos en la lucha contra las empresas privatizadas: mediante escraches y movilizaciones expresaron su rechazo a los aumentos previstos de las tarifas de los servicios básicos y a los cortes a los morosos y reclamaron “tarifas sociales”; organizaron, asimismo, una “cuadrilla interasamblearia” para reconectar a los usuarios a quienes la empresa les cortaba el servicio. Inicialmente –explica un ex asambleísta de Núñez– la actitud fue “radical”, “de vocación bastante ilegal”, pero poco a poco las energías acabaron centrándose en la oposición al aumento de las tarifas, “con un matiz de clase muy fuerte porque las tarifas de gas todavía no han aumentado, pero los precios de las garrafas aumentaron y las asambleas no se dieron por aludidas porque [sus integrantes] no tenían gas a garrafa” (Hombre, 54 años, con prolongada experiencia política previa).

²⁹ La adaptación de las tácticas de los movimientos de desocupados por parte de las asambleas alcanzó su máxima expresión en el denominado “piquete urbano” del 19 de diciembre de 2002, organizado por iniciativa de la Asamblea Cid Campeador con motivo del primer aniversario de las jornadas de 2001 y con el objeto de proporcionar visibilidad a las asambleas mediante el corte de algunas calles del microcentro para interrumpir el normal funcionamiento de los centros de poder económico y financiero (cf. <http://www.po.org.ar/asambleas/notas/piquete6.htm>). La elección tanto del formato como de la designación del acontecimiento es el resultado del aprendizaje de los medios de que se sirven otras organizaciones sociales así como de la existencia de un consenso acerca de su legitimidad y su efectividad. Señala Schillagi (2003:60) que en esta acción las asambleas fueron acompañadas por algunos partidos y agrupaciones de izquierda, colectivos de resistencia global, colectivos de arte, organizaciones piqueteras, centros de estudiantes y organizaciones estudiantiles, así como por otras organizaciones sociales (de derechos humanos, sindicales, de gays y lesbianas, etc.), y que ella incluyó una gran variedad de puestas en escena, tanto carnavalescas como combativas, poniendo en evidencia el “principio de la pluralidad de tácticas”.

³⁰ Los otros hitos que, secundariamente, son mencionados por los entrevistados corresponden también al ámbito de lo extracotidiano: la participación de las asambleas, ese mismo año, en la marcha del 1º de Mayo, hasta entonces reservada a la militancia de izquierda; y su participación en la movilización masiva a Plaza de Mayo (bajo la consigna “esta noche somos todos piqueteros”) que siguió al asesinato de dos piqueteros por la policía en Puente Pueyrredón el 26 de junio de 2002 (cf. *Página/12*, 2/5/02 y 28/6/02).

³¹ La amplitud de esa brecha (así como su problematización) varía, sin embargo, entre uno y otro entrevistado: para algunos, *ellos* son semejantes que atraviesan una situación diferente; para otros, *ellos* son simplemente diferentes. El grado máximo de lejanía se deja ver, probablemente, en el discurso de la ex asambleísta de Olivos que relata que en su asamblea “se hablaba de cuánta gente

pobre que había... después se iban al Mercado Central a comprar comida para hacer las ollas populares. Aportábamos todos y comprábamos, papa, choclo, bah, todo lo que comen ¿no?”.

³² La iniciativa de difundir sus ideas mediante sus propios periódicos, programas de radio y páginas web fue tan corriente entre las asambleas como la percepción de los medios de comunicación como “grandes cómplices del sistema”, en palabras de un ex asambleísta de Pedro Goyena y Puán (Hombre, 43 años, artista plástico, sin experiencia política previa).

³³ A la izquierda le cabe un cargo diferente del que pesa sobre los restantes partidos, acusados de haber colonizado el Estado con sus prácticas corruptas, clientelistas y prebendalistas. Para varios de nuestros entrevistados, en efecto, la izquierda ha pecado más bien por omisión y por incapacidad para aprovechar oportunidades históricas tales como la erupción de la crisis de representación. Los partidos de izquierda –afirma una asambleísta de Álvarez Jonte y Artigas– “son los responsables de que no se haya ido nadie, de que no se haya constituido una fuerza popular... Los dirigentes de izquierda realmente se deberían ir todos (se ríe) porque son los responsables de que no haya una fuerza popular que represente a la población” (Mujer, 50 años, con breve experiencia política previa). “No tengo nada contra la izquierda, yo me considero de izquierda también”, explica un asambleísta de Pompeya– “[pero] la izquierda perdió una oportunidad histórica para generar, con el movimiento asambleario, una opción” (Hombre, 57 años, comerciante, con experiencia política previa). El hecho de no haber tenido en sus manos un poder con que hacer el mal no exime, pues, a la izquierda de su parte de responsabilidad; bien por el contrario, ella es responsabilizada precisamente por su incapacidad para construir poder: se trata –nos recuerda un entrevistado– de partidos que obtienen menos del 1% de los votos, lo cual significa que “no tienen un sentido de construcción muy positiva”. Esa incapacidad es ratificada por su acción en el seno de las asambleas, centrada en el intento de cooptar un puñado de nuevos militantes más que de llevar adelante algún proyecto desde las comisiones (Hombre, 65 años, empleado del Gobierno de la Ciudad, ex Asamblea de Palermo Viejo, sin experiencia política previa). En ese sentido, tampoco la izquierda logra escapar al encasillamiento en la “vieja política”, puesto que –en palabras de otro ex asambleísta de Palermo Viejo– “la cuestión de captar o cooptar y venir y ver cuánto me llevo de acá, es considerar a la gente un pedazo de masa. Esa es una posición mental retrógrada no importa del partido que sea” (Hombre, 48 años, desempleado y estudiante, con breve experiencia político-partidaria previa).

³⁴ Las dos consignas son emparentadas por Lucrecia Escudero Chauvel como aquellas que marcaron el principio y el final de la transición democrática: “Ambas son, desde el punto de vista lingüístico, injunciones sin sujeto identificable que las pronuncie; pero no son impersonales (...); antes bien el sujeto de la enunciación se eclipsa detrás de un sujeto colectivo que lleva implícito un saber y un imperativo (...) El modo verbal de ambas consignas es el imperativo que, como se sabe, es un tiempo sin demoras, que expresa una orden absoluta y urgente, sin posibilidades de no acatamiento; ambas consignas son sintéticas y expeditivas (...). El imperativo no tiene valor temporal (no es pasado ni futuro), es el contexto el que sitúa al proceso permitiendo expresar simultáneamente la idea de una acción (el irse) y al mismo tiempo la voluntad de su ejecución (que se vayan)” (En *Revista 3 Puntos* N° 243, 21/2/02). Respecto de ambas consignas afirman Fernández, Borakievich y Rivera (2002) que “su potencia enunciativa radica justamente en lo que su inviabilidad pone de manifiesto. Confrontan con la política pensada como arte de lo posible y ponen en evidencia tanto el agotamiento de esas formas de la política como la radicalidad de aquello que habrá que inventar colectivamente. Ponen a cada quien las canta y a cada quien las escucha frente a un vacío de sentido y de acción que no sólo denuncia, también interpela a inventar nuevos sentidos, a inaugurar formas de acción”.

³⁵ En estas críticas resuena el razonamiento de Ernesto Laclau, quien afirmó que “decir ‘que se vayan todos’ es decir que se quede uno, porque alguien tiene que reglamentar la sociedad. Contra el mito de la sociedad totalmente gobernada, el ‘que se vayan todos’ es el mito de una sociedad ingobernable, que necesita de un amo que restablezca el orden” (Entrevista en *Revista Ñ*, 27/7/02)

³⁶ Los CGP son unidades administrativas descentralizadas del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. En ellos los vecinos de los barrios pueden realizar diversos trámites, acceder a servicios sociales, culturales y de capacitación, realizar denuncias por derechos vulnerados o realizar reclamos relativos a

la prestación de servicios públicos. Ellos son anunciados por el gobierno porteño como “un canal para la participación barrial, a través de diferentes instancias que promueven el protagonismo colectivo y la búsqueda consensuada de soluciones” y como “una herramienta para el control efectivo de la gestión de gobierno” (<http://www.buenosaires.gov.ar/areas/descentralizacion>). Los CGP son, sin embargo, el resultado de un proceso trunco de descentralización, que según la constitución porteña debería haber sido de índole política y que debería haber operado mediante el establecimiento (fijado para el año 2001 pero nunca implementado) de comunas gobernadas por cuerpos colegiados designados mediante voto popular y encargados de establecer foros de deliberación, proporcionar canales para la expresión de demandas locales, elaborar propuestas y definir prioridades presupuestarias, controlar a los funcionarios, etc. (cf. Peruzzotti 2005).

³⁷ En algunos casos la relación con el gobierno y con los partidos es vista incluso como “peligrosa”, y ello por al menos dos razones. En primer lugar, dicha relación generó -según algunos entrevistados- “tendencias punteriles” en algunas asambleas y redundó en la cooptación y fuga de asambleístas hacia los partidos o hacia las estructuras gubernamentales. En segundo lugar, la disponibilidad de recursos procedentes del Estado colocó a numerosas asambleas frente a una disyuntiva que produjo graves conflictos internos. ¿Debían acaso recibir y repartir, por ejemplo, bolsas de comida? En caso de que lo hicieran, ¿podrían hacerlo de un modo que no hiriera sus convicciones opuestas al clientelismo y la “vieja política”?

³⁸ En efecto, la constitución porteña -redactada en 1996, año en que Buenos Aires se convirtió en ciudad autónoma por efecto de la reforma de la Constitución Nacional de 1994- declara en su artículo 1° que la ciudad organiza sus instituciones como una democracia participativa. Quince de sus artículos se refieren a la participación y a la democracia participativa. Entre ellos se encuentra el artículo 52, que establece la necesidad de establecer procedimientos de consulta respecto de las cuestiones presupuestarias aunque no fija un formato específico para ello. Largamente superado el plazo constitucional para su reglamentación (fijado para 1998), el presupuesto participativo fue legislado por decreto por el Jefe de Gobierno en el año 2002, asumiendo la forma de una “respuesta improvisada e impuesta desde arriba a la crisis de representación de 2001-2002” (Peruzzotti 2005:12).

³⁹ Es, pues, atípica la respuesta de la joven ex asambleísta de Lanús que afirma que QSVT significaba “¡Yo no quiero Estado! Así de una. (...) Nunca voy a creer que va a haber un mejor gobernante. O en todo caso, uno menos peor. Siempre va a haber relaciones de sometimiento, es inevitable (Mujer, 26 años, sin experiencia política previa).

⁴⁰ También se halla presente, en menor medida, la explicación que vincula la baja eficacia de las asambleas con el carácter inédito de la experiencia asamblearia. Dada la escasez de precedentes, “era una continua construcción, cada día que te reunías construías... y destruías, porque veías que el paso que estabas dando no era el correcto” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, Asamblea de Castro Barros y Rivadavia, sin experiencia política previa). En ese sentido, varios entrevistados lamentan no haber conocido a fondo otras experiencias que podrían haber funcionado como precedentes, ya que “muchos de los problemas que se dieron acá ya los habían transitado el movimiento feminista, el movimiento ecologista” (Hombre, 54 años, ex Asamblea de Núñez, con prolongada experiencia política previa).

⁴¹ Secundariamente, como hemos visto, es destacado el hecho de que su carácter informal y desorganizado constituyó una traba para las relaciones con el gobierno local. Así, mientras que muchas asambleas resistieron las presiones para formalizar su organización, otras tantas accedieron a solicitar la personería jurídica y a designar un presidente (aunque más no fuera “en los papeles”) para poder ingresar a ciertos programas del gobierno de la ciudad o para poder firmar contratos (por ejemplo, para que pudiera cedérsele un predio).

⁴² La relación entre discurso y acción es, sin embargo, muy a menudo problematizada. Son especialmente frecuentes las denuncias del exceso de discurso y las llamadas a la acción como las siguientes: “Se hace discurso, y discurso y discurso y después todo queda en cero. Volvemos al martes siguiente y no hay ejecutividad. Hay mucho de esto en la Argentina. Todos arreglamos el mundo” (Mujer, 69 años, encuestadora, Vecinos Indignados de Vicente López, con experiencia sindical). “Las

asambleas mostraban un discurso intelectual fabuloso (...) pero te hartaba un poco (...) Los que quedamos [después de la ruptura] somos mucho más activos, con un poco menos de discurso, pero más concretos en las acciones” (Hombre, 48 años, desempleado, ex Asamblea del Botánico, con limitada experiencia política previa).

⁴³ Un tercer grupo, minoritario, reconoce haber optado por asistir a una asamblea con “mayor nivel” de discusión (tal como la de Pedro Goyena y Puán, cuyo nivel es atribuido por uno de sus antiguos integrantes al hecho de que estaba ubicada en la esquina de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA) o califica a las discusiones que tenían lugar en sus asambleas como “obvias” o “de poco vuelo”.

⁴⁴ Al mismo tiempo, muchos juzgaban poco aconsejable introducir discusiones políticas de fondo en las reuniones plenarias, para no ahuyentar a los que se reivindicaban como simples “vecinos” y se mostraban partidarios de “hacer cosas” pero reacios a “discutir de política” (Mujer, 85 años, jubilada y ex pequeña comerciante, Asamblea de Palermo Viejo, con experiencia política previa).

⁴⁵ La cantidad y la heterogeneidad, tan celebradas por otras razones, se tornan en este punto altamente problemáticas. “Al principio era una locura, se tiraban ochenta mil ideas y se votaba levantando la mano y el que pasaba se sumaba y levantaba la mano, era un desastre, no tenía sentido”, confiesa un ex integrante de la Asamblea del Botánico (Hombre, 48 años, desempleado, con experiencia política previa). “Se hacía taaaan extenso hasta que cada comisión votaba lo que había hecho que terminábamos votando diez”, recuerda una ex asambleísta de Flores Sur (Mujer, 36 años, con limitada experiencia política previa). “[Se votaban todas las propuestas y] era una cosa que no terminaba más. A veces era la una y media de la mañana y seguíamos desde las ocho en la plaza. (...) Después vino el frío y tuvimos que acotar el tema de la horizontalidad y ser más expeditivos”, corrobora un miembro de la Asamblea 20 de Diciembre de Flores (Hombre, 33 años, militante partidario). Son, pues, mayoría los que coinciden con la afirmación de que “se pudo trabajar mejor cuando había menos gente” (Hombre, 36 años, Licenciado en Administración de Empresas, Asamblea de Castro Barros y Rivadavia, sin experiencia política previa)

⁴⁶ Si bien ninguno de los entrevistados afirma que se haya producido un aprendizaje cruzado como el que entraba en las expectativas de esta asambleísta, unos pocos destacan que sí se produjo un proceso de aprendizaje en una dirección: “gente que vos sabías que no había leído nada más que la página de deportes del diario, y los chistes y el horóscopo, de golpe trata[ba] de aprender y de preguntar cuestiones que tenían que ver con la política económica y social del país”. Como resultado de su involucramiento, mucha gente adquirió la capacidad de “diferenciar discursos”: “gente [a la] que antes cualquier discurso le parecía maravilloso porque hablaba bien o tenía una buena oratoria, después empezaron a leer entre líneas” (Mujer, 38 años, ex Asamblea de Flores Sur, con experiencia política).

⁴⁷ Este elemento es, sin embargo, cuestionado por algunos militantes con experiencia político-partidaria con el argumento de que es esa total “falta de organicidad” lo que impide a las asambleas suplir la participación de la ciudadanía cuando el nivel general de movilización comienza a declinar.

⁴⁸ Son, en cambio, minoritarias las menciones de las organizaciones y movimientos que quedaron en pie, no en estado de latencia sino en acto, y que –en palabras de una ex asambleísta de Flores Sur– “rescatan el espíritu de las asambleas” (Mujer, 38 años, con experiencia política previa).